

3060

E 863

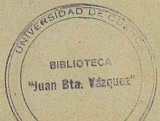
3862

ERNESTO LOPEZ

A Encontrar
el
Valor Hombre

—Ensayando la Novela
novelando el Ensayo—

Cuenca



(b207) 8984



A muerte de mi padre... En la carne viva de mi conflicto ideológico, esta pena es clavo ardiendo. Ahonda él, bajo el martillo martillante del recuerdo.

Por ver de embotarlo todo, una vez i ótra, los mfos empújame a correr kilómetros carreteriles i marinos. Esta climaterapia de medicina casera bien venga, de presente, como coyuntura, para otro más seguro aprovechamiento. A lo menos, ganaré alguna vitamina de experiencia. Yá, sé que los viajes nutren.

Nunca hemos poseído lati ni parvifundo. I es lógico que yo no haya captado el campo, en cuanto espectáculo, i que lo ignore, como vida.

Con feliz gravitación, adviene este llamamiento del paternal agnado, para mi distracción en los campos solariegos: Por tiempos, mimada ha estado la aspiración que, ahora, es anímula de este precario éxodo del perenne urbanismo. Desde mis estudios de ciencias sociales, mi ideal ha sido presenciar, en su propio escenario, la tragedia del Indio i no sé si tragicomedia del Chaso. La sanguínea optación sangre, pronto, en obra.

El hermano de mi madre, siempre, mantuvo en nuestro medio doméstico, en florecer de primavera, su apego gentilicio. Ello i su gesta de modelador de vidas, han hecho gratamente vital el arrimo de mi familia a él. Su nombre, Lucas Lucanor, el sinopativo afecto familiar ha comprimido en Nicanor i Luca.

Lo que hai de rampante, de señero, en mi natural, ha obrado de suerte que ésta es la primera vez que estaré frente a él, por la convivencia en su Hacienda.

El autobús rueda, a barquinazos, al salir de la Ciudad. El camino es violín; arco, el auto: El rumor rasgueante, música del camino, en ritornelos, pizzicatos, staccatos i algún calderón en seco.

Ha llovizado, en la noche. Donde la superficie del makadam es dócil, el carretero está franjado de grecas que han grafiado llantas madrugadoras. Esa grafía es exégesis del trajín automovilístico. En élla, leo de afanes, de trabajo, de siniestros i fracasos. A poco, el suelo de la vaguada, angóstase por la confluencia de collados estribacionales de opuestas cordilleras lejanas. Allá, violáceas, éstas suéldanse a la comba azul. El todo circundante, un botellón enorme. El auto en que voi, burbuja que corre. Glu—glu hace el río, viajero orientalista. De kilómetro a kilómetro, el espectáculo es igual: Taracea de pequeños cañaduzales, maizales, alfalfares, tal cual huertecillo. Suelo distribuido como bajo el dictamen pródigo de novísima sociología. En esa galaxia de fincas, cada una, se individualiza con cercados, casales i casucas. El panorama lírico forma un libro abierto en dos folios compaginados: el valle, imitación primeriza de Egloga i auténtica épica, la áspera serranía.

Voi a la diestra del motorista, junto a una viajante talluda, pero de agraciada estampa criolla. Padezco el contacto de codos titerescos, a un lado, de estatua, a ótro. Sabido el porte evasivo de estas ariscas señoras semiurbanas, he mantenido, entre élla i yo, el alambrado de la esquivéz. Pero, urge anesteciar el tedio viajérril, i aventuro mi palabra. Le flecho una pregunta cualquiera. Como abrir una llave de agua, el chorro de su contestación me humedece de silencio:

—¿I usté a onde nomás camina, señor?... Qué lindurita es de ir en auto, ¿no?... I no antes, magullados, en caballo trotón... Si hubia habido autos, cuando Correo mi finadito, otro gallo me cantara... Cada miércoles en su gran caballo, llevaba la valija sobre la alforja de sombreros de negocio... ¿Qué vale? Viuda i ruina todo fue lo mesmo. Almitica, sólo un recuercito me dejó... Supiera usté lo que es tener hijo... Uste, señorcito, será casado. Va tán pensativo... Como no soi milindrósa, por mi chico, me busco la vida de todos modos. Fuera de que me gano sus buenos sueres tejiendo sombreros finos, hasta de noche. Por mis lados, todos somos tejedores... Así i todo, no estoi tán mala traza. Però usté dirá: pobre hiede a cobre, qué...

Como quien tapon a un caño borbotante, intento comunicarle la entrevisión de mejores días para el proletariado. A penas, iniciada mi instrucción de reajuste social, la locutora desmóchala, de un tajo de su lengua:

—¿Ustedes, caballerito, quieren alevantarnos repartiendo tierras? No resulta. Si más apura, nos pondrán mancornando con impuestos hasta por los sombreros que tejemos... Para una infeliz mujer, fuera del marido, nadien... Pero, los bandidos le quitan a uno lo que Dios le dió... Deje usté, unos hechores no le pusieron pes haciendo carne, una madrugada en medio camino; por quitarle la valija con dos mil sueres i la alforjada de sombreros... I, diga, joven, los señores socialistas, también, a los indios darán tierras en propiedad?... Calle usté también, si aura miso esos runas huelguistos están aboyantados, después, con tierras i todo se irán sobre de los blancos... Entonce para los inválidos, para las mujeres solas, sin quien nos dé trabajando ¿de qué nos servirán las tierras?... El fundito que me dejó mi marido, almitica, cerca de Verde Loma, por falta de jornaleros, ahí está echado... No, viditica, bien está la gallina con su pepita... No ve que con mi trabajo todo tengo: que comer, que vestirme i para qué me he de alabar, no me faltan mis reales para darme un gustazo en las fiestas de familia... Yá miso llegamos, señorcito... Mi hijito estará pes aguaitándome... ¿Usté es solterito, ¿no?... Para lo que se ofresca, pasando la ciudad, allisito nomás

vivo. . . Que no sea: ojos que te vieron ir. . .

Mi metáfora del camino embotellado recobra actualidad sugeridora. La Ciudadcita fraterna se me presenta a modo de la etiqueta litográfica de aquel botellón. Transpasamos su única i corta calle de honor. Camino i horizonte se estrechan. Llegamos al próximo poblacho parroquial. Delante de un hoteluco, un indiecito efevo tiene por las riendas un encillado alazán. El i éste están a mi servicio.

He almorzado. A caballo, i trepar cerro. Humanizan el paisaje dispersas chosas: nidos construídos en una ruga rocosa, o en la oblicuidad del precipicio, como milagro de nostalgia.

El panorama ha cambiado. El botellón ése queda apoyado, por el cuello, en el pisapapel enorme por dondo subo. El próximo dintorno i el lejano contorno desarróllanse, semejantemente, al oleaje de un océano en tempestad. El caballo, un albatros que riza esas crestas litoecuóreas.

Pasamos, de escorzo la villa Cañari. Llegamos a su Tambo. Nos apeamos en su rudimentaria plaza. Al encuadrado de élla se limita el número de humildes casas. En contorno, fincas, terrazgos, chosas, soledad, el erecto interrogante del Ande. Tambo, puebluco en triple coyuntura: montaña, cielo esperanza de estación ferrocarrilera. Allí, el mayordomo, venido a mi encuentro, me ofrece caballo de refresco; i queda, por momentos, a cumplir órdenes del patrón. El guía i yo salimos, en subida. En las inmediaciones, escasa vegetación; más arriba, glabro el cerro. De todo el inmenso oleaje de mar petrificado que esta serranía andina es, erumpe sinfonía en tono menor. El inkanato revive. El Indio actual, en su ilotismo, está presente. Una energía humana me sacude del pensamiento hacia la acción. Habrá, para mi emoción viajiril, la estética del buen ajuste del gasto de tiempo i dinamismo con el resultado del intento? A mi alcance, esta la primera ocasión: el guía indiano. El, a ritmo de azotes, aguija, sin descanso, con los desnudos talones, al caballejo de trepar i deslizarse gatuno. Viste el indiecito en sinfonía de ropa borreguil: pantalón de cuero, *cuzhma* o poncho negro, a lo dalmática, ceñido a la cintura con el *chumbi*, también es de la-

na obejuna el sombrero. Un pelambre, su cara bruñida por el perfecto raer de pelos de la navaja de la naturaleza. La cabellera le cae, en gruesa trenza, sobre el vasto lomo.

Asaetean al joven indígena mis preguntas. Contesta en kechua breves palabras que no entiendo. Ignoro el idioma de él. El, si no ignora el mío, no lo quiere hablar. Su azucar al jamelgo es como una fuga de mí, No le intereso. Exigido, suelta, con voz amarcada, cualquier palabrada bárbara.

—¿Cómo te llaman indiecito?

Mi llaman, diciendo, ven runa.

No, camaradita, te pregunto qué nombre te puso el Cura?

—Longuito, mi diciba el Taita curita.

—Runa. ¿cómo te llamas?

Pa servir amitu, Birna Zhuzhingo.

—Te trata correctamente el patrón?

—Qui también dicirás chiquillo amo. . .

Primer desengaño a mi intento evangelizador. Sin idioma, cómo penetrar en esas inteligencias caóticas?

He dormido, como un dormilónogo. La naturaleza me ha cloroformizado, magistralmente. Estoy agraciado del bienestar de su clínica ozónica. Me doi cata de cómo ha de ser sedativa, reconfortante esta función fisiológica para el hombre campeano sin complejos civilizados.

Mi primer tema, los dueños de casa. Anoche, han cumplido el programa de acogida, improvisado por el afecto. A Lucí, como nombro a Luz María, la estoy conociendo en el trato. Ella, que cifra diez años menos que yo, muertos dos hermanos, es mi única hermana. El tío la adoptara, desde la niñez de élla. Casi igual desconocimiento hai entre mi tío i yo. En los cortos períodos de vida urbana de él, mi visiteo ha guardado el límite de abreviada fórmula familiar.

Espero la contemplación del nuevo horizonte. En travesía descendiva, llegué, aquí, de anochecida. Pienso en la toponimia de mi Ciudad, de habitual visión: Algunos millares de casas. Circundándolas, en suelo concoideo, transpasado por las fechas de plata de cuatro ríos, en gran perímetro: quintas frondas, burgos.

Toda esa amplia área multiparcelada, bajo marco curvo de colinas en un desnudarse, mostrando su carne ocre—siena—gris.

Abro las puertas de mi dormitorio. Espectáculo novísimo. La mañana hace de sortilego en demostración de solercia, para prestigio de escena: Suavidad i gigantismo de líneas, luces i sombras. Atrevimiento de infinito en ascenciones i lejanías centrifugas. Inconsutilidad de cuadro. Virginidad de paisaje. El ambiente: perfumado de humor de montaña; estilizado con música de silencio. Hai orquesta en ajuste de gargantas silvatorias, lengüetas de ramas, labios de ladera próxima. A lo largo de la herida labial de ésta, se principaliza una voz que va del contralto al barítono. El que esa música da, de repente, saltando de un bosque, cae, de bruces, allá, a cien metros, sobre el plano de la casa. Yá, repuesto del colapso, rezongón, extiende dos brazos cristalinos.

¿Yo tipo alfrico, pierdo así, mi habeas corpus de letrado i corredor de mundos superurbanizados?

Cuando de la ventana me aparto, oigo, a compás de golpecitos en la puerta, otra música bien sonante.

Me llaman la tía i la hermana.

Después del desayuno, ellos i yo paseamos.

Lucanor pirrase por demostrarme su obra agraria, económico—estética: Vergel de manzanos, sauces, trepadoras i demás gente fitovergeliana i virgiliana del clima nó, asperamente, frío. Sembrados de patatas, maíz, habas, forrajeras. Dehesas verdecientes, salpicadas del blanco—negro movido que hacen las vacas lechares.

De regreso, me invita a conocer la casa. La penetramos por el añoso edificio posterior: Lo primero, eclosión de patio, en efusión de añoranza colonial, bajo muros de adobe. Los flancos en parte, tienen importancia de habitaciones. La íntegra pared del fondo sustenta presebrera de numerosas casernas caballares. Los habitantes que, allí, veo, ufanía de su dueño, son blazonados equinos, ameritados, cada uno, para rumbosa semblanza biográfica. Por delante, cerrando ese ~~espacio~~ ^{espacio} medio romano que quiere ser el patio, i dominando extenso atrio, yérguese el maciso edificial, habitación de la familia. Arquitectura en dos pisos, de arte, de

modesta modernidad. En el piso alto se bizarrea una solana o galería. El frontis de ésta, de vidriera, facilita el prospecto de bellas inmediaciones, un camino vecinal i la lejanía cerril.

Aquí tras breve lapso de contemplación, Lucanor i yo estamos trabados en conversación. De plácidos motivos de familia i ciudad, del tema de actualidad política, la charla nos sitúa en terreno de beligerancia ideológica. El está en revelación de fuerzas: dilucidador capacitado, catador de hombres. De mozo, llagara él a redondear el curso universitario de Leyes. A punto de preparar grados académicos, cierto lance de amor lo había fijado a distancia de la Ciudad. Después, olvido de lo cursado, dedicación a las actividades económico—agrarias, lo inhibieran del doctoramiento. La plática se aviva en caloría nerviosa. Entonces un indígena, desde el patio, sombrero en mano, suplica a su patrón atenderlo. Entiendo, así, pues, éste le insinúa subir. El indígena, de entrada, le presenta un plato de barro, rebosante de quesillos i, en pañuelo de desvahido azul, copia de huevos.

Hai resistencia a recibir el dón. Anito licencia, insiste rendidamente, el donante. Este habla en kechua. Ido él, sonriente, Lucanor me da cuenta de la entrevista: El peón tiene cargo de prioste en una célebre fiesta religiosa. Le ha pedido venderle la carne de un buel muerto, de haber rodado, según decir del postulante. Este le ofrece menos de la tercera parte del valor que pudo tener el animal, antes de la fraguada avería fortuita. Comenta Luca este acostumbrado ardid de los indios, siempre que no logran redondear un robo, cuando necesitan carne en abundancia. El indio de Lucanor, para respaldo del supuesto caso fortuito, más bien jifería o bobicidio, presenta de fehacientes al cuentario, que, en toda probabilidad, ha de ser coautor. I, por final de cuentas, seguro es que el valor de la obligada iguala de la pingüe res quedará pagado con el presente de huevos i quesillos.

El vigor íntegro del indígena da un halo de valor humano a su bronceña escultura. Bajo esa sugestión americanista asumo los cabos rotos de la conversación i los anudo.

—Sí, Luca, el espíritu de América tiene ímpetu cósmico creador. Nuestra América no ha de estar supeditada al vitando

patrón europeo. Quiere vivir su vida, con moderna comprensión i ajuste a sus destinos. Si tomase la arcilla del «Ser o no ser», o del «Renovarse o morir», habrá de insuflarle su aliento. El substrato del ideal es lograr la unanimidad consolidante de la masa social. Para esto, urge la ascensión del autóctono a la suficiencia del hombre culto, eliminando la actual suplantación de la historia, devolviéndole el derecho a la vida racional íntegra. La juventud de Indoamérica tiene tal encargo: I acorpará el ideal en protoplasma biosocial, en el seno tremante del minuto. Tal vez extrañe usted este nombre dado a nuestro Tahuantinsuyo: En sección de la Sociedad antropológica de Wáshington, se ha convenido en llamar amerindos a los indios americanos.

—Oye, sobrino: después de toda sabiduría sociológica, aquello es un autoencargo. Que esta carga sobrehumana les sea leve a los nuevos cruzados. Después de todo, es evidente esta realidad: la juventud es mucho, como fuerza i brío; menos, como pensamiento objetivista; poco, en cuanto acierto de realidad. Todo lo que has dicho está en preñez de temas árdusos. Lo comentaré, en mis posibilidades: No, ciertamente, con tu técnica lujuriosa de eurindia, bio, elemento humano, sinergia, embrogenia... La literatura i el arte declamatorio, enfudados a la propaganda socialista o comunista, hasta aquí, son infecundos, negativos. Lo uno, por ser invención o exageración novelística una América india actual, en tortura de esclavitud. Lo segundo, porque se limitan a odiar i hacer odiar. A todo terrateniente le niegan, porque sí, espíritu indigenista. Ven al Indio, fuera de foco i desde la mesa de escribir, al rebote de la metáfora vanguardista. Hacen tragedia de un motivo que, en puridad, tiene de sainete. Han creado un Indio, con el barro del convenido; le insuflan el hálito de su inspiración; de pronto, le descargan gases lacrimógenos, i Exce Indio. Como quiera, ¿dónde demora el político, el literato social capaz de crear la energía i el método que actúen para el avatar de posible perfección del Indio? Yá, veremos si ustedes le sujetan a cartabón igualitario a la inecualitaria naturaleza humana. El ascenso de las razas inferiores ha de ser biótico. La primera transición es la más árdua, Para ello, es mucho el cultivo; pero no es

todo, ni lo esencial. Para el proceso ascendente de una planta no basta la técnica agrícola, precisa suelo aptificado. Para el paso adelante de una raza inferior, el suelo es la sangre. Así el cruzamiento genético es el indicado para propiciar el fenómeno mejorativo étnico. El epílogo está hecho: La mejor traza, a que el Indio ascienda hasta el hombre culto, es que éste, en amor de verdad i de raza, descienda hasta el Indio...

—Los viejos, a buen ver, no son los que han de hacer la corrección social de urgencia. Tienen la visión en presbicia, el paso, tardo i flaco, el pulso. Usted, con su flexibilidad, está, si le voi comprendiendo, en el término medio. Pero, el ritmo de la inquietud actual es el de la velocidad. El escándalo de lesa civilización del paria americano pide la violencia, el asalto. Hai que raer, a cuchillo buido, la plana en borrador garabatoso que es nuestra indianía.

—Años atrás, ciertos socialistas predicán la violencia destructiva del orden preestablecido. La violencia para ser tal, ha debido ser yá. Si nó, es el proceso vital el que prevalece. Pero, doi paso a la hipótesis. Yá, ustedes, a ictus de hachas—bárbaras de empuñadura, cultas de filo—han derribado el orden jurídico de siglos: ¿Destruir es construir? ¿Negación es creación? I ustedes se limitan a negar la organización actual de la propiedad; sin acertar a elaborar un cuerpo de doctrina i un programa de objetividad vital. Construir es guardar proceso de erección i relación de elementos, entre masa edificial i cimiento de realidad. Pero, si el servicio ha de ser, esencialmente, porvenirista, el salto intentado es absurdo. La vida es evolución armoniosa. No se improvisa los métodos de apreciar la vida. La falla de la Lei se resuelve en el producto no viable o tarado. Lo que cuaja inánime o monstruoso no es vida. Eso sí, el proceso puede ser, técnicamente ayudado, hacia la abreviación. En esa zona humana, yo estaría unánime con el más pintiparado indianófilo. Por el amor indigenista, también, soy moderno. Sólo que, no seré profesional de modernidad. Evolución constructiva; nó, revolución destructiva: tal mi paradigma social para nuestro medio.

—Por lo que de usted se, el salvamento será el amor del

prójimo. Esa energía, viniendo de donde viene, la doctrina no evolucionada, no replasmada, es estéril por inactual. Para eliminar el virus proletario, eliminarlo, nó, con sueros antigénicos, sí, a cuchilla, el músculo baciloso: el Capitalismo. Causa del malestar económico es ese quiste, esa úlcera histórica, de arraigo íntimo, de herencia multitudinaria.

En la vida social, la primera casta o clase que prepondera es la del Dinero. Bajo el plasmato de ese artista social ogresco queda contrahecho el hombre. I, a lo largo del tiempo, se produce el antropoide diferenciado con el infamante remoquete de: ilota, perieco, sudra, lete, esclavo, siervo, meteco, glebario, villano. Menos que bestia salvaje, para él, la criptia, las gemonías, la ergástula. Contra ese bárbaro falsificador de hombres, desde hace miriadas de siglos, apunta la dinamita de la revolución social. Siempre, el griego, el primero. El chispazo de la reacción lo prenden los ilotas, en la misma Atenas. Siguientes los plebeyos, los humillioses, los pobres de Roma, en el Janículo. En mucho, revolución socialista es la guerra de Viriato. Lo es la gesta poliflica militante de los Gracos. La labor secular se condensa. La acción se carga del trinitrotelubil del pensamiento decisivo. Chispa, la revolución inglesa, estalla la revolución francesa de los pequeño—burgueses. I, todo pronto, surge, con movimiento reivindicador definitivo, la Internacional, Para la conflagración general, lentamente, han creado la sustancia inflamable i el fuego idealistas, juristas, filósofos: Platón, Juvenal, Ulpiano, Tomás Moro, Owen, Luis Blanch, Proudohn, Enry George, Jaures, Bakunine, Marx i Engels. Entonces, tras la multisecular injusticia social, llega el principio del fin...

—Pequeñuelo, haces tal entrevero de oposiciones que aturde, más que el rimbombe de tu anatema. Tu agresividad es de contagio libresco. Libros hechos en i para medios diversos del nuestro. Ligeramente, i como puedo, fijaré la rectificación i el disrímen. Para tí, quizás sé poco, aunque, leo tesoneramente; pero, a lo menos, mi pensamiento flagra de sinceridad humana.

Ciertamente, la historia, a una con la lógica, obligan la confesión del malestar crítico del mundo, por la imponderación

de los medios económicos, entre los hombres. Pero es el caso que los métodos para la mejor distribución de la propiedad, o no marchan, a ritmo, con la aspiración sincera, o están a descompás con la realidad viva. Ello, a causa de que los sistemas son saltos en la sombra: porque los guía un criterio, crudamente materialista; porque falsifican la naturaleza humana; porque sólo ven el problema en su parte negativa; por la imprecisión de los postulados; o por cuanto la absurdidad del procedimiento i la carencia de programa práctico, los vuelve utopías redhibitorias que no resisten el enjuiciamiento crítico, ni la experiencia de la realidad humana i de ambiente. Eso son i dan de sí el anarquismo, el sindicalismo, i el colectivismo autoritario de Marx. Este, si menos utópico, es sistema erróneo, está anticuado en sus sesenta años, se basifica en la filosofía hegeliana del predominio de la fuerza. El marxismo, corregido, modernizado i todo, proclamando la lucha de castas, la dictadura de una clase, deviene el artista ogresco que tu infamabas.

A contrapelo, rosaste tú el motivo religioso. Valientemente, aunque a la frisa, confieso ser del número de los que lo aceptan: Eso sí, sin empueramientos fanáticos, como tu dirías. Esa aludida energía, propicia a toda evolución vital, omnímoda para un vivir humano, bien puede emocionar a los hombres hacia el equilibrio social. Ella subraya de prohibida la codicia del millonarismo absorbente e inmisericorde; educiendo su virtud normativa de las relaciones humanas, nó, de fuera, que es la fuerza, sino, de adentro, que es el amor. Más, el repudio paganizado que sufre, resta efectividad a la virtuosa potencialidad de esa vivencia. La revolución francesa ha instilado el espíritu de individualismo positivista. Forjado por élla el nuevo orden social, ha propiciado el ambiente para la germinación del materialismo que ha dado de sí la política de feria, de desequilibrio económico. Lo demás, ha venido, biológicamente: El divitismo incontinido, el maquinismo, aún la Gran Guerra, negocio también de las Bethlehem Steel, Vickers Armstrong, de los Dupon, Wendel, de tantos profesionales ventajistas de la Guerra.

Has abominado, a bulto, del Capital. El Capital, en abso-

luto, no es malo. Es florecimiento espontáneo de la condición humana, en la convivencia i el avance civilizador. Imperativo natural es la conquista i posesión de medios físicos, en más que para lo taxativamente necesario del comer, del vertir. El plácido vivir humano es de lógica biótica. Para ello, precisa la circulación sanguínea que es el capital. Lo dañino, lo vitando, lo corregible es el *ismo*, ese tentáculo succionador que le ha injertado el positivismo opulentista. La evitación de la plétora, en pocos puntos del organismo nacional, es la urgente labor sanitaria legal i de buena sociología. Está impuesta la discriminación: Como he afirmado, hay el Capital de característica humana intangible, que es la propiedad concreta. Paso avanzado es el capital de ahorro. El, en su desarrollo capitalista de influencia positivista ha funcionado de animador económico clásico hasta la Gran Guerra. Esta, en su seno teratológico, ha recibido el germen i ha gestado el capital de especulación. Lo distingue su fe ciega, su norma irreductible: El oro, por el oro; el capital, por i para el éxito. El nuevo capitalismo tiene estas características: Es hipermaterialismo, centrífugo de la alta finalidad intelectual i moral. Transporta, en la ambición incontentida, la beneficiofagia que es su esencia, todo el mal de la imprevisión, de que es brote natural la propensión al desequilibrio. A esta aptitud virtual han comunicado capacidad para determinar el hecho social crítico varias causas: El exacerbado pasivo económico impuesto por la Guerra, el hábito dilapidatorio, el burrocratismo, la inestabilidad de los grupos humanos por la concentración de multitudes nuevas en las ciudades, la exasperación de las necesidades colectivas, las arbitrarias medidas de excepción que sugirieron a las masas a imbuirse de espíritu reivindicacionista. Todo junto, originó el desorden monetario, la emoción social al reajuste, el rabioso nacionalismo económico. Entonces, el interludio del capitalismo es requerimiento de una biología de circunstancia. La nueva economía, caracterizada de demagogia de intereses, dada a practicar funambulerías en la cuerda floja del azar, busca alianzas en la economía de los Estados, en la política, aún, en las reivindicaciones demagógicas. Pues de mantener el socialismo su belige-

rancia sentimental pasional de clases contra el capitalismo, irrumpe la desconfianza. Así, hase originado el hecho de ese en-trevero paradógico del capitalismo i el socialismo. Este, en la reacción de ser consecuente, busca asidero a la confianza o crédito, en la previsión estatal: Economía dirigida; moneda dirigida. Tal, el embrión de las modernas dictaduras. De donde, el fracaso del socialismo; por la contradicción de los hechos con los principios. Por él, no se llegará, pues, a la cura integral, o por lo menos, ortopedia de la crisis general.

Por de contado, aparece que el caso del Ecuador está fuera de ese socialismo de envergadura i dinamismo complejos.

Todas las fallas apuntadas provienen de que, al fin, es innatural la igualdad matemática económica. Para eso, precisase la creación de un organismo humano corregido—que, yá, no sería humano—, bajo una horizontal intranspasable; esto es, el hombre en serie. Concretando: En el orden actual humano, a distinta capacidad corresponde acción distinta: a distinta acción, beneficio distinto: he aquí, el manadero del capital. El hombre sin estímulos para la acción i mejora, sin voliciones magnas de inquisición i descubrimiento, es ente irreal: I lo absurdo no es materia de creación sociológica. Así, la igualdad social comunista, contraria a toda disciplina i toda acción conjunta i libre, sólo puede crear la crisis del hombre en crisis de acción. Dado el lanzamiento centrífugo de la aspiración humana, es inviable esa economía de ayllu caricaturesco, de acllas, awuajcunas, o conglomerados monjiles.

—Tioide, eso es el comunismo ingenuo. Nosotros perseguimos un socialismo eliminador de injusticias, especialmente, enfrentado contra latindustrias i latifundos. Donde hai urgencia de reajuste, el socialismo es fuerza biológica necesaria. I, cuando la vida impone, la reacción ha de irradiar su función sanitaria, con precisión de violencia.

—Chicoide, en netitud, socialismo, comunismo es palabra hipnotizante para jóvenes ganosos de exhibición de escepticismo, de espíritu fuerte; esto es, en sazón de pasar el sarampión ideológico. Por eso, no reflexionas que el malestar del Ecuador

no se cataloga bajo el tipo crítico extremo. Para la mejora, basta la política sin política: Digo, política sana, heroicamente desinteresada i activa, sabedora de recursos i medios, que abundan. Pues, eres imaginista, o imaginífico, según reciente decir, te opongo este argumento a demostrar que la violencia carece de volumen i de energía constructiva. Imagina esto: Tienes un caserón de varios departamentos. Su arquitectura te parece anacrónica. Sus cimientos, en parte, están firmes, en lo demás, inseguros. Quieres remozarlo. Si te amparas al departamento firme i destruyes el empeligrado; i, allí, construyes. Si hecho esto, practicas un viceversa, es posible que redondees una habitación moderna i recia. Pero, violentamente, arrasa la casota íntegra; i no resultará el cobijo; pues, el cobijable se baldará o perecerá al desabrigo. Oyeme el consejo: Corrije, desmocha lo que te han deformado las aulas, lo que te ha puesto, de postizo, la técnica libresca. Escucha, ausculta, vive la vida. Da entrada, en lo que llamas tu reino interior, por las ventanas de la observación cristalina, a la ciencia de la realidad. Primero, es observar que esbozar; antes, ésto que modelar, sociológicamente. Obsérvate, también a tí mismo: ¿Cómo, a qué hora, por qué, para qué nació i persigues este amor al Indio? Ve lo que se te ha pegado por contagio del socialismo juglarista, por arribismo i snobismo literario. ¿No es de pega, es de aptitud, es de vocación de apóstol social?: Pues, a obrar; a despojarse del confort i demás pejugueras burguesas. Aproxímate, no sólo en alma, en comida i vestido; para valerle, para convivir con el Indio. I ello va sin pisca de ironía: Estás en terreno de experimentación; observa al indio i al chagra. Después, en amor de realidad, confróntalos con los que llevas en la imaginación hospitalaria de tipos líricos.

Nómada ocasional, para mis andanzas, listos, los de la pe-sebrera; listo, un asistente de órdenes, el chasito primogénito del mayordomo, llamado Indalicio. El chagra o chaso, según mi tío, i algo que he atisbado, es el paralelo del charrúa i el gaucho, es el superindio. Con el indio, es parte integrante del humus i de la roca de la cordillera. Clase campesina sana, vigorosa, por lo general, de mente despejada, de costumbres sencillas, paga-

dos de su elemental desbaste cultural. El chaso, de escorzo al indio, en sinceridad solemne, se dice, a sí mismo, «blanco». I, racialmente, es pena clasificarlo de blancoide. La nominación étnica de infra—blanco, que llamaría yo, corresponde a los individuos del tipo de la mujer del mayordomo: ni francamente morena, ni, lejanamente blanca. Seduce, como color pigmentario, para una ideal América.

A mi adjunto distinguenle: pase de barniz educativo, re-jo de exultante juventud eufórica. Familiarmente, es llamado con la mitad final de su nombre: Licio. Por zumba o alusión a su arrogancia, a veces, adrede, equivocan los de casa esta nominación, diciéndole: Liso. Popularmente, liso se toma por atrevido, díscolo. El se regocija porque lo rebautizo, con la primera parte del nombre:—Niño, me dice, eso es tener tutano en la cabeza; su mercé ha dado en el clavo.

Para el andarínaje por los valles altiplánicos de la Hacienda, hasta por los próximos afueras, mis pies están alados. Las casucas del chaso, los bohíos del indio se incienzan con resinas de monte, quemadas en anafe de piedras; se musicalizan con lieds i baladas de mirlos i *chaupaues*, cantos guerreros de perros, partituras de gallos i gallinas; se humanizan con el arado i el telar al aire libre. En las chosas, soi recibido con tímida hosquedad, o con humilde desvío. Allí, mi palabra se asfixia. Algunas indias me agasajan con el ritual donativo del huevo, que recibe mi a latere i yo retribuyo, con nuestras monedas de infrablancas, llamadas «ayoras». La acogida de los chasos, puntillosos en modos i expresiones aprendidas, es cordial, a base de creerse mui honrados con la visita del niño doctor.

Durante ese vago, descubro asuntos dignos del folklor; i comprendo que la modalidad literaria, en moda, clasificada de cuento, si rica de metáfora, es paupérrima de ambiente indígena.

Para las correrías lejanas i, especialmente, para el visiteo de la Parroquia, me sirven esos señores del perpétuo ágape en triclinios pesebrerales.

Ante las ruinas del Inga—Pirca, el Inga—Chungana, recuerdo la descripción del geógrafo Villavicencio. Más que la visión

de esas piedras descoyuntadas, me atrae ótra, lejana: La egregia aptitud estético plástica de los mayas, toltecas, incas: de que son apoteosis las ruinas de Petén, Yucatán, Cuzco, Sacsahuaman Ollantaytambo, Machuptechu, Chichien Itza. La parroquia próxima ha ejercido, en mí, la mayor fuerza centrípeta. Conocida por mí, de paso, en su presentación prima, después, la he explorado en la dispersión de sus cortijos, predios, terrazgos. Dentro de ese límite, que, propiamente, es la población celular, habrá medio millar de habitantes criollos i algunos advenedizos e indios desvinculados del servicio de haciendas. Una i otra vez, mis anhelos de aproximarme a ellos han sido detenidos en aristoso obstáculo: el aislamiento de su vivir, la falta de inquietudes económicas, la artesanía, las labores de agricultura, tejidos i arriería. Sólo en un resultado han florecido mis excursiones: la fama de bolchevique i enemigo del Cura.

La oportunidad cuaja facilidades, en un domingo, para la penetración socialista, por mí tan buscada. Gozoso, Inda me anuncia la coyuntura propicia. Hai un festival en la casa de un su pariente, el fúcar Bermeo i Lazo. Su hija única hace pocas horas, ha iniciado vida matrimonial.

Enmarcando larga mesa a remiendos, encuentro más de veinte representantes de la nobleza lugareña. Entre ellos, pontifica el Teniente político. Chaso de fuerte densidad india, en ostentación de entono i postura pavorealesca. El, i pocos más, no se condecoran con el litúrgico poncho. Los otros lo exhiben oliente, talvez, a cosa *recien salida del comercio*. Balumba de trapos, en deformación grotesca del cuerpo femenino: tal la presentación de las lugareñas. Las de viso, encima del vestido de tela barata i entiesada, se decoran con pañolón de manufactura nacional. Las dueñas de casa, sin tapado, se ostentan de busto enchaquetado, o con falda enteriza. Las otras mujeres, se acicalan con *bayetilla* i *bayeta de castilla*. Todas llevan arracadas, en que el oro i las chaquiras extiiran las orejas.

He sido situado a la cabecera junto a la novia. A los lados, en mi inmediación, el novio, la suegra de él e Inda. El Teniente es mi fronterizo. La mesa, exponente de fuerzas econó-

micas, digno de tal potentado: Pavo hornado, carnes de gallina i res, cuyes tascando el huevo enduredo, abundancia del patriarcal mote pelado... Salpicando la espléndida naturaleza muerta, botellas con el no menos patriarcal i preciso aguardiente de caña, i sus coeficientes, los vasos de vidrio. La novia i la madre de élla, a porffa, me ponen sus gollerías: Caballerito, sírvase carne de pavo, queso, pan calentito, dice aquélla. La ótra con refinados dengues, musita: Señorcito, aquí, tiene habas tiernas i chocillos del cerro... —Tontas, exclama Bermeo i Lazo, primero es el abrivoca. Traigan agua caliente para el niño del señor Lucas Nicanor. Turno riguroso, previene él. El comportamiento de los hombres demuestra que éste es, lo menos, el vigésimo trago alcohólico. Las miradas de algunos de ellos me asaetean hostiles. ¿Acaso, mi fama de bolchevique? Es la hora. Pido al anfitrión venia para hablar. El ordena silencio a las gargantas mazorrales, en tronazón. Al ponerme de pie, oigo equívoco runrún i una voz femenina que dice: Añañai, dichosa novia que va' brindar el caballerito.

—Camaradas: venido de lejos, soi portador, para ustedes, del evangelio de la buena nueva. Que mi paso por esta Villa del porvenir quede señalada en el despertar de las mentes de ustedes. Pasan, vegetan sin medios de vida, sin horizontes de aspiración dignos del hombre americano: Con ser ustedes gente que promete i haber sido estas tierras todas propiedad de los antepasados de ustedes, los Incas. He de demostrarles que el estancamiento de la vida cultural i económica de ustedes proviene de la ignorancia acerca del propio valer, i de los destinos a que están enfocados. Para emerger de esa ignorancia e impotencia, urge derrocar, hacer desaparecer a esos dos tipos de tiranía retrospectiva: el hacendado i ese lobo que es el Cura...

Los chasos cierran conmigo. El ambiente se entempesta de palabradas, ternos, gestos cómicos, manotadas en la mesa. Cruzan como relámpagos, las amenazas:

—Canalla, dice que semos pobres. Tenemos tierras, casas, plata, animales, lindas mujeres que ya 'stará él aguaitando...

—Embustero: con que, las tierras de los ricos son robadas.

Hartos patacones i sudores que les cuesta...

El Teniente se enfrenta:

—Repita, doctorcito, que nuezros pasados han sido los Ingas, i le pongo cerrando la boca. ¿No ve que somos blancos; que mi taita ha sido hermano de su tío?

La voz de Inda se cruza:

—Sí, malhabido en una india d' Hacienda.

Alentado por el Teniente, salta un chagra congestionado por el alcohol:

—So, jodido bolchevique, usted con su mapa lengua no ultraja la corona de nuezro taita curita. Afuera, entremetido de un cuerno...

Interponiéndose, la novia lo retira, de un empellón, i detiene mi brazo enhiestado para la bofetada. Dispense la chispa, caballero, dice élla. Más vale es tomar nozros una copita. Me saca del radio de borrasca; i, mientras sirve élla la copa, un chagra descomunal distrae a los levantiscos: Dejemos al venedizo, ladra él. Carga de aguardiente, hasta la mitad, un vaso; i, arrollando el poncho sobre los hombros, brinda: Caballeros: Viva la juamilia Bermeo i Lazo, que, atrás del trapiche, todo es bagazo. El gesto i la alusión hacen blanco en mí. Llevo la mano al bolsillo pistolero. La novia le pone un guiño de inteligencia a Inda. El me urge: Niño, vamos, ya, coje la tarde. La novia, acompañada de su madre, me despiden en el patio.

En la cama, estoy desvelado. Pienso en los estacazos que acuitaron al de la Mancha. Al amanecer, Inda, yá, confidente, todo festivo, comparece en mi dormitorio.

—Niño, buen día de Dios. Le traigo una noticia. Usted 'stuvo muertito por conocer el cerro, No ve que en Zapata está corriendo una novena a Nuezra Señora de las Nieves. El domingo, gran fiesta. Como hormigas, la gente. Después de gozar allí, bajaremos a «Huasi—Corral». Con vispera, estará ahí el patrón con toita la familia. El sabe hacer citar en la feria a la gente de la altura pa' las vaquiadas; i la niña sabe mandar pa' los comprados. Niñito consiga qu' a mí i a su mercecita nos deje de ir pa' hacer esas cosas. ¿No ve que salen lindas chicas?

El viernes, de amanecida, el mayordomo encilla el caballo Herodes. He sido obligado por la tía a un *desayuno sostenido*. Luca imparte órdenes a Inda. Le previene atenderme a que no ruede yo en Inga—Ñan. Mi tía le entrega la *lista de los comprados* i el dinero necesario, recalcándole el buen desempeño. Los sies de Inda, a ojos vistas, son automáticos.

En el recoleto valle por donde vamos, hai penumbra argento cinérea, por la niebla que no logran transverberar los rayos del sol. Hemos subido en trecho de pocas millas. Damos con la base de un desnudo contrafuerte de la cordillera. Vamos a su vera. La penetramos como a hurto del ¡atrás! de su verticalidad. La senda montés nos traga, a modo de tunel. A poco subir, la fronda se espesa. El techo engoterado vierte gotas del vapor de agua en saturación. El caminejo, con su tentáculo, penetra en canaleta el permeable cascajo. Más de un kilómetro de trepar, a gatas. Intento apearme. Inda me previene: No s'apie. Pa' pior; revolcará. Lo que falta es carajear; i, sobre todo, un trago. Deveritas, las bestias s'acobardan, cuando los montados no toman un buen buche. Estamos, a media cuesta. La montaña nos castiga con la garúa; ese pasagonzalo contra quien se atreve a rosar su intimidad esquiva. Me defiendo, a favor del poncho; i, es, talvéz, la primera vez que en él me enfundo. Escalera de barro, a contracerro, es el atajo montuno. Las insignes bestias lo escalan, a punta de uña. Muchas veces, a punto de resbalar en retroceso, se ayudan con el hocico. Yá, la senda se dirige, de través. Los baches son profundos; pero, es menor el esfuerzo de los brutos, fraternos en la causa común del riesgo. Inda arroja, dondequiera, el tapón de su locuacidad:

—Niño, su merce tendrrá muchas novias, a la pata... Con perdón, ¿le gustan las chicas?... ¿l las wambas de los campos, también?... En las alturas, las raspaduras, niñito... Qu' es mejor, gastarse i después casarse; o casarse, primero i, luego, desgastarse?... Niño, usté 'stá yendo con l' alma encanutada: Quiere que le cuento un caso que le pasó al patrón grande?... Bueno. El Berna Zhuzhingo está loquito por la longa Cunshi Capona—nó, deveras, de nombre nomás—.Esto jue poquito antes de venir su

mercé. El Zhuzhingo l' haiga avisado este antojo al niño Lucanor. Pero, el patroncito dijo que élla es todavía mui wambra. El Berna pá hacer fuerza le ha dicho: Amito licencia, Azhucapa puca manguita paquircanimi. . . ¡ja, ja, ja! . . . ¿Entiende el quichua, niñito? Eso quiere decir: La olla nuevítica de l' Azhuca pusé rompiendo. ¡, al decir el patrón que una olla es fácil de reponer, el Berna l' había contestado que eso, con el matrimonio sólo se remedea. Jue la primer vez que vi reir, a boca llena, al niño Lucanor, cuando le contó a la niña grande: Que yo estuvé oyendo tras la puerta del dormitorio.

La risotada de Inda es coreada por la risa caudalosa de un torrente.

Pasado el peligro del caminar, me acicatea el ideal de descubrimiento i conquista. Como en preludeo, le pregunto si hai en estas montañas la célebre achancara, flor de los abruptos Andes. Ello da asidero a mi conferencia, al aire libre, desde el pupitre de mi caballo. . . Cuando llego a decirle que la aspiración de los de avanzada socialista es la repartición de las tierras, él acota:

Niñito, ¿cierto? ¿No es de chanza; no está frijoliando? . . . I a mí, ¿cuántas cuadras me podrá tocar? . . . I con lo que heide heredar a taita que tiene hartas tierras. . .

El, en la visión de un porvenir, todo holganza voluptuosa, a gruesa garganta, canta: Si tu quieres que te quiera, —zahumaraste con romero, —a que se te quite el tufo— del que te quiso, primero.

Aquí i allí, le estan aplaudiendo el palmoteo de alas de los pájaros que alzan vuelo de las copas de ducos, wabsayes, wualwuales, zhiñanes. . . Sigue el cantor: Me dicen que tienes ótro— i así, con ótro te quiero: —me gusta querer lo ajeno,—para hacer rabiar al dueño. . . Las pavas del monte orquestan su espanto.

I era, también, que Inda sabía que la viajata mejoraba. Durante todo el camino, ha venido, machete en mano, dando tajos en la vegetación tentacular que estorba. Así, estorban, en una ideología, los pedantes; en un proyecto, los pávidos—Yà, lo

envaina. Desembocamos del bosque. En corto trecho, atravesamos, casi a nivel, un suelo pizarroso de gneis, al parecer. Dorso, a pique, sobre profunda vaguada que subraya de plata sonora un riacho que baja por anguloso hocino. El río, de saberse cacique absoluto, no observado, desnudo, revuelca, acá i allá, i hace carcajadas en tal cual chiflón.

«Trebol loma», resa la lección geográfica de Inda. Un quinde traza un iris, por delante de mí: Con Rasch Isla pienso: sonoro rayo de sol que hubiera florecido. —Vea, allá, esa manchita oscura es «Corral—Huasi», observa Inda, apuntando, con el índice, hacia Este, levemente Sur. Esto se llama «Absul». Como tenso dedo índice de la cordillera hai, aquí, un relieve. Escudriño, sin encontrar el lugar donde, pronto, estaremos con Luca i la familia. El relieve, es, yá, parapeto rocalloso: Mano de maestro de Geografía que se interpone al distraído mirar del discípulo, a que lo fije en otra dirección. Caminamos, hacia noroeste siempre en ascenso. Minutos más, i, de pronto, montamos una subcumbre. La estepa nos abre su taciturna inmensidad sin caminos. A Inda no le importan estas desnudeces intactas; que, en ótras, tangibles, probablemente, barrunta. Allá, a mano derecha, en longíncuo último término, cierran la puna los Andes dentados. Dientes, los picachos nevados. Enorme columelar, el Chimborazo. Acá, en el pajonal, una tribu vacuna. El curaca astado, de lámina i trapío guerreros, escarba, levantando polvos de oro. El sol ha descendido tánto en la curva zodiacal agostina. Se le ve caer: En dos salientes, la cumbre cordillerana se perfila en boca de labios, ávidamente abiertos, para tragar, eminente, la inminente hostia—sol. El viento filoso, en silvidos, orquesta escalas cromáticas, para esa comunión cósmica. Un arroyo tiritante, muestra su virgínea desnudez. Me apeo. Nó, por sed. Por impreciso apetito, tendido, comulgo en un beso, esa linfa prístina: ¿Por qué, al Indio no se le enseña a ser rico, a lo menos, de esas mil alegrías estéticas que encofra la naturaleza andina? ¿Que es incapaz? La educación crea capacidad.

Yá, llegamos, exclama Inda. Señala, con el brazo extendido, una pequeña meseta, entre dos relieves salientes de la cordi-

llera. A galope espaciado, por la fatiga de la cabalgadura de Inda, la montamos: Veintena de chosas, presididas por una iglesia y la casuca cural. Célula protoplásmica de civilización, violando la virginidad del superaltiplano. Detengo a Inda. En las cejas y pestañas de él fulgen, como chaquiras, gotas de la garúa. ¿Dónde hospedamos, le reconvengo; aquí, no hai albergue para mí. Ni capacidad para cuanto me diste esperanzas. Espere, ¿ontesta; todavía, no es hora. La posada es donde taita Cura. ¿Yo, convivir con el Cura; i el mismo de la Parroquia matriz?

En mi vacilación, por detrás, una voz saluda, en sorpresiva cortesanía. Cordero Talbot: se anuncia el Cura. Recibe el besamano de Inda; i le reconviene de haberse detenido: ¿Olvidas que ésta es la casa de tus patronos? Nos guía al Convento. La casa, reaccionada de su catalepsia de doce meses, está pulcra i alegre. Las paredes sin lucidura, sólo tienen el afeite del reboque de barro, donde las fisuras muestran el aún fresco relleno. Las puertas no lucen ataires ni pintura. Especie de manso del Convento, lo respalda un sembrado de habas i tal cual rosal.

Súbitamente, la niebla borra el paisaje. El Cura está solicitado por sus feligreses. No me dejan atenderlo, me dice. Levántase; i, en escorzo hacia lo interior de la casa, en voz alta, ordena: Belenina, ven, trayendo un fortificante para el sobrino de nuestro amigo, don Lucas Nicanor. Para mí, me digo: Esta Belén, una vieja ama de casa, sin duda. Salta el recuerdo de esa saeta de picardía española: Las amas de los curas i los laureles, como nunca dan fruto, siempre, están verdes.

Aparece una chiquilla vestida en discreta modernidad; toda élla, de indiscreto hechizo para el lugar i la impreparación a tal sorpresa. Con menos admiración viese escrita una estrofa de Rubén Darfo, Chocano, Eloi Blanco o García Llorca, en la penca de pita que medra en esta altura. Lo que me ofrece élla es leche bien dosificada de canela i alcohol. La hurañez cordillera se ha transformado en el atractivo de un Boulevard o un Parke Row. Derrumbado el mogote de odio al Cura, se ha llenado el abismo que de él me separaba.

Los dos conversamos, después de las ocho de la noche, re-

tirada, yá, la nueva amiga. Con mi bagaje ideológico, a flor de labio, espío la ocasión del tiroteo: Me pregunta en qué soi doctor. Cree él que la Jurisprudencia, en su parte moralista, es semihermana de la Teología Moral. Pondera su trascendentalidad en la sociedad civil. Según sean los abogados, dice, flotativos o sumergibles, decorosos o traficantes, sinceros o trapisondistas i marrulleros, sana o morbosa serán la legislación i la política de un pueblo. ¿No le parece que trasunta la garra abogadil la política del Ecuador?: ¿No es élla endeble, bursatilista, tornadiza, mimética, tortuosa, chalada de agobios económicos i alguno internacional? Doctor, o asesorado de cerca o de lejos, cada político es hombre empavesado para una exhibición de memorable Presidente, o habilidoso Ministro de Estado, Gobernador de Provincia, o cualquier empleo público. Al hablar de nuestra política, recuerdo de la instrucción que dicen dictaba cierto cabo: Media vuelta a la izquierda es lo mismo que media vuelta a la derecha, sólo que todo lo contrario.

El Cura goza de verba. Le oigo. Ante mi devota audición trenza los hilos de su ideario:

—El abogado de hoi ha perdido el perfil clásico. Por desdén, la pedagogía oficial ha hecho de suerte que se ignore la filosofía moralista i el latín. Este idioma forja al abogado típico: Si éste ha de ser quien conozca las fuentes del Derecho, las raíces del castellano; para ser buen orador, polemista, publicista i Letrado cabal.

—El latín, bienvenido para unos pocos que se regalan con los anises de lo clásico. Digo, que admito la conveniencia del latín, nó, su necesidad. Poco es el contacto de codos del latín con el castellano: los afijos, las desinencias, a lo que sospecho. Además, yá tuvo el latín su hartazgo de gloria; i váyase lo comido por lo servido. En lo demás, el latín pienso yo que es misticismo, retrospección; salvo el mejor parecer del señor Cura.

—Para la vera sapiencia, ningún conocimiento, por antiguo que parezca, pierde interés moderno: como la lejana raíz tiene solidaridad con los más altos ápices del árbol. I, joven amigo, quiero que medite sobre que no puede haber auténtica mo-

derinidad, si no se evita el preconceito del modernismo. Después de todo, qué vale el argumento contra el latín sólo porque lo mantiene la sotana?

El Cura ha emocionado su charla con un salpicado latinesco. Mi memoria, nó, mala, retiene estas limallas áureas: *In spe contra spem... Ars longa, vita brevis... In cauda, venenum...* Hasta ha citado la conocida sentencia socrática, en el propio idioma del filósofo griego: *Onoti slauton, si no equivoco la cita.*

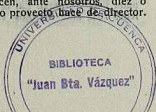
Alentado por mi silencio, el Cura continúa:

—Toda lengua es digna de estudio, en cuanto expresión étnica i como medio expresivo de comunicación humana. El kechua, incluso. Al abogado en condición de defensor i político, le es necesaria. Mire, señor doctor, el kechua, humilde i todo, entraña secretos de índole i estructura capaces, con estudio técnico, de guiar a conclusiones étnicas i de unidad de raza humana. No ignoro el idioma inglés. Mi curiosidad ha encontrado puntos de contacto del kechua con él. Decida usted, doctorcito, por este ejemplo: La frase: los dientes blancos de mi hermana, dice el inglés: *My sister's white teeth*. El kechua: *Ñuca panipa yurac kirucuna*. La idéntica construcción se advierte en la versión literal: De mi hermana los blancos dientes. Por lo que adivino el alemán, en mucho, lengua aglutinante, tiene que ver con el kechua. De aquel vengan estas palabras: *letherguerber*, preparador del cuero o curtidor, *hopnunsfeld*, campo de la esperanza, *levenserinnerungen*, recuerdo de un ausente. Sea el verbo kechua, *rirana*. Escojo el presente; i, he aquí, estas transformaciones por aglutinación: *Ruran*, hace. *Rurachin*, manda hacer. *Rurachicun*, está mandando hacer. *Rurachicuncunami*, están precisamente mandando hacer. Usted sabe mejor que yo, cómo, en los idiomas cultos, vivos excepto, que yo sepa el alemán, el sustantivo forma sus declinaciones por medio de preposiciones. El latín, de sí, goza de esa articulación flexional. Elijo el fácil sustantivo tierra. El latín dice: *terra, terrae, terram*, et cetera. Admírelo al kechua que, también, declina, así: *Allpa, allpapa, allpamam, allpapi*. Aún más, en el ejemplo, aparecen las desinencias del acusativo similares. Excesivo kechuafilismo, dirá usted, se-

ñor doctor. Pero, en conversación, i con tal interlocutor, no desdican estas efusiones. I, hasta mañana. Usted debe de estar necesitado de descanso.

Todo calla, yá. El bonísimo Cura, a mí, enemigo suyo, hasta hace rato, hame asignado cama de ropas limpiísimas; entre las que, sábanas no usadas aún. El frío obliga el obillamiento del cuerpo.—Así, se estará en el seno materno.—Doblamiento del cuerpo, desdoblamiento del pensar. Media noche adelante, sueño letárgico.

Descarga pirotécnica me despierta. El Cura, desocupado de sus oficios de culto, breviario en mano, me ha estado aguardando, para el desayuno. Previendo las próximas atenciones de su ministerio, me ofrece un paseo. Belenita va al medio. La llevo del brazo. Le siento un estremecerse. El estremecimiento de un cisne que, al torcerle el cuello, agonizara, fuese, así. Talvez es la primera vez que ha sido tocada por un hombre ese brazo. Por los cuatro puntos del pajonal confluyen romeros. Llegamos a un plano pisonado, a lo pista. Hai, allí, muchedumbre de indios endomingados. El Cura llama:—Alcalde de vara. El llamado es indio insignioso: empuña un bastón de chonta, de extremos de platería. El llamante le ordena:—Trabajen, a que este caballero guste. El *varayo* grita: Insios, insios. El Cura, sonriente, explica: es una deformación de la palabra ensayo. Comparecen en la pista o estadio, treinta indios, o poco menos, en ridículo arreo. Sobre el burdo pantalón de lana, pollera de parcal, en color rojo, a raz de rodilla. Cubrebusto, o corpiño de tela azul o blanca. En la cabeza, frontal de corambre, forrado de oropeles i espejuelos, guarnecido por detrás con cintas colgantes, a lo largo de la espalda. A la voz de mando, suenan chirimfas i bombos. Esos indios en traje de carácter, a saltitos rítmicos, danza, graficando figuras geométricas. Acabadas las mudanzas, de los danzantes, entran al redondel hípico hasta una veintena de indios, parecidamente, ataviados, ginetes en vistosos caballos. A galope, geometrizan figuras de precisa ejecución i nutrido repertorio. En pos, comparecen, ante nosotros, diez o más adolescentes indígenas. Un indio proveyo, hace de director.



Ahincado en el suelo, sostiene alto astil de madera. Del ápice penden cintas coloridas. Cada uno de los mocetes tiene una. A ritmados brincos, en redondo, centro el mastil, tejen con las cintas policromo parasol. Cuando está concluido, el Alcalde ruega al Cura i su compañía ponerse debajo del sombrero improvisado. Le aceptamos, por no displacerle, sendas copas de áspero aguardiente. Pronto, danzando, inversamente, está deshecho el artefacto. A nuestra efusiva aprobación de los *Insios* los indios se muestran con la satisfacción de un pugil romano, en el circo, de un caballero medioeval, en la arena del duelo, de un Sacha Giuitri, un Borrás, un Cahplin, en sus tablas.

Yá, otros empeños han quedado fuera del punto de mira de mi atención. Belén lo ocupa.

Después del almuerzo, Inda, a semivoz, haciendo la mano pantalla sobre la boca, dice:—Niño, perdemos tiempo. Las wambas empiezan a llegar. Déjeme ir. Aquí, no hai base. A su mercé le gustarapes estar viendo caras nomás.

El Cura se dispone a entrar, de lleno, en sus atenciones de circunstancias. Previa excusa recomienda a Belencita atenderme. Estamos a un extremo de la solana. Al ótro, el Cura instala su despacho.

Entre élla i yo, hai un tenderse i tejer de áureas hebritas aracnídicas de ensoñación. En la tierra de relleno, que cegó el abismo de separación con el Cura, horas há, la jardinera Simpatía ha improvisado una Primavera: Sus flores embeleñan la atmósfera cerril, para mí. Los veintiseis años del Cura tienen apoteosis en el plácido rostro sin sombras. Hasta en la viñeta de su vestido hai la línea facil de lo prístino: Rodeando la cintura, cuelga una faja o infula con flequillo de seda. Sobre el balandrán, pendiente de los hombros, como en americanismo, le cubre el busto poncho de lana, a rayas blancas i negras. La cabeza está tocada con sombrero de toquilla, engallado por detrás, algo chafado por delante. Pienso que le avendría el levitón i la chistera que aún usan los clérigos en algunas regiones de España i de Portugal. Ea, la hermana de él no me está poniendo lente rosa ante los ojos cautelosos?

De vez en vez, asoma el observado Cura a ofrecerme alguna escogida fruta, o a referirme algún regocijante episodio del trato con los rusticanos. El les es acogedor. Ellos, a él tan rendidos. Nativos i advenedizos, lo primero, besarle la mano: los indios, a rodilla doblada. A éstos recíbeles él, con benedictos palmadas. En las manos del Cura, a lo maná, caen ofrendas de huevos, frutas, cobayos asados en platos de barro, miel en botellas i calabazas.

La mayoría de los acudientes le cuentan dinero, que él, a lápiz i papel, lo anota. Belenita satisface mi no disimulada curiosidad. Es, dice, estipendio para misas, que el Curita ha de celebrar, durante el año, en honor e imprecación a la milagrosa Patrona. Mi silencio hablador la obliga a redondear el dato: Ustedes, los jóvenes de avanzada, según oigo llamarse, quién sabe lo que sobre esto comentarán, Yo, evasivo, le observo que, de toda gesta mística, lo que gana mi sufragio es la devoción de doncellas liliales, como élla. Bueno, replica élla, confírmelo, mañana, acompañándome a la misa de fiesta. Mis ojos le contestan; pues, el Cura me interrumpe, poniéndome delante, varios rústicos que le han consultado sobre puntos de derecho. Sirviéndome Belenita de intérprete, les satisfago a uno tras de otro. Algo de ese maná también llega a mis manos, en disimulo de honorarios.

Todo ello nos intima a los tres. En Belén se ha realizado un estado personal nuevo, sin visible proceso, per saltum, calificaría el Cura. Pienso que élla pasaba sin saber que tenía, dentro de sí, el mundito dormido del amor. Yá, estoi ufano de haberlo descubierto; más bien, de haberla ayudado a descubrirse a sí misma. Su reciente afán de ataviarse, nubes de oro i carmín del amaneciente horizonte de ese mundo. Ayer, su desintencionado vestido, hacía rima con la quietud de su rostro sin complicaciones, dulce de silencio. Hoi, el brial de lustrina negro, afinándole la silueta, la ciñe amoroso: El organdí que rodea el vuelo, besándole el tobillo, es el subrayado de una promesa, o un cerco prohibitivo. Pero, el tímido arranque de su escote, postigo recién abierto al cerrado coto, deja alguna posibilidad para la

cosecha i caza de encanto de formas de su Abril. No hai duda del fenómeno suscitado en lo íntimo de esa mujercita guardada. Allí, mi másculo influjo, hilándole está ilusiones. En la mirada, porta élla la motivación de un amor de sorpresa. Con los ojos sintonizan los labios sin mentira de lápiz rojo i, elevándose i tendiéndose, las pestañas sin más rimmel que su bruñida negrura. Nunca fuí cultor de iridiscencias líricas. No sé de palabras enmeladas, ni aterciopelados modos: Ahora, que los busco, en el breviario de mi sinceridad, no los encuentro. Apenas, saco a lucir, del guardarropa de mi retraimiento, la sonrisa más guardada i nuevecita.

A vera de las sedas hipnotizantes de Belenita, un conflicto ruge: Mi odio antiburguez, si no domesticado, está detenido. La actitud transigente está impuesta. También, para el socialista, la vida es como es.

Inda, ahora, me atrae a la realidad. Su cara cachonda es cartel de anuncio. Belén le insinúa: Licio quieres fruta?... Píde lo que deseas... ¿No estás con hambre?... Buscas hablar con tu patrón, el señor doctor?

Yá, afuera, él se apresura: Niño está lista una base; pero pimienta cosa. Las wambras son lindas. Hai para distraerse hasta mañana... Niñito no sea tonto: En las alturas, las rapaduras: yá, ¡' hai dicho. Perdone estoi con cuatro draques macanudos.

En mi intento de observación, le sigo. A pocos pasos, me invita entrar. Es la casa del prioste mayor, me dice. En lo que hace de sala, hai muchos indios i dos campesinos de los sedicentes blancos. Unos, sentados en tarimas de varales recién cortados del monte, otros, en el suelo. Para mí, hace de asiento de honor, un bajo mesín, cubierto con bayeta blanca no cardada. Por toda presentación, el dueño me presenta un pozuelo nuevo de lata, lleno de vino de maíz. De esto i del asentante pruebo gotas. Ellos, aún en mansa embriaguez, beben de lo úno i lo otro, golosamente. Inda, dirigiéndose a uno de los chagras dice, Compa Cashico Veletanga, no sea pizhizungo traigapes a las comadritas. El cuchicheo previo va i viene. Poco después, sin presentación a mí, se integran al grupo tres morenucas de meji-

llas donde se glorifica el rosa subido, tomado del carmín del sol, o de las amapolas. Visten de parada, traje absurdo: Enorme funda de donde emergen una cabeza i dos pies toscamente enzapados. Eso es el montón de polleras de bayeta en colores, el pañolón floreado, la falda de zaraza tieza i détonante. Defonante i tieza es la hurañez de éllas. A mis arrumacos de exploración, callan o contestan en monosílabos, con la vista al suelo.

A los indios i chasos, hago algunas preguntas. Las contestaciones de éstos me ponen a distancia astronómica de años luz. Oigo una voz que crepita:—Qui tamén dicirá, ese sabido amo. Más mejor, dejarapes en paz. Inda se acerca, me sugiere al oído: Las chicas están chúcaras pa' usté. L' iré a dejar.

En evitación de la plazuca obturada por el maciso de feriantes i romeros, salimos atravesando una baja puerta trasera. Damos con muchos caballos apicotados. A las patas de úno, yace un indio borracho. Pongámosle a salvo, insinuó a Inda. Deje nomás, niño, me contesta, la bestia yá sabe que el indio está borracho. I si le patia, más mejor. Eso es pasar bien la fiesta. Me acerco al indio. El, al recio mecerle, entreabre los ojos, Le advierto el peligro, instándole se esfuerce por levantarse. El, recostándose del otro flanco, masculla: Jodido amopa invidia.

En el Convento, la mesa está lista para la merienda. Después, previa excusa de celebrar vísperas, el Cura ha ido al templo, seguido de su hermana.

Me alejo del centro enfiestado. Por un rasgón de niebla, impreciso síncope crepuscular incita mi meditatividad. Viajero, hollé cierta gigantesca urbe, por curiosidad, ahora piso, por un ideal este alturoso rincón salvaje. I es negativo el resultado de mi aventura en preñez socialista... ¿Pienso, o estoi bajo una pesadilla?: Como este cielo, con pesadilla de niebla, privado de su pensamiento de estrellas... Hasta el ruido de la fiestuca, parece el ronquido de esta noche hosca. Más que por el frío físico, por el ótro, vuelvo al refugio donde una nubil inventa el tibio clima del ensueño.

Ella dilata, más que anoche, su compañía. Cuando quedo, a solas, con el Cura, sitúo la conversación en sector de mi elec-

ción. Esquemático líneas de moderna Sociología. El ignora, o poco menos, de la ciencia bio-social. Del plano científico paso al de la realidad ambiente. Circunvalo el motivo del proletariado campesino. Le informo de la cruzada de los nuevos por el indio i el montuvío. El Cura reacciona de su taciturnidad de oyente:

—Mediante la lectura de algunos Diarios i Revistas, algo sé de lo que usted llama cruzada de los nuevos. Entiendo que la novedad de los nuevos es autodeslumbramiento, en que sólo se ven a sí mismos, perdidos objetivo i norte, i el camino por abrir. El medio de acción, la pura literatura, no es sincero i original. Ni, a lo menos, el ideario es nuevo; i lo peor, ni propio i nativo. Nuestros socialistas hacen calcos de México, México lo ha hecho de Rusia, Rusia misma, inoriginal i servil, ha copiado, en su ciencia o arte económico la ideología de Karl Marx. I de ese Talmud económico—El Capital—, apenas, queda algo en pie. Precisa subrayar que ese alemán semita i Engels deseaban la guerra para Rusia; i Marx proclamaba que el odio por Rusia era la pasión fundamental de los alemanes,

Censuras, aparte, en principio, aplaudo lo sustancialmente bueno del intento de mejoramiento social—económico. Pero ello sea a base de sinceridad humana, de realidad autóctona. Conózcase el medio geográfico económico social. Estúdiense al protagonista en su escena. Sobre todo, haya el soplo de espiritualidad: El progreso material no es suficiente a impulsar la amplia cultura, de donde erumpa el porvenir nacional. Pero, quia, señor mío, lo que falta es verdad legislativa, sinceridad de gobierno, sentido de economía, criterio de ecuatorianidad. Porque faltan las bases de todo ello: ética, amor humano. Después, faltan otras cosas, preparación de auténtica ciencia social, verbigracia. Lo que se llama técnica de la crematística colectiva, o se ignora, o no es aplicable en el Ecuador. La realidad social no se hace per saltum, ni la hacen los hombres; la forja el tiempo, la naturaleza del hombre en un pari passu con la cultura.

En suma, en el Ecuador hai crisis de hombres. Esta se patentiza en el absurdo de haber proletariado, más bien, crisis económica, donde hai superabundancia de tierras disponibles; don-

de hai riquezas naturales i obras públicas de hacer que, explotadas i en acto, repartirían ocupación i medios económicos a toda la masa ecuatoriana de blancos, mestizos e indios. Al Indio lo han puesto ustedes en cartel. El propósito de ustedes en pro de él, entiendo que carece de médula, de unidad, de organización. Estudien los de avanzada al Indio, en sí, i a base de su ayer i su hoy. La ciencia que capten les demostrará que lo intentado es un pase fuera de la realidad natural de él; que es decir, un salto mortal. Para su mejora espiritual humana, lo primero es el fundamento moral. Aunque, imperfectamente, por la condición racial del Indio, los curas le procuramos ese elemento básico. Por mucho que ustedes no lo crean, nos esforzamos por la elevación mental i moral de él. Le imbuimos un justo criterio de conducta; con que conseguimos moderar, a lo menos, pues, no nos es dado lo más que es metamorfosear su natural rebelde i tenaz. Anhelamos la colaboración en la docencia escolar del indígena; más, nos lo vedan las leyes pedagógicas. ¡, excuse el oportuno latinajo: *In magnis rebus, voluise sat es.* Ah, ¿le gusta la frase? ¿Quiere que la repita?...

—Quizás, usted doctor Cordero i unos pocos, mui pocos curas, aisladamente, siguen ese ideal. Ante todo, seguir no es perseguir un ideal. Para esto, urge, junto con el anhelo, como usted exige de nosotros conocimientos del medio campesino, que ustedes no ignoren el complejo social moderno. Les es necesaria esta ciencia, con aplicación al Indio, en interés de apostolado i severidad de método. Debiera de implantarse, en los seminarios, la obligatoriedad del estudio sociológico; así, sea con adecuación al genio i finalidad de la acción eclesiástica. Yá, irrupente en ageno plano, la sinceridad me impulsa a no detener, aquí, las observaciones. Si la corporación cural ha de cumplir la función social moralista, precisan condiciones. No se mixtifiquen la acción; sea ésta una i esfilizada en plan depurativo i disciplinar. Arbitrio primordial fuese esto: Dividida la Provincia eclesiástica,—ad hoc, en decir de ustedes—cada sección estaría a cargo de un Visitador, o lo que se llame. El tal sería un sacerdote, magistralmente preparado. El, en circuito perenne, durante períodos dis-

tribufdos en el año, asistiría al Cura, asesorándole, troquelándolo, disciplinándolo...

El Cura corta mi discurso eclesiástico social.

—Acaba usted de descorrer el cañamazo bordado en vanguardismo, del odio a lo eclesiástico; para dejar ver su fondo religioso, siquiera lejano. Lo que ha enunciado, ya es vivir en la realidad i por la realidad. Cuánto consuela oírles, así, razonables, a jóvenes inteligentes, momentáneamente aturridos por el deslumbramiento de la novedad; acaso por la boga o el interés; talvez, sólo movidos al latigazo del «qué dirán». Usted sabe, tanto como yo, que el retorno religioso se está operando, al estímulo de la Ciencia misma. Contra el excepticismo ambiente, un abastado sabio laico dice que el Universo, no de máquina, tiene de pensamiento. Otro sabio, también, moderno, Turner, si mal no recuerdo, declara que la persuasión de una suprema inteligencia creadora es el corolario lógico de los hechos científicos modernos...

La cama anídame. Nido frío: Simil inverosímil. La cama lamíname. Las sábanas, recién planchadas, no tienen caricias de pajas: sí, hostilidad de nieve. Insomnio irreductible: Sacudimiento de fuera i por dentro.

Esto que suena, resuena, chilla, crepita, retumba, pone en crispatura mi cerebro. ¿Cómo llamar? Decir: estrépito, algarrada, zarabanda, marimorena de ruidos i ecos, no describe. Tonadas de murga de la Parroquia matriz, triples perforantes de las chirimías, garrulería de la música en conserva del invento de Edison, lloriqueo monótono de concertinas, tronar de tambores, bombos, redoblantes—imagen acústica del terrazgo miserando—, grita de rifa i propaganda comercial, entrevero de cantos i expresiones dionisíaco—cerriles, greguería de borrachos, interjecciones de pependencias. Cada pífano, atambor violín es eco de la querencia, reseña geográfica de la comarca de procedencia. El todo, jarana que embulla, porque sí. Le busco algún matiz de sinceridad de culto, algún valor de cultura a este vaciar de bolsas pobres i derrochar de energías sanas. ¿Será ello síndrome de la desvalorización de las razas autóctonas en el ocio, la ignorancia la impotencia, el estancamiento? Estos rústicos, espiritualmente, están

casi, a cota de altura cero. No he hallado úno que me atienda i entienda. Uno, que entrevea el vértice, siquiera, de ese ángulo, siempre abriéndose, de las posibilidades de un destino mejor. I estos jayanes bastos, átonos, inaccesibles, sólo a un hombre se dan, incondicionales. El Cura: foco de convergencias de vidas, en su mayoría, abúlicas; epicentro de estos sísmos colectivos. Sabiamente organizado, el ministerio de él fuere máxima fuerza social para el resurgimiento de las razas autóctonas. Pienso en el ameritado cura Cordero. . .

De él, facilmente, el recuerdo pasa a su hermana. Ella es mi conterránea. Educada, en el mejor Colegio local. Veo, en su silueta espiritual, un interrogante vivo: ¿Cuántas mujercitas elitescas hai que, así, se perfilan a sí. Intentaré fijar, aquí, su traslado: La fotografía copia la línea; al operador sólo le es dado la escogencia de actitud. Belén de Jesús Cordero: Rayo de luna en parque urbano. Trino de solitario, en el cimborio de una catedral. Panal de aveja silvestre, servido en cristal de Murano. Aguja imantada, capaz de atracción i de señalar una dirección. . . En inefable compulsión, me ha insinuado la asistencia en el templo. Nada me quita esto; iré. Enorme energía social fuese la mujer sana i culta, si abundasen las que tengan conciencia del poder i empleo de sus gracias incontrarrestables en el hombre.

Me durmiera bajo el hostil arrullo de persistentes cohetes i petardos. Despiértanme tiros de armas de fuego. Sin duda, todos duermen: el silencio se impone sólo. Pero, en mi cerebro, no cesan los ecos de tambor, chirimía i pirotecnia. Tiempo há he ansiado ver un salir de sol, en las alturas cordilleranas. Son las cinco. Me levanto. A táticos pasos, salgo. Hai expirantes relumbres de fogatas. En el atrio del templo, distingo siluetas promiscuas de indios dormidos en ebriedad.

Cielo i tierra, todo úno: ¿Es paisaje metafísico? Porque se trasluce algo evocativo, interminal, cósmico. ¿Es sólo lienzo preparado para un pincel creador? . . . Eso ha de ser, porque se dibuja quebrada línea de cerros en gris—lila. . . Luz rosa, allá, Penumbra, aquí. Abajo, sombra. . . El Sol, desplegado el manto de oro lo arrastra, de grada en grada, dignas de él. Visión, antes

no sospechada, sugiéreme este miradero: Estos relieves de la tierra, aparecen de enormes macisos escaleriformes, a partir de la playa del mar. Allá, el Pacífico, base de cristal. De él a mi ciudad, tres escalones kilométricos; quizás, cinco a esta plataforma puneña i algunos más hasta la supereminencia de nuestros Andes. Con ser tan alta élla, es, no más que punto de partida a lo infinito. La vida con sus apetencias, es, así: ascensión de plano en plano. Cuando se cree haber llegado, se está al principio. En toda cumbre,—pena i estímulo es ello—acaba la función del pie, apenas, i se inicia la de las alas.

El repiqueteo dicta el regreso. El campanario de esa campanaja, nido sonoro, plagio de nido: cuatro horcones i un haz de paja. Belén ha estado, bajo el alar conventual, a mi espera. Voi, con élla, a la iglesuela. Introdutor galante, la vaharada de las volutas de incienso. Dentro, muchedumbre de indios i chasos murmura sus oraciones, apretujándose por dejar espacio, a uno de los flancos. Allí, algunas decenas de indios, en traje de carácter i formación en filas de cinco, danzan, a ritmo de cascabeles i campanillas. Entre esas filas, indio intruso que empuña bastón con cabos de plata, trensa su trote de ebrio...

Cuando Belén i yo tomamos el desayuno, llega el Cura. Interroga a su hermana si ha hecho servir el café a Linda. Ella contesta: Licio no es visto ni oído; estará de farra corrida. Sonreído el interrogante, insinúa: iremos, de paseo, en averiguación de él. En la plazuela, el Cura nos detiene, aquí i allí. De entrada, recuerda un punto histórico: Los Incas, dice, llamaban aukai—pata su plaza de fiestas. La que recorreremos está atiborrada de personas, cosas, ruidos. Los ojos se dan un regodeo en el tono colorinesco de la vestimenta de los feriantes: arco iris anárquico. Los oídos están a prueba de resistencia de disonancias. Al oír los pregones para la rueda de la fortuna, se interpone en mi recuerdo el dicho de Shopenhauer: Los tontos, como no tienen ideas que cambiar han inventado unos cartoncitos para jugar; i el comentario de Anatole France: El juego es una forma de anular el tiempo. La masa de campesinos con ponchos decidores de su procedencia, salpica tal cual entonado señor de hacienda. El pre-

gón comercial canaliza toda voz: Vestidos, comestibles, cacharros de barro, trebejos tabarrescos, aguardiente. . . Zapata: estanco, en trecentos i más dñas, seco, en úno de tempestad, lleno hasta el desborde. Geocentro de muchas lenguas en redondo.

Hemos vuelto sin descubrir a Inda; gota de agua, en e mar de la borrachera campesina.

Mientras el Cura celebra la misa mayor de la fiesta, estoi con Belén. La mañana reza, en élla, el breviario de jocundía i renovación. La bondad de élla, contagia mi audacia de pensamiento i de deseo: Qué ansia de beber de esa agua prístina. Los finos fibores de sus palabras extraen agua pura de las cisternas de su intimidad. Pero, nó, ella es fuente al aire libre.—Salta en el recuerdo, la comunión que hice con el arroyo de la puna—. Como quien se acerca al borde, cuando Belén me da una naranja, beso su mano. Ella se asusta en círculos concéntricos. El beso, en la mano, debió ser lo primero, nó, lo último, según resulta en mi caso. Pero, el divino pudor de esta chiquilla, rompe la lógica del común procedimiento erótico. Pronto, hace una transición, digna de la maestría intuitiva de la mujer. Dice: He de aprovechar la oportunidad. Mis maestras monjitas no han alcanzado a explicarme por qué, en el trato común, en buen castellano, se dice, verbigracia: Usted me olvidará. El verbo está en tercera persona, concertando con segunda persona. Para mí, es sorpresa la encuesta. Improviso esta exégesis: Sabe usted cuál es la procedencia del «usted»? . . . El tratamiento cortesano de los viejos españoles era decir vuestra merced a la persona con quien hablaban. La lima cotidiana lo iba transformando, así: vuesarced, usarced, used, hasta quedar en usted. Note que el tratamiento original, virtualmente, lleva entendida la tercera persona. Ello es como si se dijera, en su ejemplo: élla, su distinguida persona, me olvidará. . . En lo demás, «ese me olvidará» no puede referirse a olvidanza mía: carezco de la capacidad de olvido. La parlería es cerrada por una sonrisa de entendimiento de Belén. Llega el Cura. Ella me pide permiso para preparar los menesteres de mesa, previos al almuerzo. Este es banquete de sencillas i sabrosas mantenencias. En la mesa, se ha ostentado un pote de flo-

res, tribuna de florido ramo de retama que tiene aleladas de su verba a verbenas i humildes flores cerriles.

Después, el Cura recibe la despedida de muchos exodantes. Todavía, algunos que han obtenido buenos negocios, le entregan estipendios para misas.

La feriuca, lunar de pasajera erupción, en lo más mollar e íntimo de esta virginidad salvaje, ha sido eliminada por el bisturí i los ácidos de las Horas.

Tras la merienda, el Cura insinúa a su hermana distraerme con el naípe: «Las llanas»... «El mono»... «El burro dudoso»... «El burro golpeado»... Ellos me advierten ignorante i desidiioso, para el interludio.

En donosa parla de la expirante fiesta, el Cura me informa: Que, de una pendencia, entre campesinos foráneos, oriundos de *los calientes*, ha resultado úno muerto i ótro herido. Que los guardas del Estanco de Alcoholes han matado un indio i apresado três, por causa de mínimo contrabando. Entre tanto, comenta él, quedará inmune el propagador alcohólico, dueño del alambique de subrepticia producción multilitral. I los curas no podemos contra la propaganda oficial.

De grado en grado, llegamos al tema de sociología eclesiástica. Olvidaba, digo, que, durante el insomnio de anoche, concebí un capítulo de disciplina eclesiástica: Obligar el Pastor que, cada cura, previo conocimiento de la Parroquia, forje la monograpfia de élla: Población, castas, proporción en que están indios i mestizos. Sus relaciones sociales, el nexa que tienen con la Ciudad, sus costumbres i folklor. Grado de educación, escuelas, número i condiciones de éllas. Suelo, subsuelo, minas, poder agrícola. Corrientes de agua, capacidad irrigativa, Cómo está distribuida la tierra. Datos geográficos, históricos, tradicionales. . .

Prescribir que la promoción ascensiva sea discernida, en cuanto corresponda, conforme al éxito de los curas en esa labor. Para ello, los curas, por todos los aspectos, están en capacidad propinqua. I usted, señor Cura, ha de comprender todo el alcance de este arbitrio de Gobierno eclesiástico. A los prestes jóvenes: aguijón para el estudio; estímulo para la observación i ejer-

cicio literario. Para la ciencia i la cultura del País, las monografías ofrecerían oros de enriquecimiento: documentos estadísticos, datología para las ciencias naturales; contribución para la geografía, la historia, la sociología nacionales. La perennidad, depurando, enriqueciendo, daría valor indeficiente a la obra. Las monografías locales fuesen tan variadas como las capacidades i el individual criterio de cada uno de los párrocos.

Belén ha irrumpido con el aplauso. El Cura sufraga con un apretón de manos, en significado de despedida: La despedida hace de sorpresivo desgarro de piel: Entiendo que, sin haberme dado cuenta, se producían adherencias de mi yo con el de la ideal nubil. Además, todo suceso, por pasajero que sea, me encuentra dócil, si emociona alguna estela de trascendencia.

El dormir ha sido inconsutil. El retorno clava sus agujones en mi vibrante resolución. ¿Inda? Estoy en espera de él, en el corredor... Oigo tropel de pisadas esquinas. Inda llega, a horcajadas en su bestia, conduciendo la mía. Cuando montamos son las, cuatro de la mañana. Doi adios mental a Belenita. De regreso a la querencia, i en bajada, las cabalgaduras rasan volando, más que andan a galope. El paradislero Inda está hermético. Indo, suelta siquier sea una filfa, exprésate, le digo, cuando el sol apunta. El:—Ele, niño, pas' que me llama indio; dígame, más antes, perro... Lastimita... S' acabó el gusto... Aura, sí, que taita me desolla como a wagra muerto... ¿Su mercé ha de poner mezquinando?... Calla él, definitivamente. Al término del esconce andino que es Pirca—pungo doblamos para entrar en una meseta. Durante una hora, vamos más ligero.

Valle cordillerano, risueño de sembrados, potreros i una masada: eso es «Corral—Huasi». La familia me recibe, gozosa. Luca, organiza, con el mayordomo i el mayoral, el proceso de las *vaqueadas*, para ese día. Treinta indios, próximamente, aguardan órdenes. Ocho, de ellos, a caballo. Casi todos jóvenes. Todos robustos, exultantes, con la lazada, en rollo, pendiente del hombro, o colgando del arzón de la montura. Zhilingo llaman esta silla pellejada, dura armazón de madera i bravo cuero de res; donde, sentados, son dichosos caballeros, promisores jockeys.

En el intervalo, converso del viaje con mi hermana i mi tía. Ella, cuando el mayordomo imparte la prevención de partir, le ordena acercarse. Le noticia que Licio no ha traído los *comprados* i ha dispuesto, para sí, del dinero. Niña, dice él, aura miso mando hacer los comprados en el Pueblo. Que no sepa el patrón. Le mato al cholo liso. Se vuelve al fulminando i le conmina: Vos no ireis, con la gente; te quedais a cuidar el corral, en lugar de la cuentaya. Yo intervengo. El mayordomo, iexorable me contesta. Perdón, niñito, nó. Hoi, le deslomo al chusalongo.

Nunca he presenciado esta suerte de faena vaqueril: a Luca suplico consienta en dejarme ir con Inda. Todo lo consigue mi imploración. A más de media hora de lento andar en subida, «Zhadán—loma»: Encañada, entre dos collados. En una i otra cima, el mayordomo sitúa, trechados, diez de los peones menos jóvenes. Los de a caballo, arrear las greyes dispersas, hacia arriba. A buen andar, el mayordomo que marcha zaguero, por medio de su corneta, bocal de órdenes, el mayoral, hace detenerse a la legión vaquera de ocasión. Nombra: Coraisaca, Quilli, Auca, Chauca, Veletanga. . . Con diez peones i cuatro de a caballo, circunvala «Pata—cocha». Al centro del amplio círculo humano, espejea una laguna. Esta hace de ojo, en ancho camelo de trétoles i otras yervas. Les intima no hacer bulla i mantenerse tendidos o sentados. A mí me persuade de no seguirlo; porque, hacia adelante hai *resbalos* i *zarpales*. Se aleja él, con su tropa escogida. A poco, se acercan a hiladas, las reses, dirigiéndose a la laguna. Pasa algo más de media hora. Lejanos, se oyen gritos i ladridos. De acá i allá, aparecen astados en susto, con la misma dirección i a intervalos. El grandioso espectáculo del pajonal, las cumbres i la vacada se hacen voz para hablarme i generador eléctrico para sacudirme. La América India se desarrolla ante mí. Tahuantinsuyo desfila en paisajes de grandeza histórica. . . Shiris, curacas, aucus, collas, ñustas, acllas del Ayllu real; Huainacapac, Huascar, Atahualpa: Tras de esa constelación, el eclipse total del Incanato. El Indio ha perdido toda noción de continuidad de raza histórica, señoreante. Por esto mismo, su actualidad personal no es trágica. El Indio no tiene sentido de Tiempo. Nó, de un pasado

de señores de América. Nó, de un porvenir reivindicatorio, a lo menos, de rehabilitación. Para él, sólo hai presente. Presente concreto, desustanciado, egoísta, individual, casi ni de familia; solamente, de comer, vestir, holgar, robar, embriagarse. Verdad apenante es afirmar que el indio—en especial, el de los altiplanos—está fuera de la Vida. Por este afuerismo, pasa contento con lo que tiene, o se le permite usar. Tal es la tragedia del Indio; que él es incapaz de comprenderla.—Ese tragicismo se corporiza en la subjetividad del observador culto.—Por donde, infiere que, primero que de tierras —i antes bien para saberse digno de tenerlas—, el indio ha menester de Educación aplicada a él. . .

Trena una bocina. Allá, gris chosa humea. El sol ha pasado del meridiano. Con acierto de la hora, los peones almuerzan con quesillo i *mote* fiambre. Hambre ha despertado a Inda, que, de tras un pedrón, levántase bostezante. Obediente a la orden mayordomil, un indio próximo, a gatas, se acerca i me dice algo que no entiendo. Inda interpreta: Aquella chosa es de él. Nos invita ir a comer. Cabalgamos, i, a todo correr. En el bohío nos reciben, entre humildes i muy honrados con mi presencia. Una india joven, exuberante de senos, carga a su nene asustado de mí. Una viejecita toda ágil, muestra en su sonrisa, la dentadura blanca i pareja. Un indio mozo, el presunto bocinador, vendada la frente, me ayuda a bajar de la bestia. Inda habla a la India joven en kechua. Ella se dinamiza en quehaceres de cocina. El mozo dice: Chiquillo Licío, voi amarrar caballas in herba.

Sobre pequeña mesa derengada, i en platos de barro, como estrofas de poema bucólico, cantan de americanía, queso desmenusado, choclos, habas vaporosas: Cosas que saben mejor que besamelas i gollerías de un Astoria Hotel. Con la rusticidad del lugar, el menaje i la munición, rima el chiquichaque de Inda. En el patio, la viejecita, en cuclillas, al flanco de preciosa vaca lechar, la ordeña: Del blando pomo inexahusible brota el champagne de la naturaleza. De postre, lo bebemos, Inda en vaso llamado pilche, yo, en jarro de tabarra, recién comprado en Zapata. No se bebe, con más agrado, el otro champagne, en bar newyorkino. Les doi monedas de plata a las amas de este bar al aire libre ce-

rril. I, a caballo. Inda insta al indio su recital de bocina; i al salir, me dice: Este longo estuvó en la fiesta. Este halló su mercé, bajo las patas de la bestia. ¿Recuerda? L' han trompiado, peñando... ¿Qué edad tasa usted a la vieja? Dice su mercé que cincuenta... Lo menitos, ochenta años.

Estamos en nuestro puesto de «Pato—cocha». Hai, quizá, doscientas reses, circundando la laguna, como marco vivo. Muchas, sumersas en la linfa lagunar, comen hiervas acuáticas.

La meditación me ha puesto bajo su embrujo. La bocina me interpreta: digo, coincide; porque, el ejecutante no interpreta nada, ni a nadie. Con ser que, los motivos musicales fueron, a no dudarlos, marcha guerrera. Cada pieza es monofrásica, de infancia musical. En verdad, la música aborigen se ha producido, en queñas, antaras, bocinas, chirimías, sin semitonos, dentro de la escala pentatónica.

Yo, de interpretar al bocinador diría que ese lamentar publica a la redonda, la satisfacción de él. El ejecutante, superficialmente i todo, disfruta con plena libertad del suelo del amo. El i su padre tienen sementeras, pastura, mancuerna de bueyes, algunas vacas, dinero para comprar el poncho i el aguardiente. ¿Para qué un más tener? Esto divulgan en su continente, i actos, la mayoría de indios de mi experimento. Hasta apenas pensar que, en cualquier avatar, se pierda, como puro valor étnico, este Indio lozano, uncomplicado, liviano de pedimentos. Las disyuntiva salta como un rayo. Mantenimiento del tipo puro, o mestizaje. ¿Lo primero? El Indio, por condición nativa, permeable al influjo estético plástico de la altura andina, es, esencialmente serranigo, intramontano. La montaña forja ese tipo de ambiente. Por eso, él ve, con horror, lo ultramontano, la playa marina. Hasta sus pulmones están montados para respirar aire enrarecido de alturas de más de diez mil pies. I, si el hombre hace el paisaje, él es feliz, allá, a su modo. De mi elación, luminente, hacia la causa del Indio, brota, pronta, la concepción de un arbitrio de biología social: Se quiere al Indio en su integridad de casta? Désele, como reservorio de raza, la condigna zona andina. Mediante una horizontal, sepárese lo que propiamente, es altura cor-

dillerana. Erijase, en cada Provincia, el Cantón Andino. En este, distribúyase la tierra a los indios regionales. De entre ellos, sea elegido el personal de autoridades i fórmese maestros de educación... Que, nó? Que para el paso adelante de la raza se prefriere el mestizaje, como juzga Lucanor? Pues, a castizarla, mediante la interpolación facilitada por el colonato, u otro expediente biosocial.

A contraluz, la línea de los cerros se destaca en borde de enorme alcancía abierta: Digna moneda de oro, el sol está cayendo en élla. El silencio del pajonal, de nuevo, es acribillado, a gritos i ladridos que transmiten los altavoces cerriles. Por una garganta lejana, desgálgase una grei vacuna. Pocos minutos faltan para las cinco de la tarde. Enlazados por los baquerizos, llegan algunos toros. Los que bordean la laguna los aguardan, escarbando el suelo i bramando, desafiantes. Los animales cabestrados, casi todos sangrantes, por las mordidas de los perros, son incorporados a los que están bajo la tenaza de indios que, yá, están de pie. Uno de los toros, al ser soltado, no se pone en cobro, como los ótros. Se afronta en trapío de rebelde, rápido, acomete i derriba a un indio que ostentaba rejo de impávido, amenazándole con el lazo. Los perros hacen el salvamento. La masa de peones i cabalgantes, a una orden, forman una U que encierra a la hacienda cerril. Pienzo en la tenaza rusa de la Guerra, Mientras la vacada se compacta i apacigua, son atrallados los perros. Zaguero, arriba uno de los indios, cargando en su montura un becerro recién nacido; i acompañando a una joven india, bella i garrida enfrentada, o nó, con las que, aquí, he visto. La miro con interés: Bajo el lente histórico, creo descubrir una Cauti, una Quilli, una Cusi Coillur. Tán experta es que, se muestra advertida de mi enfoque. El mayoral, sonriente, me dice, señalándola, con el dedo: Amito, mapamantel vacona wawa. A una orden del mayordomo, la U humana estrecha i azuza a la majada. A los gritos i el ondear de lazos, el hato galopa. A ese tundir de mil cascós, el suelo, a lo parche verde, tamboretea. Pronto, llegamos a Zhadán—Loma. Los indios, allí, localizados oportunamente, integran la U. Esta, con los animales que apricio-

na, al oscurecer, toca al corral. En él desemboca la vacada; torrente de tempestad, que, apretujado en sáxea garganta, se vierte en ancho remanso. Inda i yo, exultantes, a galope nos acercamos. Un batallón de perros ladrones se pone delante. Sobre ellos, lanzo mi caballo. Este tropieza en uno de los canes; manguilla i yo, con la silla desprendida, soi lanzado, lejos. Familia i peones vienen a valerme. Antes, yá, estoi de pies.

Allí, locos ladridos de la tropa pernil, mugidos de sementales, vacas i recentales, relinchos de caballos, cortina de polvo, ótra de vocerío humano. Corral: sistole de la inmensidad. Luca, el mayordomo, el mayoral proveen: Sólo, queda un sultán en tán socorrido harem. Los demás toros i los epígonos belicosos son reducidos al trascorral. Para florecimiento de novedad, llega la vacona de faldas, que el mayoral describiera de mapamantel, según, ahora, lo sé, alusivamente, a su color entre blanco i moreno, un blanco sucio. Sus grandes ojos negros, penosamente, soportan el flechar de tántas miradas. La mfa le sirve de conocido refugio. De hecho i de derecho, queda élla al cuidado de la dueña de casa, conformemente al decreto de Luca.

En tres días más, cúmplase la busca i rebusca de la hacienda chúcará. Viernes i sábado, venta de toros, novillos i tal cual vaca; *hierra* o marcadura de animales de *tizne*, *fierro mayor* i *contrafierro*; cuenta i entrega de la grei al nuevo cuentadante. El amo i señor de ese micromundo, don Lucas Nicanor Chiriboga i Fiallo, al sellar las vaqueadas, dona ropas, pañuelos a las indias i a sus niños. Algunos de éstos, llevados de la mano materna, le hacen oblações humildes. Mi tía, mi hermana bullen comixtas con las indias i sus nenes...

Estamos en la casa solariega. Al día siguiente, Luca, quiere poner un rasgo gracil a su perfil severo de Cayo Graco. Ha dado orden de comparecencia de la indígena foránea; en mucho por satisfacer mi curiosidad. La recibimos en la galería mirador. Luca le señala una silla. Ella toma asiento en el suelo entablado, doblando ambas piernas de modo de estar, de escorzo a mí. Se le desgalga por la espalda la onda negra de la húmeda cabellera empezada a trenzar. La gargantilla de chaquiras colo-

rinescas, interpoladas con moneditas pinjantes, me hace de grito de propaganda para sus temblantes senos.

Aunque Luca le dirigiera el cuestionario en kechua, élla se ha expresado en suelto castellano del dialecto nortino de la República. Condensada, la relación es:

Aurara Toapante es nativa de la hacienda «Yanancai», no lejos de «Sinancumbe», en la frontera provincia chimboracense. El dueño don Telmo Cabeza de Vaca tiene un hijo llamado Marco; a quien los indios, por distinguirle del amo, llámatle Vaca-huma. Este, cursando estudios de Colegio, en Quito, casara con una damisela capitolina que Aurora califica de chuzha. Casorio de Registro Civil: pues, don Telmo impidió el matrimonio religioso. No pasaron cuatro años; i el versatil Marco obtuvo divorcio consensual, a costa de cuatro mil suces de su padre. Este lo fijó en la Hacienda. A poco empezó el asedio del «amo—chico» a Aurora. Ella, de antes, mantenía amorfo con un indio de Sinancumbe. Al darse éste cata de la interferencia, le propuso a élla la fuga. Rival de él habla otro indio de don Telmo, que, al punto, notició la escapatoria al joven «Vaca—huma». El, a caballo, cae en la Parroquia, iniciado, yá, el trámite para el matrimonio civil de la pareja indígena. Estos, en la noche, abandonan el poblado parroquial, en dirección Sur. Descubre la fuga el despabilado rival indio; i logra poner a su amo en persecución, mucho antes del amanecer. Ellos han pasado la noche, en un bosque, a orillas del camino, en mira de continuar la caminata, al *salir la luna*. Lo intentado fuera refugirse en la hacienda del «señor amo» Lucas Chiriboga, hermano de la ama de élla. Algo retardados salieron del bosque. A poco de retomado el camino, de súbito, en una llanada, les da alcance el persecutor. De un pechazo del caballo, es arrollado el novio. La bestia se traba: rueda con su caballero i sobre el indio. Aurora ha comentado el lance: Mismito, dice: que revolcó este lindo amito, a boquicorral, trompezando en los perros. Ella, a esa sazón, aprovechara del atolondramiento del joven, para internarse, a todo correr, en el bosque. En la montaña, ha recorrido desorientada, un día i una noche. Al día siguiente, guiada por los ladridos i los gri-

tos de los peones en vaqueada, de Luca, dió con el salvamento.

Yo le interrogo sobre el trato que los hacendados de su provincia dan a los peones. Ella cita casos para demostrar que, comparativamente al de esta hacienda, la conducta de los patrones de allá es deprimente al Indio. Aurora epiloga su respuesta, así: Basta de ver lo que pone haciendo el amo—chico. Asegura que personas de la Ciudad instigan a los *naturales*, a un levantamiento revolucionario. Que, en su Provincia hai haciendas mucho más extensas que la de Luca; i, más aún, en la de Pichincha. Manifiéstase sabedora de las condiciones de vida del incanato, en ésta. Afirma que los indios que sirven en esas haciendas, son, generalmente, hostiles a sus amos; que, no rara vez, se rebelan contra ellos. Dice que gran masa de aborígenes, dejados esos agros, se han acampado en Quito; donde viven de tejidos i de varios servicios urbanos.

Ida la muchacha india, nos ha quedado tema; ovillo que desarrollamos ambos. Hemos llegado a este diálogo:

—Sus tierras vastas son, comodamente repartibles. Diga, Luca, teme un reparto obligatorio? Si no conociese la viril reciedumbre de su intelecto, mis labios no cristalizacen tal pregunta.

—Chico, los que odian a los que tenemos bienes han puesto dinamita, en la mente, i mecha de prenderla, en la palabra de ustedes, los novatos de las ideas en marcha. El régimen de la propiedad es multiseccular i ubfcuo. La Lei sólo lo ha estilizado; pues nació, naturalmente, este derecho: Lo distintivo, imbarrenable, profundo de la condición humana es la esencialidad del yo. No se ha inventado la fórmula, el método de eliminar el interés egoísta i ascendente, como inicio, estímulo, finalidad de la acción del hombre. Tal es el manadero de pedimentos que han incoado i perpetuado el derecho de propiedad. Concretamente a América, los incas, toltecas, mayas lo conocieron i practicaron. Precisa escrutar, con devoción histórico científica, lo que fueron aellas, awaccunas, aillus. Singularmente, el aillu, aunque un tanto comuuista, como forma primitiva de agremiación humana, no excluía la propiedad. El incanato no fué, precisamente, una

estructura de células comunistas. Hasta, que debió de haber una suerte de capitalismo lo pregonan las conquistas i las guerras: las más conocidas de Tupac Yupanki, Huainacapac, Huascar i Atawallpa. Pero, no he de alejarme de lo pertinente: Los que tenemos tierras, las hemos adquirido bajo el imperio de un orden, universalmente acatado. Dónde la culpa que supone el odio persecutor a los tales? Fuera de que, poseer bienes, casi siempre rima con un buen porque de merecimientos sociales: Tiempo aprovechado, juventud troquelada en el molde de las privaciones, honradez bien forjada i pavonada. Compréndase que, quienes, así, adquirieron, con volición viril, han multiplicado los medios de felicidad común, la riqueza para su región, para su nación, para el mundo...

—Pero la virilidad de unos pocos astutos, vividores, impositivos cultores del éxito bruto, ha desvirilizado a los en mayor número carentes de apoyo, apaño i audacia. Es hecho social del minuto que, en nuestra nación, en muchas naciones, en el mundo todo, el desequilibrio económico ha obligado a hundirse, entenebreerse, sangrar tántas vidas humanas.

—Replicar a esto, en recuento, discriminación i exégesis de causas, requiriese el contenido del libro. Apenas, desfloro el motivo. Cierto, abundan los hombres que nada tienen. Más, considera estos dos puntos directivos. ¿Acaso, este hecho acontece por acción directa, destructiva de honrados trabajadores, burgueses, que dices, despectivamente? En el orden humano, es lógico que el rendimiento ha de ser proporcionado al dinamismo de las energías. Dime: si tu talento i estudiosidad opacan o derrotran a algunos comprofesores, estará justificada la animadversión contra tí? La otra consideración que te apunto es esto: En todo fenómeno bio—social, precisa distinguir el derecho absoluto que lo originó del hecho que lo objetiva. La objetivación tiene modos, grados, puede producirse excesiva. Yo defiendiendo el derecho de propiedad, dentro de una biología digna del hombre en emoción de cultura ascensional. El exceso, la hiperfunción industrialista, en cuanto tentáculo succionador de sangre de las masas sociales, debe ser corregido por leyes de alcance humano.

Dejado el plano panorámico, pongo pie en nuestra realidad. Por sobre toda disquisición generalizadora, el caso del Ecuador —de Indoamérica mismo— es diverso del de las naciones—guión, de ultracentinente. En las crisis de Europa —Bélgica el oasis— i de Norteamérica —en menos intensidad i menos puntos de contacto—, hai complejo de causas. De corrido, enumero éstas: Belicismo armamentista, voráGINE industrial, gigantismo maquinista, krachs i blooms bursátiles, cogestión poblacional, literatura destructiva, snobismo corruptor, venerismo civilizado... Chico, reparas en cómo me has contagiado de tu parola tecnicista? Bueno. En nuestro país, el fenómeno es mui ótro. Tenemos crisis por exceso de desgaste energético i defecto de acción: Exceso i defecto, en la gesta pública i en la privada. En ésta: inarmonía de ingresos i egresos, alcoholismo, derrochismo de bolsa i salud, incuria, inexploración de veneros naturales, trabajo atécnico, dinero pálido... En la vida pública: Irrealidad, vacios, calcos genofílicos, en la legislación. Impudor, sonambulismo, en la hacienda pública. Lirismo, indisciplina, en la conducción del presupuesto. Gimnasia de ambición de mando, para la boga, el lucro, el ocio, en la política. Pugnacidad ideológica de partidos, que descoyunta la nacionalidad i resta fuerzas i unidad, para el pensamiento i la acción de común salvamento administrativo económico. Esa política, de reciente, está opiando a las juventudes elitescas, con la droga heroica del sucre burrocático: Prematuramente, antes de la forjación literario—humana, el joven está distraído a la agricultura, las industrias, los negocios, las artes, aún a las profesiones académicas. El mimo empleomaníaco a los intelectuales recién amanecidos, desvía los i les trabuca las capacidades vocacionales, en trágica resta de colaboradores de la Economía nacional. Andando el tiempo, habrá, en el Ecuador, la casta erariófila, que le dará fisonomía pantagrélica, curialesca, en la vida política del Continente.

—Luca, usted convence. En estos puntos, estoi cónsone. En su morbilidad, el Ecuador deviene hospitalizable, especialmente, desde hace un bilustro. Arraigando su mal en los tuétanos, se confía a una clínica de tratamientos epidérmicos. Invo-

ca a un facedor de presupuestos en serie para pueblos de avanzada administración económica. A hurto de los arameos de su presupuesto, crea empleos de exotismo decorativo. Facilita el fenómeno espejismico de la falsa moneda, que se ha querido llamar inflación. A pesar de la rarefacción de su moneda, a su presupuesto da un millonarismo en disonancia con su potencialidad incipiente. La *política* invade todo: pensamiento, estética, ciencia, orden administrativo i económico, zona judicial, municipal i militar. Sabidas las causas, la remoción de la crisis económica no es intrínquilis insoluble, interviniendo: de norma, la ética i, de energía, el amor patrio. Eliminar la política de parasitismo erarial: he allí, lo primero de lo primero. Sobre ese fondo límpio, ya, será agible el planteo de arbitrios de interés social. Urge cristalizar, simplificar, cuanto dable sea, el organismo estatal en su emoción interior i hacia fuera. De tejas adentro: A la administración provincial, económicamente capitis disminuida, confiárase capacidad social creadora. Nórtese que, para la opción a un cargo de gobierno, administración o representación, el ciudadano ha de tener, nó menos de veinticinco años de edad. Extrémese las condiciones para el lucro del beneficio de retiro militar i, especialmente del de jubilación: escasez de medios de subsistencia; edad de sesenta años, o antes, si hai baldamiento para el trabajo; no ser empleado del orden administrativo: Que el servicio público es árduo, baldante? Pues, por qué es el sueldo o la soldada? I, si nó, a buscar, fuera de esta zona, mejor acomodo a las energías. Esa tuición de seguro de vida, quizá la merecen, sólo los servidores del magisterio educacional. . . Estructúrese la Milicia bajo un perfil biótico social, como éste: El servicio de soldado a Capitán, exclusive, dure un decenio. Durante ese ciclo, a modo de capital de reserva, désele al mlite un ritmo de acción civilista, en compaginación con la educación marcial. Para ello, avendría clasificar el Ejército en batallones de modalidad agrícola, de ingeniería, de artes i oficios. Para los primeros se implantaría la colonización de tierras del Archipiélago, del Oriente, las baldías. Eso sí, en el tema de Oriente, quítese lo que hai de señuelo hipnotizante: Ciertas observaciones advierten que esa región es utiliza-

ble, agrícola, con limitación: Esta sería la línea desde el Norte que partiera de no más adentro de Baeza i el Coca. Fuesen preceptos básicos del nuevo orden. La adjudicación a los mílites colonos de fincas que devendrían su propiedad, a la expiración del servicio. La enseñanza agronómica. La asignación, en propiedad del utilaje agrario. La construcción de habitación higiénica, gratuitamente concedida. Bajo parecidas líneas auspiciosas se educaría a los soldados de los otros grupos. Las ventajas del nuevo orden, así, bosquejado, aparecen claramente: Formación de un pueblo que se baste a sí mismo. Militarización de él. Colonización del suelo noval improductivo. Democrática distribución de medios económicos. Resta de retirados. Selección de militares vocacionales, de capitán arriba... De tejas afuera: Dada la notoriedad de nuestra modestísima capacidad presupuestaria, cualquier lujo cancilleresco puede ser censurado de rastacuerismo. Así, sería bien vista cualquier actitud de retraimiento internacional, mientras el recobro se opere. Tanto más, que se fijaría sedes plenipotenciarias en zonas de influencia internacional: Ginebra, París, Madrid, Londres, Berlín. Los Cónsules, situados sólo, en puertos de prestante categoría, pudieren irradiarse, diplomáticamente, en los demás países europeos, bajo el título de adjuntos natos de aquellas sedes matrices. En América, debería mantenerse plenipotenciarios en New York, Buenos Aires, México, Santiago, Lima, Panamá, Bogotá, Salvador o Guatemala. El porcentaje económico presupuestario, así, ahorrado, procuraría floreciente renovación hacendaria: Educación, vialidad, agricultura, colonato, minas, villas obreriles recibiesen vitaminación vigorizante. Con presupuesto de egresos pródigos i ética hacendística, si el Ecuador jurista—pacifista lo quisiese, hasta tendría para aviones i otras impedimentas guerreras...

—Hijoide, discurre bien. Pero, déjame el trazo fijativo de nuestra realidad social, en el espacio, según dirías tú. En el Ecuador, hai latifundo, talvez, en dos Provincias nortinas i en otras tantas del litoral. Aquí, suelo ejemplar de la pequeña propiedad, por excepción, habrá el latifundoide. Al rededor de nuestras Ciudades, a pocos pasos, se abren los burgos menores, en

taracea de fincas, parcelas, terrázgos.

—De últimas correcciones, mi criterio ha cambiado algo. Antes, prejuzgara que su Hacienda admitiese cómoda cuatrisección.

—Yá, llegarà el minuto de presentarte perspícuo el deslíz que significa tal parecer. Hasta esa objetivación, te entrego a meditar esta idea extrema a que tus deploraciones socialistas me han guiado:

Yá, que se determinase la embestida contra la vieja Lei, para descoyuntar el derecho de propiedad; yá, que se resolviese arrebatar a ciertos terratenientes su propiedad—por no acudir al expediente racional de repartir a los menesterosos las tierras res nullius—, procédase, siquiera, biológicamente. Este sería un modo: Defínase, próvidamente, lo que es latifundo en el Ecuador. Hágase una estadística de ellos, mediante mensura técnica oficial. Preceptúese que, a la muerte del latifundista, una parte de sus tierras —nó, más de la mitad— sea distribuída entre los indios regionales. Reglaméntese esa división, dejando a los legítimos herederos la elección...

Ocasión es para acotar un aserto tuyo de otra conversación: Que todas esas tierras pertenecen a los indios; porque fueron del Incario, i les arrebató la conquista. Si, en lejano origen, esta propiedad tuvo taras, cárguese ello a la imperfección humana que escapa a todo intento purista, a toda gesta purificativa. Título suficiente es el orden establecido en diuturnidad. Todo orden social que determina la vida i que sancionan el Tiempo i la Lei, digno es de respeto: Cualquier transición ha de enfilear con ese miramiento. Que, eso es respetar la Vida i respetar una idea vital. La Idea evoluciona por la Idea. La Vida manda a la Vida. I contesta a esta objeción: Los aedas indios, ¿cómo adquirieron las tierras de América?: ¿Por ocupación; por conquista?: Si el derecho de propiedad es discutible para nosotros, ¿por qué no ha de serlo para los indios?. En lo demás, está impuesto el compás de espera, hasta que el Indio, ese hombre en estudio de laboratorio, que tu dices, sea digno de compartir igualdad de gajes sociales. Mientras eso, en su brazo, tiene eficiente título de propie-

dad para lo más útil de ésta, el goce del suelo. En nuestra región, muchos indios, tiempo atrás, son pequeños terratenientes; muchos se capacitan para adquirir tierras. Aún en provincias de las grandes haciendas, pueblos hai, como Otavalo, donde todos los indios tienen propiedad agraria. Por caso general, en nuestro país, hai la pequeña propiedad, que, ahora, Inglaterra procura, como muro de contención contra el comunismo. Además, el indio de servicio predial es deseado, considerado, hasta mimado i aún tolerado, en sus frecuentes salidas de tono de la ética, por los patronos. Entiendo que no habrás hallado qué censurar en el trato a mis indios. Esto, si por conveniencia, más por mi alto ideal humano. Todos mis indios son respetados en su libertad. Todos están habilitados para satisfacer sus necesidades; i los morigerados, aún para comprar parcelas. Mi tolerancia se luce con reciente respaldo. He aquí, mi libro de cuentas: Según resultado de las últimas vaqueadas, el cuentadante ha tenido, contra sí, sin posible descargo, este cargo, durante el año: Catorce animales muertos por descuido i por accidentes no justificables; veintisiete perdidos, en parecidas condiciones. I las bajas anuales fueren mayores, de no detenerlas mi influjo moral tinoso, Aprecia la proclividad del indio en este rasgo de fresco historial. El primer día de vaqueadas, fuiste atendido con una refacción —que he sabido pagar—, en la casa de uno de los peones. Un hijo de él, que atendiera tu cabalgadura, ha sustraído un sudadero nuevo i sustituido, de tu silla, la buena sincha con ótra inservible. Tal fuera la causa de tu revuelco, al manguillar el caballo, a vera de corral.

El indio oprimido, el humilde es tipo del medio evo americano que puede haber acabado ayer. El del minuto, generalmente, es mui ótro. Yá, lo insinuó Aurora Tuapante, respecto de las provincias nortinas. Conozco a los indios de cierta región meridional: Casi todos, guardan celoso escorzo al hacendado. La mayoría goza de la independencia de la pequeña propiedad. Se pirran por pasar de civilizados, tomando por civilización hasta el jugar al dado.

Pero, quizás, su caso de amo típico es de excepción. I una

golondrina. . .

—No te dejes acabar. Licio ha referido a sus padres que tú, en tus correrías, has indagado i observado el vivir del Indio, en esta región. Espero estés persuadido que el ahorcamiento de éste, por los amos, más está en la literatura arribista o en la gaceta cominera de los teatinos en marcha. Lo excepcional es el caso del patrón, ocasionalmente, tiránico. Si lo hai, luego sufre la contrasanción: abandono del peón. Pues, el ideal puro, según recuerdo dijo Tolstoi, debe realizarse por medios puros, acérgan los arbitrios pródigos: El Indio, acaso, modalmente, esté en el vasallaje del amo; está, sí, sustancialmente, en el de la ignorancia i la involución. Libertarlo no debe ser ocasión de un partido; debe ser grato cargo de todo ecuatoriano. La Lei dispense al Indio la pertinente tuición. Hágase sumaria la demanda del indio contra el patrón. Créese la región agraria. En cada una, se formaría el núcleo patronal, con un Registro regional, en que, obligatoriamente, se inscriban los hacendados. De entre ellos, se elegiría un Consejo de patronos, bajo un Reglamento. Las reuniones reglamentarias, interviniendo el control oficial, emocionarían su objeto en la amplitud del fin: Atender las quejas de los indígenas. Armonizar las relaciones entre ellos i sus patronos. Consignar en el libro de actas, los casos presentados, las providencias i sanciones adoptadas, que deberían ser publicadas, mediante la prensa.

Pocos días después, en la crónica de casa, a lo cuña, se abre paso la noticia de la inteligencia cordial de Aurora con Shimuco, hijo mayor del mayoral. Hai movimiento hacia la provincia vecina, para el informe de soltería de la novia i la cortesía de obtener venia de su ama, la hermana de Luca.

El me demuestra cómo es de alta razón económica el matrimonio, para los indígenas. El comentario cierra con esta subrayadura: El matrimonio del indio está lejos del tipo censurado en estos versos: Yo, cuando me casé,—tan sólo puse mis dientes; —mi mujer puso las muelas:—vaya, qué contribuyentes.

Durante algunos días he presenciado típicas faenas agrarias. Variadas operaciones en la faena de la trilla; por medio de ca-

ballejos cerriles. *Saque de papas*, en que el mayordomo ha tenido que defender la cosecha, contra los intrusos *chaladores*, a punta de foete i puntería de escopeta. En tal coyuntura, he recordado el cognomento de «presente del Cielo», que a la patata diera Agustín Parmentier, propagador de Francia, del, allí, mal visto tubérculo.

Al desgranante Agosto le quedan contados granos de tiempo. La, aún, no otoñecida esposa de Luca cumple años. Siquiera nacida en fecha de «Las Nieves», fuera bautizada en «Santa Rosa». Para la víspera es anunciada la visita del Cura Cordero i su hermana. Ese día casarán Aurora Tuapante i el Shimuco.

Refulge el día esperado. Todos los de casa están en alta caloría de entusiasmo. Los preparativos del festival hablan del potencial económico del tío, tanto como de su amor a Rosa de las Nieves. El programa comprende números para cuatro días. El de la *joroba* se significará con la *matanza* de un cesáreo porcino. Es la víspera del natal. Después del almuerzo, Luca ha resuelto enmarcar de distinción la acogida al Cura Cordero Talbot. Mi hermana i yo lo acompañamos. La espera se ubica en el camino de entrada, de nombre familiar: «Callejón de los eucaliptos». Desde allí, se abre la perspectiva de un valle, donde serpea el camino de comunicación con la Parroquia.

Paseamos en va i vuelve. Luci ha traído un periódico. Ella que gusta de leer las noticias menudas de la gaceta diaria nos insta ver el informe de un robo i un asesinato, sucedidos en la Ciudad, por circunstancia de vacaciones, semidesierta. Luca expone que, algunos meses hace, a ocasión de un crimen escandaloso, concibió cierto arbitrio para la deficiencia de nuestra Policía nocturna de escasos «plantones». Es este, dice él: Montar cuatro Cuerpos de Guardia civil, locomovibles en autobuses apropiados i a funcionar en esta traza. Cada Cuerpo constaría de diez números i su jefe. Alternativamente, verificarían la ronda dos Cuerpos. Para el caso, la Ciudad se dividiría en dos zonas. Cada uno de los Cuerpos de turno recorrería su sección. Las ventajas se destacan: Sería mayor la eficiencia policial, con menor número de gendarmes. Para éstos, fuere cómodo el servicio, por el

turnaje i la forma locomotiva. Precisasen pocos plantones, sólo para dar avisos. Por la rapidez i la continuidad del recorrido, la ubicación policial sería casi permanente, en cada calle, aún, en las, ahora, desatendidas por apartadas. Habrían de ser prevenidas muchas infracciones. La captura de los infractores sería fulminante....

Fulmínea es la actitud de él, al detenerse en sitio vistoso. Luca ha tenido presente mi proposición de que la Hacienda es susceptible de cuatrisección. Cita esta frase mía. Lucita, al fijarme sus ojos garzos, hace como que pone al desnudo mi atrevimiento.

—Este terreno, separado por el camino donde paseamos i que se extiende hasta las inmediaciones del Pueblo, llamo yo: base de la Hacienda. Lo ocupan pocos colonos. El canon de arrendamiento es nominal; dado que, a más de ser ínfimo, si no lo pagan, no lo exijo. Planeo la forma de poblar esta base, facilitando propiedades pequeñas a los sin tierra. Se formaría un villorio apto para ser la reserva de asalariados. Pues, posible es que el socialismo consiga la defección de los indios que sirven en las haciendas....

Luz interrumpe:—Papá, yá, aparece, allá, el cura Cordero. Luca visualiza.—Nó, hijita, no son corderos, son carneros lo que ves.

Su sonrisa dora, en relumbre de relámpago. Continúa.

Ahora, reclamo la atención de ambos: De este camino, hasta principios del páramo, mis tierras se limitan en cuadrilongo irregular, ancho de treinta hectáreas. El pajón, lo más extenso del predio, se señala con la nota de irreducible: Su división empecería el fomento de la cría de ganado; su cerramiento sería, prácticamente imposible, por el costo i la extrema dificultad de mantenerlo en pie, en toda su extensión i a tal distancia. Hijos, insto la atención de ustedes. Si, yo—que corto tiempo más viveré, nó, precisamente, por los años, por mis achaques—dejo ordenada la división de este cuadrilátero para ustedes, en dos porciones, ¿no es verdad que, antes, talvez, de cincuenta años, dividida entre los hijos de ustedes, cada hijuela se frag-

mentarla? Así, fácilmente, las parcelas serían adquiridas por los indios i los chagras. Ese trizar ha sido con varias haciendas i les resultará a ótras. I, en la vida de los pueblos, ¿qué es, más que minuto, el lapso hemisecular?

Nos hemos embobado. El Cura nos sorprende en el éxtasis de lo futuro. Marcialmente, echa pie a tierra, con los hábitos enfaldados. Yo ayudo a bajar a Belén. Llevo la cabalgadura de élla; mas, el Cura no lo consiente, pues, ha venido con mozo de espuela...

Al entrar en la casa, son recibidos los huéspedes, entre el estallar de cohetes japoneses.

Hasta después de la merienda, mi apego a Belenita i su discreta accesibilidad, son yá, nota histórica del festival. Alegría idílica, fluir de vino, charla hasta media noche. Durante esas horas, nos ha recreado, también, una orquesta lugareña de dos guitarras, dos violines i una arpa: Es la pleitesía que rinde a su patrona el mayordomo. Luci ha solicitado a uno de los orquestantes, cantor, además, regalarnos con sus canciones. Dos estrofas guardo en la memoria. Una dice: Cielo, cielito i más cielo, —cielito, siempre, cantad:—que la alegría es del cielo,—del cielo es la libertad. La ótra: Esta guitarra en que canto—tiene boca i sabe hablar—sólo le faltan los ojos—para ayudarme a llorar.

Al día siguiente, el Cura, muy de madrugada, ha marchado a la Parroquia a cumplir su ministerio. A media mañana, yá, está de regreso. Su llegar, pábulo, a brazos, de leña de cedro, en la llamada de alegría del hogar íntegro. Tras el Cura, asoma un concierto de música poblana, a instrumental de sopro. Música i *agua caliente* uniforman todos los temperamentos hasta la exultación i la exaltación. A mi tía distingue amable modesta habitual; i, ahora, aún élla está expresiva. Elogia i agradece al Cura i a Belén. Nos conjura, como «santa» le creamos que jamás ha recibido culto tan efusivo i valioso.

A vera de élla, el Cura preside la mesa, para el almuerzo. El, cuando el ritmo del entusiasmo pide, brinda:—Quizá, en regocijo tán sano, como éste, le brotó al clásico su carpe diem:

Quiero aprovechar el día, no tanto por la razón dada por Lorenzo de Médicis: *di doman non c' e' certezza*, sino, por devoción debida a santa insigne como es doña Rosa de las Nieves: Rosa que hace sonrojar a la nieve i nieve que presta blancura a las rosas.

Después del ágape, paseo, con interludio de *batida de alfeñiques*, a son de música. Al regreso hallamos numeroso grupo de indios, en el patio. Representante del grupo, avanza el mayoral. Humilde, anuncia a su ama el anhelo de los recién casados, de agazararla. Dos violines i un bombo han estado subrayando la petición. Al aceptarle, élla, con un lacónico i dulce: con todo gusto, hijo, la orquesta respalda el sí, con una polka de frase i ufanía folklórica.

Nos instalamos en bancas i sillas del corredor bajo.

Voceo de los indios i su bombo, runrunear del quinteto del mayordomo, estridencia musical de requinto, pistón, zarzo, trombón: todo ello, en escena indovirgiliana, hace florecer emoción no experimentada.

El mayoral, rendidamente, implora que los amitos reciban la copa de los novios. Mientras ese humedecer de labios con el aspérrimo aguardiente, pàrbulas indígenas esparcen pétalos de rosa: retama, «domarín» i otras flores del campo, en las faldas i a los pies de la ama, de Belén i de Luz.

Un «Cachicaldo»: pide a la banda el semiebrio mayoral. Salen a medio patio, tres parejas de bailadores indios. Ellos, despojense del poncho; éllas, al destocarse el rebozo, muestran cuánto el alcohol les ha flexibilizado la natural rigidez i el humilde encojimiento. Las bayaderas trenzan un baile monoforme, en menudo deslizar de pies.

A influjo de mi estudio del Indio, me digo: Todo lo que hacen i piensan estos androides —si piensan— es de pura superficialie. Superficialios del suelo del amo, nada anhelan más allá de la superficie del trabajo físico para comer, beber, procrear, dormir. El Shimuco ha casado con la forastera, sean lo que sean los antecedentes de élla; sin ese maceramiento amoroso que amasa, condensa i embellece la unión. En ese matrimonio se fun-

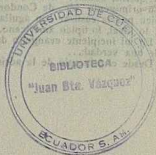
den horizontes geográficos; i a esta suma i abreviación de ambientes, costumbres, modos de vida los novios no le dan trascendencia.

Luca, silencioso, a buen entenderle, piensa en cómo él es centro de estos círculos concéntricos. Está sonriente. Veo en él el modelar parter familiae: nuevo Plinio, tñ próximo a sus indios, como a sus esclavos lo estuvo el evocado tipo romano.

La actual condescendiente voluntad del jefe del hogar es carta en blanco. La oportunidad, Banco millonario: Los giros de la efusión no tienen tasa. Luci, secundada por Belenita, pide en voz alta, que baile Licio. Simple espectador, él se pone en cobro, entrando en una pieza del edificio mayordomil. La voz general apoya. El mayordomo, airado, le ordena obedecer. Inda sale en edición corregida. Al verlo confuso, Belén, asesorada de Luz, dice: Que saque a la Lucinda. Una pintiparada chagrita, vecina, toda aplanchada. La orquesta toca: «Chullita linda». Hai gritos de: A medio patio. La mayordoma sirve una copa a la pareja, *a que pierda la vergüenza*. Bailan al son de la orquesta del mayordomo. Esta, a modo de folijones, suscita un ambiente de ingenuidad antañona. Lucinda, un brazo en aza, sobre la macisa cintura, la mano izquierda, empuñando la falda sonora, la menea, a vaiven rítmico. Siempre de escorzo a él, en posición heliocéntrica, da vueltas en contoneo de agraria coqueteoría. El chabal, a medio baile, es aplaudido, nominalmente. El, batiendo el pañuelo, por encima de la cabeza de élla, gira sobre su eje i al rededor de su solcito con faldas. De pronto, rueda. No se sabe si, trabándose de pies, o si por besar los de la chica, embotinados en suela. El mayordomo acalla el crepitar de risas i aplausos. Previa venia del patrón, en imponente voz de mando, pregona: Baila el Shimuco. El arrogante novio brota en el patio, tal cimbreante ciniesta florida. Pantalón negro de casinete, camisa en tela de Chillo, joyante pañuelo de rayón púrpura: todo lo que, es fama, le cuesta veintidos sures. Así, con razón, está pimpante. Hai voces que exigen: Saque a la novia. El, rectamente, marcha hacia la hija del mayordomo, i baila con élla. El donaire de élla, con atisbos de modosidades, mudanzas i

floreos urbanizados, seduce a todos. Cruzan copas entre indios, músicos i gente de servicio. La zambra está intransitable al aterciopelado paso del Silencio. Más, con el gesto, que con el grito, la mayordoma logra ser atendida. Pide permiso a la *santa*, su patrona, i dice: Campo i anchura: Baila la Aurora. Volviéndose a los músicos, demanda:—Maizrrros, toquen la dentrada. Curiosidad general. Aurora no sale. Es sacada, de la mano, por la mayordoma. En aire de taciturnidad, está en medio patio: La rodea cierta aureola de rosa de cercado ageno. . . No se muestra embadurnada de estameñas, como las indias de por acá. Visten, con gracia nortina un rodado o refajo de *merino*. La novia escoga pareja: pica una voz que sale de cualquiera parte. En el silencio de la espectación, se oyen las interrogaciones: ¿Aquién elegirá? ¿Será a Licio? . . . Vacila. La mayordoma le da a beber un *draque*, a que saque coraje. Estalla un Sanjuanito. A su conjuro i al de las voces aupantes, Aurora avanza al corredor; se dirige a Luca: Con licencia del patroncito, le dice, i a mí me pide la gracia del baile con élla. Luca da el executur en una sonrisa. La admiración, por lo insólito del caso, ha petrificado a los indios i causado sorpresa a las personas de familia. En rápida reacción, Rosa de las Nieves, manda, en *milagro de santa*, que se cumpla el deseo de Aurora. El sentido común estético social, vivas i palmoteos me han impulsado i puesto en el patio. Mientras bailo, recuerdo la fusión que predica Luca: Si se quiere una Indoamérica briosa, úna, típica, los jóvenes socialistas «blancos» tomen de esposas a las indias. . .

Una vaca muge. Distante, en su combés de cerros, brama, por mor de la hembra, talvez, un semental taurino. . .



Dormitorio de la Ciudad. El dormir largo ha sido eco écuo del maceramiento a caballo i auto, en mi viaie de regreso; nó, fenómeno de ambiente. De éste de la Ciudad, se resiente el organismo, que se habituó al oxigenado, yonizado del altiplano. Despierto desde antes del amanecer, levanto la cabeza sobre la almohada, haciendo de mis brazos, cabezal.

De nuevo, ese ogreso amo mfo, la meditatividad, me recobra a su imperio. ¿Por qué, la urbe me parece menos amable? ¿A élla están vinculadas las complicaciones mentales; i, en élla, la pena de mi padre se engarfia en la asociación de recuerdos? ¿Soy yo el que, pocos días há, al partlr, en entusiasmo aventurero, creyera poder capitalizar su idea de cruzado social? ¿Soy el mismo que llenara, con ilusiones, la alforja de caminante?

He regresado, con élla. sin éllas. La experiencia ha tachado, a tinta de realidad, párrafos de mi evangelio socialista. . .

El Indio es figura anamorfósica. Desde la lejanía de la mesa de escribir se lo ve en postura trágica. Lo único cierto, que él es hombre en bruto: Basalto, si no imposible, difícil al ritmo de actuación del cincel i la lima de la cultura:

El Indio fuera Condor: La conquista i el coloniaje trabucaron las hormonas, el ovario. Los descendientes indígenas resultaron aves de corral. Esa ave debió estar presa i dar huevos de oro. Tras los repartimientos, las mitas, los obrajes, yá, no está bajo corral; sí, con hilo, más o menos largo, vinculada a la masada, esa necesidad vestida de hierro. Algunos transformistas mediante métodos modernísimos, pretenden hacerle pasar a perro de presa contra el hacendado. Patriada farolera; nó, vero patriotismo. Ello no mejoraría a la indígena ave, ni fuere tránsito biológico. Todavía con el milagro evolucionista de la Educación, resultase, quizás, hombre—nebí o aura o alkaman. Entonces el paso a su primigenio sér de Condor no sería absurdo. Yá, Condor, bien podría castizar con águilas. El resultado humano fuese, talvez, lo ideal, lo típico americano. . .

En mi incipiente evangelio de la Mujer, escritas quedan más de una verdad. . .

Desde el principio de la acción, hasta los tiempos alcanza-

dos, para la creación en los mundos de la Idea, el Arte, la Cultura, la Gloria: la Mujer es, aún, sólo accidente.

¿Mujer?...

Una indianita siente algo indefinido hacia mí.

Lo exprera sin tapujos, conforme al rito del impulso natural. Por haberle yo aceptado esa expresión, ótra mujercita, amorosa culta, despetala, para siempre, la sonrisa que hiciera florecer para mí. ¿Exclusividad pugnaciosa de su sexo, o rechazo de la raza india?... La Raza!... ¿El cuerpo humano es toda la raza?

Para aumento de cavilación, todos los caminos me llevan al punto de partida:

Conflicto filosófico que, desde la Aula de Colegio, ha puesto en desmelenamiento mi orgullo de Hombre.



que para la creación de los mundos de la idea el Arte lo que
para la Ciencia lo Mente es con sólo voluntad
Mente
Una Inducción tiene algo infundido hacia ad
La ciencia sin lafección de la idea del mundo natural
induce y prepara con expresión una mutación en la
la destitución para siempre la mente que tiene la fuerza para
el y la voluntad suprema de su ser o hecho de la
Indice la Real y El mundo humano es toda la
Los mundos de creación, todos los mundos de la
El punto de partida
Cualquier Inducción que desde la vida de la Ciencia, la
to en el momento en que de la mente



A brevísima historia de una vida, que, a seguida, es narrada, arranca de atrás.

Lo historiado debería de fecharse en Diciembre de 1925.

Su situación delantera la ha dictado la técnica de la Prudencia:

Es haber cortado la bifurcante rama, a que se enriquezca de savia la espina dorsal del árbol.

Es dejar, parte del peso, para el volar perfecto.

Ahora, del tronco a la copa; del aerodromo a la indagación del arribadero, alto, recoleto, huidizo, de urgente conquista.



IEGO...: No, para la Luz.

Porque veo, busco un vellocino.

Mucho tiene de vellocino la guillotina de descabezar la Duda.

Quien se da cata del valor i la trascendencia del pensar, lleva, en sí, la tesis del yo esencial, en emoción de urgente definición.

Esa encuesta interior ha ganado, en mí i para mí, en extensión, intensidad i hondura.

Mi actitud, íntima, estallante, logre expresarla este rasgueo prolegomenar.

Ha cobrado imperativo de deber vital el análisis introspectivo de mi yo, por mi mismo yo.

Tras de unos de tanteo, de tantos de desconfianza de capacidad, ha llegado el día rico de posibilidades —úna, la audacia—.

Había ropa colada, íntima. La cuelgo, ahora, a sol pleni-luciente, en la cuerda tensa de mis letras. ¿Lo aprobará la curiosidad que pasa?

Cuánta significación de esfuerzo, de sinceridad enoja esta ideofanfa humilde.

Oquedosa pista: mi mesa de escribir. Desde allí, mi verbo silencioso disparado ha sido, en brío sagital. El avión de mi curiosa inquietud, circunvolando, rumorea en sus hélices.

Nó, goloso fruir, o mollar pasatiempo animaron el arranque de la trayectoria. Ancha emoción comunicativa la insuflara de dinamia ubícua.

Lo inicial ha sido el pensar de adentro para adentro. Lo pensado estratificárase en páginas, bajo subsuelos de silencio. Al intento de educir lo concrecionado, zigzaguea el interrogante:

¿Será función vitable dinamizarlo de adentro afuera? Voz surgida de lo más firme del yo, ha gritado: Sí.

Yá, en proporción a la resistencia, la raíz de la decisión ha impulsado el tallo rompedor del suelo.

O mena, o hélice inquiridora, o árbol lignífero, o simple ropa colada: he aquí, este escorzo histórico de una vida en aventura, presentada en parva constelación de palabras.

¿Minuto de arranque?

Decapitado el añoso régimen, el orden político de la revolución se ha estilizado.

Menos hacedero, el tránsito ideológico educacional ha iniciado el avance, a paso tardigradesco.

Cuando soi alumno de Colegio, la docencia está en avanzado proceso de sedimentación de doctrina roja. Donde más ésta se elabora: la aula de Filosofía.

El Profesor, un éxito de escogencia.

A contraluz de esta escritura, se esbozará la hipotiposis profesoral. Basta, de entrada, este rasgo siluetario:

La cordillera de sus cuarenta años, harto pasados, no es espectable, porque nieva. Lo que la tipifica, sus salidizos. Uno, el picacho de laicismo erguido, a contra cielo: su estribación, una mocedad de tonsurado. Otro, la cumbre de profesorado, al-

ta de seis años. Penacho—aureola de tal teso es el volcanismo positivista de compuesto volteriano—comptiano, inintermitente.

Al fluir de un lustro, estoy colegializándome en la Universidad: Si no he sido pie, tampoco, cabeza del clan estudiantil.

Soy el antípoda de la latiparla. Todo mi ser o no ser está larvado en el geroglífico de mi monolítico silencio. Sé que, alguna vez, han hecho por descifrarlo exprofesores míos. Pero, no encontraron la clave a mi eubolia; digo mucho, a mi silenciarismo. En la vez aludida, ellos intentarían definirme, en el cruce de estos decires: —«Es él molino que poca agua no mueve. Pero, en moviéndose, entre un batir de pocas aspas de palabra, tritura ideas...» —«Prometen su estática audición de la plática profesional i las insospechadas salidas de tono, en el racionio...» —«Sus respuestas indican permeabilidad mental, cierta posibilidad potencial creadora, sobre la aptitud asimilatriz...» —«Bah, ¿qué importa? Hulla, lignito, dolomía, o lo quo sea, eso que porta quedará inhibido en los subsuelos de su natural imbarrenable. Esto es cierto: mi actualidad espectacular acusa el estudiante parado, tremolando bandera de abulia. Pero, es más cierto que, para descubrir lo que en mí haya, ningún maestro hiciera obra de explotación. ¿Carbón, hierro, aguas radioactivas?»

Colegial, sin la partida de Registro de la Travesura, estoy inscrito en el de la Lectura. Más, el libro europeo, el foráneo de América no tiene alas, o sentido de orientación, acá. Necesita saber que existimos. Precisa que se le dé caminos en tierra o aire. I, por carencia de ellos, mi Ciudad es un Paraíso perdido. El papel sapiencial hispánico, el galo, es decir, el de ese Continente—papel que Anatole France calificaba de opio de Occidente—, llega en dosimetría. Libros modernos, en gracia de milagro, a labios estudiantiles sedientos baja, por cuentagotas. Ello, para uso interno i, a puerta cerrada: La publicidad es ápice de alcance prohibitivo para los novatos. Fallan las posibilidades: la magistral i la editorial.

Desde los primeros meses de Colegio, en mis energías, apuntan yemas para la floración mejorativa. Una se revela en este propósito: Fijar, en historial íntimo, la jornada diaria de lo personal i lo circunstancial. Ensayar, en tal forma, la graña literaria. La yema, pronto, es flor. Lo optativo auroresce en presente. La idea se hace carne.

En mi mesa de noche —suerte de bitácora— he puesto a arraigar un libro en blanco. Desde entonces, siempre, antes de acostarme, en él, estampo lo hodierno individual i del contorno. El cuaderno de bitácora es, cuando nó, agenda, memorandum, prontuario, breviario de apuntes.

El librejo evoluciona. Yá, es pizarra, yá, cartelera; ahora, micrófono; mañana, todo eso, i dictáfono i filtro i lagar i éra i crisol i desembocadura... En él se esboza, fija, concentra, confluje, incuba, fermenta, decanta, acrisola, desgrana cuanto es suceso, conocimiento, embrión, interrogante, gracejo, parlería, minucia noticieril que llega a mí...

Aparte esta expresión de energía porvenirista, mi vivir a-brileño deslízase, en lo plano, sobre rieles de oro; sin inquietud de caminos, ni horizontes: En lo educacional, bien cuidado proceso. En lo social, mejor cuidada medida. En lo cordial, vigil, desde el prematutino canto del gallo de lo sexual. Sino que, el paisaje galante se devana cándido—i fuera del radio de la mirónería ambiente.

En lei de gravitación histórica, por este plano inclinado de la ocasión, rueda la primera cita de mi libro autógrafo:

«Octubre 20—1902—Los estudios de Colegio, escala florida de siete pisos de cristal. He trepado al segundo. Por ello, gloria. Más, el suceso de hoy, pena inefable. Es la primera experiencia en materia erótica. ¿El neto florecer del amor es en espina? Mi embelezo en verla i sentirla, yá, está obstado por esas cuatro manos alzadas i abiertas que tapan mis ojos: los muros del Internado de religiosas francesas. Del amor vivido, brusco tránsito a este muerto amor, embalsamado por la memoria de

episodios gaudiosos. El recuerdo empieza, en mí, su dulce mordida. Hace más de dos años a que nació mi vinculación simpática a la deliceuscente puber. El airecillo de la proximidad de relaciones, pusiera, en inicial, temblor la rosa de vientos del motivo genital que al amor señala proyección. Pero, la turva, ahora, el ventarrón de la contrariedad. Su despedida, embrujo i tortura. Por centésima vez he apretado mis labios sobre sus manos. Yá, por la vez primera, mis labios saben a lis i canela: su beso. Yá, mi oído sabe de sinfonía celeste: su sí. Para esta declaración suya, instintivo, flechó mi requerimiento, ¿Qué explicación, para esa posición afirmativa, toda grave, de élla? La mujer, yá, en este formarse en botón lillial, tiene ciencia del contenido de un sí de amor? ¿Qué sabemos élla i yo de estos vientos intrusos, o lo que ello sea, que maneja la rosa de vientos del misterio sexual? Antes de un lustro, élla se promulgará de matrimoniable. A mí, cuánto falta para devenir hombre capacitado a tal empeño?

No poco tiempo es ido. Las ruedas de mi culturación entran en los rieles cumbranos de último año de Colegio.

Soy discípulo del doctor ése, con tradición estudiantil de ogro. Desgranados algunos días, encuentro inauténtica la traza leonina que le dedican los pinceles de la fama. Más bien, creo descubrir, en él, a penas, veleidades de abeja brava. Sin embargo, la realidad vivida me acerca a él. I el curso de Filosofía se ofrece en netitud de interés vital, en claridad de encanto i en anchura de prestigio.

Siento en esta aula temperatura de incubadora. Semejante ha de ser la emoción de estar bajo el plasmó de la Cirujía estética. Más brioso, en veces, paréceme que soy núcleo cósmico en forjación estelar. Mi elación es la de espera de algo sustantivo i categórico: Eclósión del pensante. Estructuración estética del hombre hacia la vida. Concreción plasmogénésica del yo, en micro-mundo.

El lápiz que, ahora, es mi libro de apuntes, una estos pun-

tos de esquema, en un trozo de trazo biográfico:

«Octubre. . . 1907— Aula de Filosofía: Cubo de tierra, hueco. Cuatro paredes de adobe, con perforaciones cuadrilongas. Techo de barro enjalbegado —pistas de moscas, tentorio de arañas para caza de los de la pista—. Suelo velado de tablas —digno frontero de ese cielo araño—. El empapelado, descalificable de tal. Ese papelón incoloro, un contenido de estrofas, motes, caricaturas, efemérides, es historia sinóptica de generaciones anteriores. Así i todo, el cubo incubador, para mí, se ha transfigurado en alto mirador palaciano».

«Octubre, 16—1907—El profesor ha empezado su primera lección de Filosofía, con este paradigma: Los pingüinos de las ideas defecan para el abono humano». Era su modosidad iniciar el año, enfocando la atención del discipulado con una frase rimbombante. Los del curso anterior nos transmitieron ésta: «No todos los que se burlan de las cadenas son libres». Hoí, después de clase, en exploración del empapelado aular, he dado con una estampa del maestro, alusiva a una de las varias vivezas de su afamada muchachez. El lance simbolizado en ese dibujo es así: Un día —como tantos— empalma con su hambre la visión de golosinas extraapetitosas. El plan para conseguir las está forjado en seguida. Busca a un camaradita de escuela. Tonto no es éste; pero, él, sin examen de circunstancias, agradecido, se aviene al ofertador. Yá, en la pulpería tentadora, éste apresúrase a escoger eso que, para él es gollería, —por valor de cincuenta centavos.—Tu paga le dice al chico, entregándole un envoltijo. Es un sucre: recibe *el vuelto*; i sígueme. Te espero en el puente. Tras largos minutos, llega aquél, lloroso i desafiante, piedra en mano:—Canalla, increpa. En ese trapo tán bien cosido que la pulpera abrió, a *punti tijera*, has metido un botón de cacho. Ella, luego de puñetearme, me ha quitado el sombrero. Ve lo que te haces. . . ¿I los dulces? El de la broma, en actitud de retirada honrosa, le dice: —Mono, tu tienes la culpa: dilataste tanto. Me los he comido. I el embrión de Filósofo se da a correr.»

«Diciembre. . . 1907—Apenas, treinta días de estas lecciones. Estoy aturdido; pero exultante. Conozco motivos intelectivos

inauditos. Me asomo a altos visos, sobre perspectivas inmensas: Toda filosofía arranca de una posición vital de lo que somos o queremos ser en la vida... Me doy cuenta de que sólo he sido larva de hombre. Mi metamorfosis es violenta... Las oraciones del maestro, maceradas de estudio, nutridas de médula educativa, me han sacado de la nada, intelectualmente. Los principios genéticos venciendo las nébulas, se incorporan en luz, a mi recién nacido mundo interior. Algunos de sus proloquios, penetrándome, hacen de inyecciones sanguíneas. Recordándolas, morosamente, en rumia descansada, los fijo aquí: «El Universo trabaja para el bien... El bien es el señuelo de atracción de la verdad... Para ir a la verdad, la mejor solercía de orientar la razón es la Filosofía... Lo bello es bien capital, fontal... Lo bello, no sólo es útil, es necesario a la complexión ambivalente del hombre... El encuentro de la Belleza es facilitado por la imaginación. La mejor traza de conducir la imaginación, el Arte... El pensamiento es signo antropológico blazonario... En las especulaciones científicas se guarda una hermosa i rotunda moral humana... El potencial humano, siempre, tiene altas posibilidades: un desequilibrio momentáneo, la dificultad de acceso a la riqueza no significan fracaso... Lo que hacemos nos da lo que somos... Cada quien trae, en el puño, los hilos de su laberinto interior: sólo hace falta saber hacerse guiar por ellos, para acercarse a éste. Cada actividad nuestra tiene su correspondiente repercusión social... Para ser felices, vivamos, primero, nuestra vida, viviendo ocultos... Para acercarse a la realidad, hacer descuentos de ilusiones... No es sabiduría la que no cobra aliento de saber que, siempre, a penas, se empieza a saber... Sólo sé que nada sé: dijo el filósofo griego, ante unas cuantas inteligencias capaces de entenderle. Ufanía de mayor sinceridad es propalarlo, ahora, un filósofo, ante millones de lúcidas inteligencias... Definir a quien vive es matarlo... El que consiguió cuanto se propuso, se ve reducido a polvo... Encontramos, en todas partes, aquello que llevamos en nosotros mismos... El hombre que puede ser conocido, a un golpe de vista, porque no es redondo como el mundo, no es integral, no es superior... Circunvala, primero, los

abismos, para, después, traspasarlos... El camino más corto para encontrarse a sí mismo, da la vuelta al mundo...»

Netamente, mi racionalidad ha practicado la despegadura del aerodromo de la vulgaridad. Circunvala, primero, abismos. Cumple singladuras trabajosas, planeando encima de altamares indiciados de antropofagia. Entrena vuelo hacia el panorama e-cuménico de la Verdad. La curiosidad se hace necesidad. La necesidad, vuelta función crea o magnifica la aptitud sojuzgadora.

En esta aula, al fluir de pocas discusiones, he hablado más que, en las otras, en seis años.

Excepto contados estudiantes, la generalidad se porta periferista, para esta magna Ciencia. Quizá, soi el más centralista. A mis condiscípulos aparesco inauténtico. Atenidos a mi atemiramiento verbal, sorpréndeles ese licuarse de las nieves de mi mudez.

Mi libro—arca, al vuelco que le da la mano de la oportunidad, deja caer, aquí, estas notas:

«Enero 1—1908—He recibido sorpresiva tarjeta de circunstancia. Bajo el epígrafe: «Inocentada», dice: Por tu uso de la palabra que corresponde al uso de tu razón, te auguran feliz Año Nuevo unos colegas.»

«Enero... 1908—Acabadas las vacaciones calendariales, he regresado a las lecciones de Filosofía, ávidamente. Al entrar, hallo la aula rebosante de trápala. La muchacha, en gajo, ante el empapelado mural, tras el pupitre profesoral, especta algo. Soi invitado. Es una caricatura, así: Un joven regordete, cachetudo. Debajo de él está escrito, Lino T. Undaonda. Tiene, en brazos, un chiquillo asténico, esmirriado, larguirucho, las piernas colgantes, como varillas torcidas. En los labios de éste pone sal el maestro de Filosofía. De los de éste brota la palabra: E-f-feta. A la mirada interrogadora con que me dardea esa simpática cualquiería del condiscipulado, sonrío i callo.»

«Abril... 1908—Hoi, entre día, se ha celebrado acto públi-

co en el Colegio de niñas, donde mi amiga se educa. El acto ha concentrado, allí, a numerosos interesados i curiosos. Ella ha polarizado miradas i aplausos: Gallarda belleza, apoteosis de egregias curvas femeninas. Lucido recital de piano. Igual desempeño de protagonista de un sainete. No ha faltado quien subraye mi ausencia en tal ocasión. No la he visto en seis meses. Verla fuera mi fiesta; pero despetalo la opción. Propósito es no verla hasta cuando élla remate su ciclo educacional; para el goce de la sorpresa íntegra, ¿Joven absurdo? I nó. No interfiere absurdidad de mi parte. Lo absurdo está en los que me censuran. Soy sincero con mi yo... En la rada de mi actualidad, paralelamente al emerger del submarino de mi pensamiento, el del sentimiento baja a experimentar. ¿Es mi mudanza haber adquirido la capacidad de intuir lo que esconden las cosas? ¿O las cosas ensayan la mudanza de exhibir subaspectos secretos, a ritmo del vidente?»

«Abril... 1908—Estoi consternado. Hoy he recibido contestación de élla a mi carta de felicitación. Dice esto: «Colegio, Abril. Dos palabras vastan a tus altas frases. Tu indiferencia a verme manifiesta que para tí más balen otras que yo. No hagas nada por mí, todo será impugnemente. Tu ex... P. D. Te escribo arriesgando mi fama: esta carta va entre el guardapolvo de una falda. Estaré inquieta hasta saber si Tori te ha entregado. Vale».

Barco de roble repujado en acero, emproado para enmarravillada aventura: el curso de Filosofía. El barco perlonga en unirse. Epiloga el adios el último pañuelo de los treinta de Abril en fuga. Adrede o nó; metódicamente, o ad libitum, el profesor ha situado en los primeros días de Mayo, el tema de máxima trascendencia. Su acento es, ahora, solemne. Integrante de su expresión es la cadena relojera, de factura nativa, escandalosamente oro i larga. Desde el comienzo de sus lecciones, su mano está modelada en el gesto de jugar con élla. Yá, interesado en el

tema, en el índice de su diestra, la arrolla i desarrolla. Esta prestidigitación, igual que el humo de chimenea, entorchándose i desentorchándose, insinúa que hai supercombustión interna: O, en la fragua urente del tema filosófico, mano extraña echa pábulo; o el alambique del yo del maestro destila alto alcohol étlico de a-cratismo.

—¿Qué es la vida?... ¿Hai alma?... ¿Existe tal ente, en cuanto principio vital informante, al decir de los doctores fósiles? ...

—¿Cómo me penetra el interrogante —para mí, descarga eléctrica, veneno aspídeo, daga florentina— no lo dirán epítetos ponderativos.

¿Llega a mi reino interior una cabalgata de conquistadores bárbaros?

Rebotan, en los virgíneos cerros, ecos de sátiras de canes panfletistas.

Rimbomban aldabonazos, en la inviolada puerta.

El dómine truena la auto contestación, en vocalización izó-crona i escala cromática ascendente:

—No!... No!!... No!!!...

—Un nó: deslumbramiento de rayo. Otro: orden de empuñar un cable de alta tensión eléctrica. El último: impacto de carcajada i bofetada.

Tal el efecto estereotipado en los rostros de mis condiscípulos. En mi intimidad, el plano de cultivos de flores i espigas queda arrasado. Es, yá, un campo cualquiera, bajo lei marcial. Montan la resistencia armada: inconformidad, protesta repudio.

Versado, el profesor observa las actitudes de los alumnos. Detiene en mí la mirada. ¿En la mía, ve él los primeros fogonazos que flagran desde improviso vivac? El previene: Reclamo austera atención. La contrargumentación sea después.

Durante algunas clases, cursa la exposición morosa del doctrinal: Explosión antianamista; elogio de la célula. La crítica escorzada de desdén hacia la doctrina confesional, escupe sangre. El profesor ha cobrado el perfil brutal que le atribuye la fama. El gesto es rampante, en ostentación de elasticidad i garra. Tras

de algunos días, ha cumplido el abonamiento argumentístico de los capítulos troncales de su tesis bicápite, ostentándose a salvo de misología, audazmente epiloga:—Una vida, o se basta a sí misma, o no es nada. La célula, protoplasma superbiótico, no ha menester de ayuda. Entitativamente, está enmilagrada de aptitud vital íntegra. La vida en todos sus aspectos, es un epifonema de los cambios orgánicos. El maestro ha hecho tabla rasa de nuestro texto. Faltando el sujeto alma, están demás la Psicología, especialmente, i, en consecuencia, el psicoanálisis, la psicoterapia, la psicopatología, la novísima psicotécnica, —si ese psico no significa un quid diverso del cuerpo.

He apuntado lo nuclear de las lecciones del maestro. I esquematizo la del opositor.

La terminología sibilina del profesor ha aturcido la mente de los oyentes. Su eloquio blandicioso ha adulado el fuero juvenil de ellos. Están ganados en su mayoría. Desamasados se escinden en dos bloques. El mayor: un selecto intelectual que hace de abanderado, con algunos mediocres, los superficiales i los girasoles al poder hipnotizante del magister.

A todos ellos éxitales, por diversas causas, mi postura adversativa, secundada por pocos colegas.

Por caso general, las discusiones entre ellos, no agón, son picotería, gimnasia de gracejo i sátira.

En el banquete señoresco que quiere ser esta graffa, haga interludio de amable excepción, algún manjar de ese a modo de tino que es mi memorándum.

«Mayo... 1908—Mis palabras iniciales de beligerancia crean animosidad personalista en algunos camaradas, contra mí. Cierta, ellas no erumpen envueltas en gomas de eufemismo que absorva el golpe; ni rociadas con lubricantes de adjetivos que ahoguen la estridencia. Aristosas, silvantes, caen, como hondazos, toque a quien toque, salga el sol por donde quiera. Un estudiante, pergeño de aquel Francisco de Villón legendario, me retara, días antes; porque sí. Lucra él fama de invicto pugil, en estilo mui suyo. Hoi durante el tiempo de clase, nos ha dejado el maestro, por instantes. Ruiloba salta en el cuadrilátero que hai delan-

te del pupitre profesoral. Me insta a duelo de puños. Mi mueca de desdén lo envalentona. Los colegas nos consitan. Ruiloba, sobre un escupitajo, voca:—Eso eres para mí, Marica. Yá, estoy en la pista, frente al jaque. El i yo estamos espectaculares, dentro círculo vivo de la muchacha. Undaonda, delante de mí, se interpone a estorvar la lidia. De un empellón lo integro al cerco. Entonces el boxeador adverso, agilmente, dobla el busto. Escudo, su espalda, veloz, atácame con un directo al estómago, conforme a su táctica. Firme en mi sitio, lo recibo, nó, contra mis puños, que era lo esperado, sino, con inesperado rodillazo magistral. El bravucón rueda, según técnica boxeril, knocked oud, sangrante la nariz. El alumnado alborota. Entra el profesor... A la influencia motora surgida del suceso de hoy, he pensado esto: En la educación aular, hai un vacío. Los profesores no crean el criterio de solidaridad estudiantil. Cada aula, un conglomerado sin cohesión, entre sí, i con los demás: yuxtaposición de estudiantes, sin motivos de afinidad, sin mordente espiritual que dé unidad actual i de porvenir.»

Ahora, justamente, mi lucha ideológica, yá, cobra desahogo i marcialidad. De estrategia son los pasos preluiales: Primero, finteo de interrogantes al maestro. Segundo captación de posiciones de estudio. Cuando el indicio de fuerza floresce en la primera realidad, el tercer paso es la ofensiva rotunda.

Armas? Mi respeto propio, donde se crispa el coraje de la virilidad. Pensarme ser algo más digno que pura materia: he allí, mi égida. La resistencia a recibir ideas hechas: mi fortaleza blindada. La recién revelada aptitud argumentística: mi escasa artillería. Hasta el natural arrebato: mi mandíbula de asno.

Aviene, aquí, exponer un detalle, como autoacusación histórica. Mi libro—armería, en fugaz abre—cierra de puerta, muestre algo de tal armamentismo:

«Mayo... 1908—Resultado orador de barricada. Sino que, temperamentalmente, brusco. Hasta el momento, no rinde el intento de enfundar en terciopelo de frisa lamida, la palabra cornea de mi cocear. Nó, que no mellen mi razón las razones del profesor. Más, por lo que hai de brutal en mi forma de produ-

crime, hoi, he barajado la serenidad de él, con esta réplica: —Doctor, nos ha dicho que no hai alma, i por milava vez. Otras tantas, nos ha repetido argumentos i citas. Déjese de santones, su Descartes, su Comte, sus vitalistas Shopenhauer, Nietzsche, Bergson. Bien podemos leerlos. ¿Cree usted en el diablo de Gothe? Pues, tema su burla, por este empecinamiento libresco. Renuévase. Con quererlo, su talento nos banqueteará, nó, con pasteles fiambre, con manjares de la hora i ajenjos suasorios. Usted nos ha aupado a pensar con desenfado. Pues, no ha cancelado esa libertad, yo enderezo, valido de la objetividad con que la ignorancia se ayuda, este argumento, contra su doctrina: Es un marido otoñal de una mujer abrilena. Oye, a quema ropa, un elogio: Que élla es esto i aquello: Sus ojos, filtro de embrujo; su boca, eter de ensueño; su cuerpo curvas dadivosas de promesa. Que tiene aquello i esto: Palabra gorjeadora, mansedumbre lustral, pestañas musicales. . . : I ese marido raerá todo inmediateción del galanteador. Pero, un asceta, un anciano hacen loas i chinescadas al buen juicio i la virtud de su señora de él; i, feliz, los acogerá. Incluso, hará de suerte que élla se les muestre reconocida. Sobre el caso, argumento, así: Porque la carne de esa mujer, un algo tangible, no puede pertenecer sino a su marido, celoso, éste excluye al adulator. Porque, a más de carne, hai, en élla, algo inasible, que no pierde un ápice por entregarse, sencillamente, a dos o más admiradores, él les da su arrimo. Ese algo incaptable, ese algo de que brota la beata discreción de la mujer, ese algo pronto a la admiración —que no es acto de los sentidos—: diga maestro, ¿qué es? Yo lo llamaría de alma, de no haber expresión mejor. . .

No son pocos los días pasados en ataques i contrataques por mantener o ganar la posición del triunfo. El pensamiento del maestro, antes, de una pieza, se desarticula en contradicciones de que estoy a caza. Acicateado él, reafirma su sapiencia, vocación, vis discursiva i elocuencia. Ni podía ser que le barrene

su añosa doctrina un intonso bausán. Aunque mis energías hacen lastre i ancla de su persistente tenacidad, fáltanles timón, aguja de marear, experiencia. Ni el maestro ha de llegar a rendirme. Ni yo me basto contra él. Con chispas más de ilustración, la duda ofuscante atormenta más.

Sea entrevisto mi interior, a través de esta ventana de cristal de la cita:

«Mayo., 1908—Orgía mayal de flores i luz. Con élla, no sincroniza mi realidad, la mimada, la superior. Mi mocedad es principado de caricatura. La ha malparado el maestro. Su doctrina conlleva la derrota del Hombre: En el Universo, soi una vida orgánica de categoría ridiculamente solemne... Sin alma, mi vida es intrascendente; carece de valor absoluto... ¿Por qué, soi precisado a vivir?... ¿Por qué, en largo minuto de intriga, bajeza i dolor, soi impelido a moverme, entempestado, para nada?... Maldito maestro, esquinado, inconstrutivo... La gloria i sus motivos —ciencia, arte, heroísmo, virtud— son interés vácuo; pues, principia i acaba en sí mismo... La grandeza humana: por i para la víscera intestinal... El amor: impulso para i por la gonada... El hombre—célula: la sólo cosa desensartada, desarticulada, despaginada del cosmos. Célula loca, urgida a la carroña, entre una vibración imaginífica i un encabritamiento cómico: ¿eso es el hombre?... Maestro fallido: visto el resultado, ¿no es un antropófago pagado?...»

Mi inquietud se irradia espectacular: Por el estado de insolvencia de la tesis profesoral. Por mi enamorado interés en la investigación filosófica.

Después de todo, para mí, la aula ha ganado en significado i dignidad: Escondite oraculoso. Hogar de recrianza.

Eso sí, alguna vez cavilo sobre este estarme produciendo tán distinto de mis colegas. Desaprensivos, éellos, apechan o nó, contra el tema de actividad aularia: Dos o tres, mentalizados acuciosos. Algunos de mentalidad emperezada. No pocos, proclives i pasivos, ideológicamente. En más de su mitad, el alumnado —i engloba cincuenta i más mosalvetes— bulle contagiado del maestro i de lecturas mal digeridas. —Vidas juveniles: sedas nue-

vecitas, con viejos parches de maestros—.

Es cierto, sí, que casi todos, desbordan de primaverismo: ¿Son ellos los cuerdos? Para la mayoría estudiantil, la aula de Filosofía ha devenido área deportiva. Salvo un mínimo —menos de media decena que discuten—, este platanista de Platón modernísimo se interesa en apuntar impactos, *upper cuts* de los li-diantes, i, alguna vez, en verme *knocked out*.

Me hace daño la prenostalgia de la aula. La pena presentida sirve de aguijón para el logro de minutos útiles. Utilizo lecturas de la telarañosa Biblioteca única de la Ciudad. Consulto a un grave sabio del ambiente provinciano, vera efigies de la Filosofía clásica.

El profesor, lámpara oleosa, reprovista, se irradia en abono de fama. Rehabilita su tesis. A clavo de magisterio i martillo de insistencia, fija en nuestra memoria la síntesis sentenciosa, tán suya: En un ser natural, como el hombre, el misterio está demás. La célula conlleva el milagro de la vida íntegra. La célula lo es todo para las más altas funciones humanas.

Ríos al mar, sus argumentos. En cauce de tierra propia, recoge agua de deshielos cartesianos, kantianos, comtianos, nietzscheanos; capta las de vertientes biológicas i fisiológicas. Hasta, fuera las aguas que hace saltar la mágica bara que sabe serlo el microscopio de Ramón i Cajal.

Yo realirmo mi acratismo contra el principio de autoridad filosófica indiscutible, haciendo posible su indiscutibilidad. Empleo la maza de las leyes dialécticas, de que él mismo nos ha provisto. El maestro es hábil en montar artilugios. Todo alerta, señalo falencias doctrinarias, por medio de la sutileza en atacar, allí, donde advierto averticalidad, incontinuidad, resquebrajadura silogística. Sin querer o poder más, el profesor dispara contra mí —a veces bien empleado— el fuego griego de la anécdota. O me lanza los gases de la ironía, de que es diestro disparador.

Acabamiento de curso. El profesor ha confeccionado una lección—mundo La margina mi declaración pesimista. El tacha toda mi combatividad de simple postura díscola, de pavo real.

Ahora, borracho del vino de su yo, propala el elenco de sus éxitos, durante su profesorado. La catilinaria, con que me hace blanco, estalla en un apodo i una amenaza.

Silencie el texto histórico, a que se oiga la voz amigal de dictáfono de mi libro:

Julio... 1908—Quede esta hoja transfija de la saeta de un recuerdo colegial. Hoí último día de año. El profesor de Filosofía ha efundido su postrimer discurso: Concreción diamantina de luz científica i convivencia aularia. Su optación por nuestra bienandanza es pulposa de consejo. Su eloquio final: —La Filosofía es epicentro de la Cultura. Que la Filosofía aplicada forme de cada uno de ustedes un hombre que se baste a sí mismo. Al acabar él, ya, estoi en pié, i declaro: Señor, para mí, su ciencia ha obrado el derrotismo. Ha roído la raíz de mi serenidad; ha envenenado la fuente dadivosa, de beber ilusiones; ha despetalado mi juventud. Erguido el maestro, en pie de marcha, me fulmina: Para usted es el elisé de Rochefort; un titi qui se croit un titan... So ramplón en evidencia, maula de solemnidad. Usted es un Psicómano... En los exámenes se le expedirá el pase al hospicio de los descalificados... Pero, nó... Es usted un simple loro... Loro mudo que habla enfermo está: jóvenes, adios; cuida-do con la psitacosis...»

He callado, hasta aquí, sobre mi aptitud apodoflica. La vis histórica de estas páginas obliga a que la describa, yá:

Mi caso es una estilización de la proclividad a la zumba en ciertas zonas sociales del lugar. Cuando niño, la gente ligera de casa motejábame de «Zancudo». «Clavo cuartal cabezudo» fue mi apodo de escuela. «Paja larga», el que me impuso el mordaz Undaonda —siquier sea mote digno de ser propinado por una Niñón de Lenclos a su Marquez de Sevigné—Las alumnas de cierto internado, cuando estudiante de Colegio, me distinguieran con el donaire de «Escalera Grande», alusivamente, a una estrofa popular. «Rascacielo»: mi remoquete de Colegio, al que se le ha superfetado el de «Psicómano»; yá, en boga entre bachilleres i aspirantes a lo mismo.

Soy Bachiller en Filosofía.

Filosofía: Invernáculo de alto clima: ha facilitado la madurescencia armoniosa de mi energía interior.

Filosofía: Meridiano del mundo—luz: al pasar por él, se desconcierta la aguja inmantada de la mente.

Durante pocos días, mi horizonte se ha despejado en su cielo, ¡ allí, se dora, irizado. Menos que días horas. El amor de mis familiares, prevalido en el trámite vacacional me ha desintegrado del libro, en providencia de dieta mental. Pero, luego se abre, de par en par, el libro de mi pensatividad. Me encuentro reeditado en un yo complejo.

A título de vacaciones, mis colegas están desperdigados por descampados. ¿Se enfiestan ellos de campo; o la campiña se enjuenece de ellos? Simplistamente, dulcemente unilaterales —sólo juventud—, ¿son ellos los cuerdos? Yo estoy en crispación intelectual por descubrir la verdad de la vida, para ser. ¿Es esto lo equivocado? ¿Soy yo quien derrocha juventud?

Mi actualidad, en su relación con la gesta de la aula, explico, así: Para el soldado, el coraje de la pelea hace de anestesia de la herida. En mi herida de duda, anestésico ha sido la pugnacidad estudiantil. Acabada la lucha, la llaga, ya, purulenta, punge.

La Ciencia: ¿manzana de picor dulcamaró?

La Cultura: ¿cauterio igniscente que inflige escaras de duda?

La Investigación es epicentro de inquietud mental?

¿La relación de maestro a discípulo es ósmosis de lo pletrico a lo inane —en el caso, yo—?

Como quiera: Mi piafante juventud, en sus diez i ocho años, o diez i ocho ímpetus, apicotada está al pienso de abundoso pensar. Urgele al potro un vagar, siquier sea bajo la limitación de la suelta.

Ver a la mujer esperada ha de ser como abrirse un mundo donde son lei la claridad i el sosiego. Sus diez i siete años sean como campo de cebada, en epifanía de granaje. Su verdor granesciente desvíe, merme, aplaque esta gustación, este tascar de pienso de ciencia.

Decir de mi entrevista con élla, con pensamiento de hoi,

perjudicarla a la sintonización histórica. Cuéntelo ese taco de hojas de papel salpicado de letras, que llamo mi libro:

«Agosto... 1908—Hoy, antes del amanecer, a caballo. Este es vehículo de prestado. La quinta que ella ocupa, prestada, también. Cuatro horas, hacia oriente. Quehacer mínimo, para el logro de verla. Todo uno ha sido verla i redirle mi nueva admiración. El logramiento de lo bello es inmediato: La economía de silogismo hace más plácido el goce. Mi yo íntegro ha vibrado. El de ayer sincroniza con el de hoy, por i para ella. Este encuentro del perfilado, del acabado de su persona, hartó soñado, es dichoso cobro de esperanza. Mujer ambidextra: belleza i talento. Lo imprevisto es su porte de reserva. Esta es, para mí, daga de enojada reconvención, enfundada en terciopelo de gracil obsequio. ¿Ese gravis dum suavis es traslado del fenómeno interior, o gesto de cultivo? Oscuridades del pequeño abismo cordial de la mujer. ¿El cristal translúcido de quien me dió su sí, porque sí, ha sido velado con esta pantalla seda i oro, pero opaca? Hasta sus padres, sagaces i todo, están demás. El, oportunamente, ha suelto el fuego de bengala del elogio paternal. Pero doña Barbarita, ha quemado castillos de pirotécnia criolla. Todo epiloga en esta bombardia: Que cierto as de examinadores, tras del exámen de fin de año de la niña, la ha descrito, así: Ola alta, sobre el nivel de medianía de excolegialas, en más de un lustro. Que las compañeras de Colegio, sin discrepancia de las educadoras, a Sibila Bárbara le han corregido el nombre, llamándola de Sibila Regia. Algunos momentos he estado, a solas, con la regia amiga. Cuchilla invisible ha estado dando tajos, a flor de labio, para espantar la palabra que hacía por aflorar en uvaes gajos de recuerdo i de amor... Mi arribo de regreso, a las nueve de esta noche. Cortan la nota, no esa cuchillada, dos manos: fatiga i sueño. Anoche dormí tã poco. Lo demás de la nota apuntaré mañana, o nunca».

De la panoja de vacaciones, de más de sesenta granos, todos se han desgranado.

Debo resolver la elección del estudio profesional.

De haber, aquí, asignaturas pragmáticas —Química, Inge-

nería aplicadas—fuere la escogencia no facil. Por eso, facil es, i sin vacilación, flechar el designio hacia la Jurisprudencia.

Nuestro País está en la forja para estado de rango jurídico. Necesita de ambiente i de capacidades con proyección cónsone.

La abogacía es energía social creadora, convergiendo condiciones: Etica integral. Vocación para portar, en andas de oro la Justicia, contra la proclividad humana. Estudio del medio en sí mismo i en relación con ótros. Palabra sapiente. Acción constructiva para la cósmica función legislativa. Profesión bella, al ser aventura quiijotesca: Valerle al desheredado, al indefenso, al oprimido, al engañado, al atrapado, al atracado, al extorcionado, al indio. Indio: ese malparado de conquistas sin cultura, de concupiscencias egoísticas. Leño de las hachas de americanos invertidos, de leñadores involucrados en abogados.

La cita asoma, no por el camino troncal, por el que suele abrir el ingeniero Circunstancia:

«... El expedienteo, en esta América, medra en facilidad fungosa. Es indudable el rastro hereditario. I es estigma típico de nuestra comarca. Desde los primeros tiempos, los colonizadores españoles se personificaron con el perfil litigista. El proceso contra Athawallpa fuera de volumen exorbitante. Del de los Pizarros contra los Almagros cuéntase que los cuerpos procesales, puestos uno encima de otro, pasaban lo alto de la cintura de un hombre.»

Ciertamente, para esta decisión, no hai interrogante. Donde lo hai, i fantasmal, es en mi duda trascendente. Donde ulula es hasta en mi intrascendente erotismo.

¿Sibila Regia?

¿Es élla la única, la intransferible? Es yá, la hora?

Estoi, de puntillas, sobre este horizonte, en busca de luz. Como eco del maestro de Filosofía, suena en mi mundo interior este truenazo: ¿Para qué, el amor?: Cuando ilusión, ángulo ilímite, Cuando realidad bruta, punto vertical evanescente... ¿La procreación?: ¿De qué i a qué? ¿Procreación de un ser que se define en el reventar de la ventosa o la pompa de jabón del vivir?...

Pese a todo, amor de mujer polariza la aspiración juvenil ecuménica. Roconcomio tanto más exclusivo cuanto el ambiente

está más alejado de las esferas supercivilizadas: Todo lo demás para el vulgo es lo menos, en veces, lo tonto. Trabajo intenso, extenso, tecnificado. Cruzada por el bien común. Arte por la estética individual i social. Ciencia por la cultura: I ello, en contenido de finalidad humana, con capacidad de absorber interés vital superador del hormigueante reclamo erótico, es mirado como desvío, como amaño extrahumano. En tal medio, no se educa el yo de la minoría selecta, para superar lo físico, en lanzamiento descubridor, lejos del horizonte ventajista del placer i la holganza.

Sibila Regia!

Bien visto, distancias i atmósferas sepáranme de la mujer. Cierta doctor sitúa en tratamiento clínico este retraimiento, como un morbo intelectualista. Asegura que, para que éste prenda sus raíces, hace de subsuelo mi inhibición sexual. Falencia de facultativo que observa, unilateralmente: Sangrar en cavilaciones por mor de salud. Buscarle a la Vida motivos superiores a los del manadero fisiológico. Hacer por matar al buitre Duda, ahito de carne de pensamiento, envenenado de lógica: ¿Ello es psicose, hemicastración de juventud?

Vivo en siglo de supercultura: ¿por qué, este sacrificio de juventud a un ideal no ha de ser opulencia de juventud? Vivo en la era del tecnicismo realista: ¿por qué, esta inquisición de la realidad del hombre no es quehacer tan práctico, i más que los otros?

Tres cursos de Derecho, cumplidos: éste a punto de cumplir. Mi gesta ha sido ésto: Exploración del dintorno i el contorno de las Leyes. Captación del bagaje jurídico, en curiosidad científica, i con proyecciones practicistas: lo social i lo personal.

No es impertinente esta acotación. El árbol poderoso alcanza, si no por las puntas de las ramas, por las de las raíces, al otro, no lejano: Mi estudio del enigma del Hombre se ha entretreído con el académico; siquier el jurídico, por la urgente asimilación, absorva más del humus intelectual.

Hecho calendarizado, en próximo día, es mi exámen liminar al grado de Licenciado.

Yá, en la caza de la metáfora de expresión plástica, algunas saltan para describir mi estado de circunstancia. Una, ésta: La preparación al ascenso profesional es brillante cartulina menbrada: sobre su impronta áurea, un suceso cae, tal pringue mínima, pero afeante.

En escaparate de mi memorándum, está fijado el episodio: —murciélago clavado con punzón de letras:

«Julio 7—1912—En la inminencia de mi examen. Las ocho de la noche. A esta hora de cita, libro a la mano, esperaba a Undaonda en mi recibimiento. De súbito, irrumpe la cholita Toribia. Llega en anhélito. Suelta su noticia, como lanzar un cartucho de dinamita que, periclitante, portara entre manos. A más del interés, muy suyo, de la parleta de élla, la transcribo, original, a título de documento de historia mía: —Niño vengo a punticarrera... Que naiden sepa... Oiga, orito: Un mal rato en la casa... Esta perrada no hubia pasado, viviendo el patrón grande. El le quería monzro a su mercé... Oiga—pes, lindito, la niña Shibi, su Barbarita, no bota—pes saliendo con el niño suco... Ese—pes dicho Burro blanco... La niña grande está en un lloro, revolcando con un ataque... Ella está aculpando a su mercé de dejado... Este ratito acaba de hacer el hecho... Estoy yendo no más a avisar a la familia... Yá, sabe que hai dos hermanitas maltonas, más mejorcitas nomás que la perdida... He estado meditando, durante instantes. Undaonda entra.—Pajalarga, quería llevarte al cine, me dice. El rodaje de esta noche es de «Salomé». Mary Pickford hace de tal... I tu quieres que yo haga de cabeza de Precursor, i que la función me sirva de excipiente, le contesto. Sin más, él me cuenta, con detalles, lo que Tori me ha noticiado. Que el raptor, o lo que sea, es el norteño Barriga, estudiante adventicio. Mozo no bastado de dineros; pero, sobrado de rejo mujeriego i de dandismo. Que la conquista la ha redondeado él, diestramente, en menos de un mes; haciendo de proxeneta la Tori...».

Repujamiento del acero de la inquietud en oro de prestancia académica: Soy Licenciado en Ciencias Jurídicas i Sociales.

Avance, a modo de coronelato, en el escalafón forense. Eso i todo, no estoi licenciado de la garra de la Duda, ni del rasguño espinesco del recuerdo erótico.

La ufanía de los de casa hace este milagro de circunstancia: La Alacridad, adventicia dama regia, ha obligado a esconderse en el desván gatero a la dama de casa, la Inquietud: Banquetes. Visiteo. Paseos. La Oportunidad, con su voltaje máximo, mis horas sin lustre ha galvanizado de frivolidad.

En momentos de liberación, me miro en mi espejo. Semi doctor, semi alegre, trajeado, a la chic. Mi rostro, mi busto, tán ótros de cuando fui colegial novato.

Interpólese, aquí, los datos membretales de mi libro recordatorio:

«Octubre 15—1901—Yá, estoi trajeado en casimir. Bajado el pantalón. Encanto de sentirme hombrecito siglo XX. (Esto no es orgullo?) Primer día de Colegio. El aula soñada: ¿Caliz de flor? ¿Cavidad de un tronco de laurel? Huele a laurel. Álvea como lirio. Cuando he regresado de Colegio, cuatro de la tarde, la casa está de fiesta. Yá tengo una chiquitina pieza para estudio, frente al ocaso. (Ocaso parece ser palabrita de lujo para decir puesta del sol) El sol me está dorando al dorar la piezuca mía. Corro a verme en el espejo. Mis tres modos o ilusiones (vicios, nó) son: contemplarme en el espejo, fumar cigarro, galantear a la chica. Me he propuesto apuntar un examen de cada día en este librito. Estoi con la pluma mojada en negro, sobre esta primera hoja tán blanca. Me veo en el espejo, donde da el sol. El espejito es elegante, regalo de mi mamacita. I es grandazo: midè tres cuartas de mi mano. Se luce en su marco de hoja de lata bien dorado. ¿Cómo expresar la imagen mía que veo en el espejo? Es este mi primer garabateo con tinta de escribir: El pecho esponjado. Los ojos dos candeladas (fogatas mejor?). Bajo el cutis, unas vienen i otras van, manchas de mora o rosa (lampos matutinos: entiendo que es como diría un literato). Mi boca parece abrirse lo mismo que el piquito del chirote, al primer trino.

La frente muy salida y ancha: me finjo que sea un arco de mármol. Cuánto aprieto para escribir este garrapato».

Julio 12—1912—He puesto bajo el pisapapel de este júbilo manufacturado, mi preocupada meditatividad. Con intención me he plantado ante el espejo. Este verme de afición instintiva en sus principios, ha ganado alcance de estudio biofisiológico personal. Nó, narcisismo. Narciso se ahogó por el devaneante embeleso de su cara. Yo, de la mía, hago horizonte de experimento. Atisbo algún rastro de luz de Verdad, que espero advendrá. Cierto, en este momento, la asomada la ha dictado el antojo de verme en escultura de Licenciado: Perfil, luz, traza, aire volúmen, carátula acusan la edición del hombre. En la estatura, en la turgencia del músculo, en la jugosidad de la piel, estalla, ondula, repercute el quién vive! de la plenitud máscula. Encarnado, fallado, pulido por el Tiempo, arte de él, sobre mi delgadez de adolescente, es esta copiosa reciedumbre inicial, esta premaduración de mi cuerpo. Pero, manipulado por el Estudio y la Meditación, hasta masajeadó por la Inquietud, la parte de tales artistas patente está: Seño elegante. Ademán agresivo. Palor del rostro. Fulgor, a media asta del mirar. Y esto no va dicho en tropo. Cada vez, más se limita el poder visivo de mi ojo derecho.»

Cuatro días de festejo. Todo me grita: Basta de esto. A la lectura, a la actividad mental... La intrusa Alegría abre, yá, sus alas para la fuga. Undaonda, el más solícito amigo en festejarme, oportuno, viene a mí. De entrada —es su costumbre conmigo—, él, me repuja de su humorismo: —Díme: ¿Cuál es la trampa número uno para atrapar a las mujeres... digo a las mujeres ratas?. Papanatas, ¿no aciertas?... El dinero... ¿No asentamos esto con una copa de tu fiesta?... Hombre, estás *fatre*, si se te divisa, de cuerpo entero, la magnífica fachada: Tu cráneo, modelado con fuerza, en tal estatura, te da un no sé qué de bárbaro legendario. Sólo que, nunca brillara más por su ausencia, tu nariz. Para decirlo en tu jerga jurídica: falta a tu cara el *divortium aquarum*... Siempre he visto, en tu rostro, un *ex libris* de tu alma? Alma, he dicho? Cuidado... En la casa del ahorcado...

Se acomoda, no facil, a lo serio. Yá, está con frac i guante de lo, para él, postizo. Me platica, así: Tu papá, secretamente, ha estado preparando tu marcha a Norte América. Ha conseguido dinero, en compromiso avalado por quien, después, lo sabrás. Tal, la causa, para tus exámenes de urgencia. Por este medio, él intenta: Premiar el exitazo de tus estudios. Ingertar, en el buen tronco intelectual, que eres, la rama del practicismo. I, sobre todo, eso, acudir al S. O. S. que pide tu ojo, envalijándote para donde hai auténticos oculistas. Ello te trae bienandanza. Tu padre es ejecutivo. No tienes por dónde resistirle: Mascullas el inglés. Vete, gustoso. Te envidio. Llévame de guarda—alforja.

En mi manual de apuntes, hai la data de la efemerides:

«Julio 13—1912—Mañana debo de embarcarme a New York. Llegado yo, en Guayaquil, yá, estará listo un modesto vapor de Compañía holandesa. Me acompañará un traficante en *Panama hats*, más modesto aún. Para mejor interesarle a éste en el cuidado de mi persona, para resarcirse, en algo, de gastos e insuflarme el hábito del negocio, se ha asociado mi padre al toquillero, en el actual cargamento.

A ojos vistas, la decisión paterna es disolver, a agua jabonosa, raer, a cortaplumas, mi incuria objetivista, que él califica de mancha de familia.

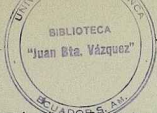
Adios, libros. Queda, también, con abierto paréntesis, este mi memorándum confidente».

Curso Derecho Práctico.

Círculo de colegas ha hecho de mí su centro parlante, por oirme del viaje, Rueda un film de pasos, pasajes i paisajes, allá, vistos i vividos. En más de quince días no se pone mi sol de admirado manipulador de ese rodaje fílmico. Estoy viviendo un minuto opiesco.

Mi estado subjetivo de entonces, calque, aquí, el memorándum:

«Diciembre 24—1912—Mi edad moderna: así, etiquetare es-



ta página; de no ser yo adverso a lo solemne. ¿Soy el mismo que escribiera las anteriores notículas? ¿La Ciudad, el Hogar —caro molde, blondo estuche de mi pasado— son los mismos? Noel! . . . Qué choque entre mi Ciudad—idilio i esa Ciudad—mundo. . . Para saber de los muchos i largos pasos de la civilización actual, salir de aquélla i adentrarse en ésta. . . ¿Por dónde empezar? . . . Comienzo por el fin. Salida de New York: Me hallo ser diminuto núcleo —protón, protoplasma—. Rodéanle capas i capas de luz i música, de traqueteo i rimbombe, de impresiones i presiones, de gigantismo i babelismo. Es noche entrada: De un Hall de bar, al muelle. Del férreo muelle, admirable pandemonium polidínámico, poliracial, al «Northern Start», de The Pacific Steam Navigation Co. De la rada de New York a la Florida i Miami i Habana i Limon Bay i Colon i Cristóbal i Gatun Spitway i Culebra Cut i Pedro Miguel i Miraflores Laque i Panamá. . . Hai tanto que decir. Cuesta tanto callar, por no deslucir lo callado. Represas: llave bipontina, freno, mordaza férrea de dos monstruos, aceradas vértebras en ritmo isócrono, adaptadas al mar. . . Canal: intestino de artificio, para función peristáltica de hacer pasar buques. . . Canal—Zone: tentáculo del elefantismo yanke. . . Tras de ese invicta maravilla mecánica, nada hai más. . . Pienso sugestionado. Sí, hai más que el poder económico, más que la fuerza técnica, los de la estética, los del amor. Entonces: mi Ecuador, mi Guayaquil i, allá, mi Ciudad bien amada. Sí, mi casa. . . El itinerario emocional es así: De salida hasta la llegada en New York: salto de lo endeble a lo recio, de lo impreciso a lo plástico, de lo incipiente a lo acabado, de lo familiar a lo sorprendente, de lo posible potencial a lo imposible realidad, de lo enano a lo gigantesco. Queda entendido el inverso salto de regreso. El mismo fenómeno subjetivo, comprimido en imagen: Mi Ciudad vértice inicial. Desde ese puntito se insinúa un ángulo que, en largo de más de 4.900 kilómetros, se abre hasta el lugar de parada. Ese es, Anglo América. Lo más ancho de esa abertura: New York. . .

La actualidad i el pasado de anteviaje afrontanse a distancias polares. Tanto puede la lección de escolaridad objetiva. Al

tronco de mi juventud, de una sólo rama absorbente, yá, le brota la yema de otra rama.

Sino que, el ambiente para mi dinamismo es deficiencial. El piso para el paso i el salto es fonje. La Universidad, por su inintegralidad frente a la vida i por su distancia de la ecumenidad de aquellas Universidades, es muñón; nó, puño, ni ala.

No obstante, en los meses transcurridos, yá he iniciado mi acting, en decir yanke. Pues, he de cumplir un *pensum juris*, lo encamino al ideal *standard*. De mi viaje, he obtenido algunos libros recomendados por los profesores: Lorent, Fabres, Concha, el vetusto Rogron. Estudio los fallos del Tribunal, los procesos fraguados entre célebres abogados. Vuelco en el escarificado suelo mnemónico, los puñados de simiente de los Códigos.

Todavía más, para descanso de mi padre, en el horario libre, intervengo en sus negocios.

A la rama practicista le nace úna menor: mundanía de buen tono; quehacer, antes, ignorado por mí. Con aprendida modernidad, he adecentado la salita zaguana, parlor, que diría el yanke. Por el laconismo i la higiene, mi dormitorio es blanco de flechas de fama i curiosidad.

Si no lo histórico, lo personal pide el dato del libro recordista: La cita toma galce para el encaje de la oportunidad:

«Abril... 1913—Al actual gabinete de estudio está adosado el dormitorio. Lo rodea esquizer tabútica. El curioso sólo penetra, allí, por la tangente de la excepción. Antes, lo interior era jaharrado. Yá, las paredes i el techo se denotan de azul indefinido, evocador de remoto horizonte. El piso tapizado de linóleum azul verdoso, a lo agua marina. En tal ambiente ecoico del viaje, mi catre protagoniza de barco. Su bitácora, la mesita. El espejo, aguja de marcar i periscopio. Tanto es para mí el espejo. Ha llegado el minuto de dejarlo fijado en estas letras: Guarnición metálica, de reflejo bronceño. Su traza, un cuadrilongo, casi de mi altura. A la luna especular válgale el elogio del italiano que me vendió el mueble: Italia e la cunna d' el spechio. Pero, más allá de esta realidad i de aquel simil, mi espejo es: Compañía totémica. Asesor del bienparecer i el dandysmo. Pupila que me

guña, me copia i me exhibe. Fuente lustral de labar impurezas del gesto. Confidente que me descubre imperfecciones. Me educa la imagen para el tono personal. Es como la linfa para el arbol de un meandro: Tal que, si no me copiara no fuese espejo. Es síntesis del dormitorio. Eso i más.

¿El más? Servirme para la pesquisa de datos fisiológicos. Este espionaje es el único aglutinante, en la solución de continuidad de mi actual despreocupado practicismo, con la elación ideológica de anteviaje.

Aquí, el gluten de la circunstancia adhiere un pedazo de mi breviario cronológico:

«Enero . . . 1914—Las clases nos preocupan, con el estudio de la Lei penal relativa lo sexual. Hoi, mariposeo de estímulos pone en curiosa actividad mi mente. Lecciones de aula, sobre materia medico-legal relacionada con motivos escabrosos del Código de Infracciones. Lecturas ilustrativas al rededor de la casuística de ese tema. Apuntes antropométricos. Especies atesoradas en las subcapas del recuerdo. Todo ese complejo, por asociaciones, por saltos, ha rebotado hacia mí mismo. Ha estallado este descubrimiento de mi estampa física: Mi escultura se relieva, se denota por la unidad de lo excesivo. Mi cara, técnicamente, clasificárase de leptoprosopa. Mi nariz, aunque, en su dorso, es continuación de la frente, cual requería el ideal griego de belleza, por su escazo relieve, carece del pico clásico: Es lo que dice Undaonda: «hechura de apuro, a última hora». Mi cabeza, cabeza imposible. En términos propios, acércese a las dimensiones del cráneo hiperbraquicéfalo—85,2—. Mi estatura, digna de un noruego, más bien, de un escoces de Galloway, casi de 1 metro 80. Crisis de dimensiones. Debiera de estar abocado al fracaso; sobre todo, para el acceso a la simpatía femínea. I, nó. La mujer halla, donde no parece, el punto imantado para la atracción genética. Cuando colegial, fuera histórico el decir de cierto grupo de colegialitas: A una nena delgaducha, fina, vaporosa, mujercita de acuarela, placiérale mi cabeza reecrecida por el ondaje semidesordenado de mi cabellera; i las entradas de mi frente que le daban, según élla, fuerza varonil. A una pequenita, todo movimiento avispal, le

hiciera de atractivo mi estatura, mi andar ingrávigo, el dinamismo de mis manos, en la inmovilidad de mis brazos, al conversar. A otra de ellas, altiva i connotada por el respingo, le gustara en decir de élla, el rictus desdeñoso de mis labios, i, especialmente, un afilarse de éellos al decir la lisonja o la ironía. Bendita lei de los contrarios; lei de compensación i reajuste biológico».

De tumbo en tumbo, en ola alta, aquí, más allá baja, los ríos de mi vida estudiantil, llegan a su amazonía. Pocos días más, i seremos veinte colegas i yo, rotundos profesionales, en nombre i por autoridad de la Lei.

Por suerte, antes del desgajamiento aulario, nos enjoyamos de la última flor. La floración rinde el gajo episódico de crónica inolvidable:

Días antes, los universitarios regionales fuéramos invitados por los de Guayaquil, para un certamen público. El tema: «¿Debe otorgarse a la mujer integridad jurídica, abolidas del Código Civil las facultades del varón, que implican *capitis diminutio* de élla?»

El nimbo aún no eclipsado de mi repujamiento áureo en New York; mi actual dorada mundana; quizás también, mi talla física, me han señalado para presidir el selecto grupo.

Vive, todavía en el rescoldo humeante, esa fogarada de ardentía juvenil.

El viaje —por andurrial—, digno de la muchachada que va a descubrir Guayaquil: vellocino argonáutico, para los recién desincrustados de la valva serraniega. El arribo, encantamiento. La recepción, más que lo esperado. Todo nos estimula. Llegado el minuto del parlamento, el salón paraníptico ha estado todo florecido i espiguescente.

Los guayaquileños, los primeros en atacar el tema. Mi grupo sustenta la faz negativa. Negación discreta, en razón de la necesidad mejorativa de la mujer; i por la razón de razones de pleitesía al sexo floral. Mi memorándum contiene episodios, frases clisé de ese lanzar granadas de vivac a vivac, por el empeño i el modo, caballerescos.

En decir público, nuestro frente alcanzara el éxito argumentístico, en la energía de carga, en la serenidad de dar i recibir impactos. El frente tropical, el de la técnica de darlos i esquivar los adversos; el del manejo de la bien aceitada ametralladora del verbo i la bomba asfixiante de la ironía culta. Mi palabra ha florecido al fin del acto. La lucha parece hallar punto de contacto común en mi epifonema: —El tema es poliédrico; i no ha de resolverlo cualquiera afirmación o negación unilateralista... El matrimonio es un todo natural—económico—social—afectivo. La naturaleza principaliza, en él, al hombre. Lo económico i social requieren gerencia i jefatura: El varón es, para ello, el indicado: La Lei limite la área i el fuero de él; regule la discreta independencia de élla.—La discreta dependencia es razón del ser mujer—. Pero de hecho, efectiva i afectivamente, la mujer culta lo es todo. Ella, con el milagro del encanto, está sobre la Lei. La Lei es élla.

La faceta social ha sido radiosa:

De esto, en rincón de mi libro, hay floración de primavera humorística. El chascarrillo, la vaya, el equívoco, todos de lei de dieziocho quilates, hubieron de tije-tear, pinchar, cosquillear, picar. Objeto de especial enfoque criticista ha sido lo propicio de ciertos lapsus dialectales. La locuela dejativa, el arrastrar de las eres, el silvotear de las eses, en los nuéstrós. En los guayacenses, la celeridad galopante, la gramatofagia con la ll, la s, la d de ciertos participios i la final de palabras que la llevan.

Vocalizo el sésamo, ante una portezuela de escondite de mi libro:

“Junio... 1914—Imposible dormir. Vino, impresiones, ideas mantienenme vigílico bajo su poder desvelador... Lo oportuno, fijar la crónica. Guayaquil. Las tres de la mañana. Seis horas de satisfacción inefable. Este chispazo de jocosidad nos lo ha prodigado la genial efervescencia guayaquileña. Promotores los universitarios locales. El festival ha comenzado a las nueve de esta noche —siquiera, el membrete anúnciase: «Five o' clock»...—. El salón en fiesta, tiene abiertos ojos sobre la ría constelada. En el

ambiente déi, otra ría luminosa: Luz de bombillas, luz de intelectuales, luz de mujeres. Altamarea de concurrencia. Murmullo de conversación. Oleaje de piano. Escarceo de champagne. Durante dos horas, todas las siluetas se atormentan dentro de la no flexible línea de lo solemne. Entonces, el té confiere el ritmo gracil. Té conversado, reido, mascado, bailado. El baile impera. El baile absorve. El forja empalmes i sueldas. El trenza, entre las parejas, hilillos irizados. Se ve quién se está enredando en ellos. Runrunea un avispero de charla hilarante. En el salón, en la galería, al pie del ventanal persianero, hai concreción de grupos. El de que soy número oyente i espectador se ha creado ambiente oxigenado. Oxígeno, el comentario de episodios del debate. Ante las subyugantes muchachas, los jóvenes, sus conterráneos, lisonjéanse de haber propugnado en pro del moderno avance de la mujer: —Cómo nó, dice úno, pues, la mujer lo es todo para el hombre, cualquiera superación legalista de él es una pampringada fuera de la realidad. Un segundo pondera: —Si élla fundamenta nuestras aspiraciones, es la valva que nos crea perlas, la luz que nos diseña horizontes; por lo que, no puede sernos inferior. Vino, tropicalismo turvan las mentes juveniles. Yá, úno deja ver la antena del dicho verde, de la frase desnudadora. Jorge Destruje descoyunta la eubolia, a penas, mantenida: Añagazas jurídicas. Qué valen leyes ante el imperativo del sexo?. Ah, la roja iniciación del sexo imposeso... La bella i eclosiva Sanfistevan le corrije:—Destruje, desalmado!... El apostrofado:—Maruja, usted es de las crédulas en esa mentira de alma?. Crea: nada hay más allá de las células divinas de su cuerpecito. Ella le reprocha: ¿Células i divinas?. Yá, tenemos un par de aquel: Gracias a Dios, soi ateo. Ustedes, sí, son la mentira con pantalones. Ellos i éllas ejercitan un peloteo o tennis verbal. Ellos, con el balón del gracejo. Ellas, con la raqueta de su recia espiritualidad. La rubia Plaza Icaza les copa a los coligados mozos: —Acabemos: Para ofrecer algo firme al hombre, la mujer que ame, i, viceversa, si no hubiera alma, sería el caso de inventarla. La reflexiva trigüeña Illingworth pide licor. Con la copa en la mano dice: —Ven

ustedes, aquí, algo más que gotas de alcohol, como si dijésemos células? ... Sin embargo, un algo oculto dél nos alegra e inspira. Ese algo invisible es alma del whisky. ¿Ustedes serán menos que el alcohol?. Entre los bravos i palmoteos del grupo, élla me ordena: —Usted, el silencioso, es el llamado a resolver... Yo que vivo en miedo atrazado de acercarme a la facinadora Idea-Tabú, evasivo, interpele: —Niñas, ¿qué contestará cada una de ustedes, en su caso, cuando Noboa Carbo confiese: Lily, te amo con toda la masa celular de mi soma; cuando Destruje, rendido, se manifieste con un: Te quiero, Maruja, con toda la fuerza de mi neurona i mi fluido nervioso; i, al declarar Aspiazu, delirante: Emma Meche, te adoro desde lo hondo de mi metabolismo basal?... La abispada Maruja se apresura: —Yo, con toda mi alma, contestaría: Destruje desalmado, a enamorar a las monas... Un sexteto de risas contagia al salón. Canelazo general, en whisky. La melopea de risas i piano acaba en morendo inmortal... Son las cinco. Saldré, maleta en mano, por miedo de confiarla a los mozos de cordel. I, a empujar a los conterráneos compañeros de viaje hacia el muelle...>

Soi doctor en Leyes. Caballero de paz, armado bajo el signo de la metralla, la bomba, la hélice guerrera: Precisamente, en el total eclipse del Derecho, al redondearse la conflagración cósmica histórica de la Guerra europea.

Entro en la plana mayor de la vida pública profesional, al arrimo de afamado abogado civilista.

Mi padre es el primer cliente. Sino que, médico, le chocha la novedad de mi método. Este, a su entender, entraña la tara de lo absurdo i el germen del fracaso.

Cierto, mi actuación forense nútrese de su esencia evolucionista reconstructiva i del fin profesional que entiendo se define en la tuición de la paz social por el orden del Derecho. Verdad ésto, la abogacía litigiófila está, originalmente, desorientada, prácticamente, descentrada i desvalorada. Es intruso o ha derrengado la aptitud vocacional el abogado catacaldos, esquinado chan-

chullero, atravesado. El virtualiza cierta anormalidad crítica en la zona demótica, i en la académica. Pienso que el abogado típico ha de fijar su perfilado profesional conforme a la estética i a la norma emocional de sustentador i propulsor del Derecho, la Política, el Gobierno, la Economía: ¿Es guía motorista de la máquina de las leyes?: Pues, muévala en la orientación única i por el camino coordinado sin empalmes con recodos ni encrucijadas. ¿Es portador de la Justicia en andas triunfales? Entonces, de la cultura haga su recio hombro; el pie sea sabedor del suelo llano para la marcha de airosa ritualidad. ¿Es personaje a quien atañe partir el sol de la verdad jurídica a los lidiantes?: Gane, pues, la espada impoluta i bien templada; tenga la mano blanca i firme para no macular ni garabatear en la blancura del papel estadal. ¿Es creador de leyes, de alguna modalidad política?: Si así, mantenga la frente de poder cósmico radiosa, bajo el beso del consejo i la sapiencia.

El desajuste del hombre con el tipo es frecuente en esta profesión. Ello explica las crisis en los ambientes influidos por el abogado.

En el juicio que mi padre ha librado a mi gestión, el primer trámite ha sido atraer al demandable a la área pacífica del avenimiento. Este proceder, flor de criterio dísono en la realidad ambiente, es lo que a él ha disgustado.

Pero, después de algunos casos, mi procedimiento de prudente jurisprudencia, ha ganado la chinescada de la fama.

Mi padre está en el florecer de satisfacción por mi augurioso ingreso en la vida pública. Vigoroso, aún, fórgase un paisaje verde i azul, plata i oro, en lo social i lo económico.

El cuarzo del pedernal que es mi libro, a la fricción del eslabón de la oportunidad, brota la chispa de la nota:

«Marzo... 1924—Populoso, para el Ecuador, mi país. Mi país, para el Ecuador, sapiencial. País lacustre: Es igual a eso el estancamiento, por falta de caminos hacia el mundo. Idéntico a eso, el flotar, por adaptación, por tradición, en las limitadas aguas de la literatura académica. País de doctores: Aquí, las personas de viso social, i muchas de las que nó, son médicos o a-

bogados, o sus laterales, doctores en Farmacia o Agrimensura. La experiencia de la realidad forense, en el medio, ha dado para cristalizar argumentos en esa definitiva experiencia. El litigismo leguleyesco i la criminofilia abogadil socaban, en un orden, la economía, la sinceridad de los pactos; en otro, la moral pública. Al crítico por ciento de producción de abogados, precisa sumar: el pesado i cargante funcionalismo procesal, la tarada organización de los Juzgados. Constantemente apasionado por la mejora del enjuiciamiento, la emoción optimista ha hallado seno para crear un embrión de lei renovadora. He aquí, el perfil incipiente, para el aprovechamiento venturo. Sé que se recibe en el vacío estas creaciones surgidas fuera de incubadora política. Por eso, ese embrión confío al útero de esta página íntima:

I—El ejercicio de la Justicia, será gratuito. II—El procedimiento judicial se sintonizará al ritmo sumario. . . Se restringirá la capacidad para los recursos. . . III—La Justicia será ejercida por Tribunales de Primero, Segundo i Tercero Grado: IV—Los Tribunales de Segundo i Tercero Grado, denominados Superior i Supremo, funcionarán como hasta aquí, conforme al orden procesal nuevo. V—Para el ejercicio de la Justicia por los Tribunales de Primer Grado, créase Distritos de Primera, Segunda i Tercera Categoría. VI—Son de la Primera los que funcionarán en los Cantones cabeceras de Provincia. De la Segunda, los que han de funcionar en las cabeceras de los demás Cantones. De la Tercera Categoría, o rurales, los que administrarán Justicia, desde los límites que se señale a los de la anterior Categoría, hasta los confines del Cantón. VII—Los miembros de todos los Tribunales serán doctores en derecho. VIII—La nominación de ellos se verificará mediante elección. IX—Elector será la Asamblea integrada, así: a) Los Ministros de Segundo Grado. b) El Rector de Universidad del Distrito judicial. c) El Decano de la Facultad de Derecho de tal centro Universitario. d) Los Presidentes de los Gremios de agricultores, comerciantes i obreros. El respectivo Reglamento vinculará tales gremios a estas elecciones. X—Cada quinquenio, el Presidente del Tribunal de Segundo Grado convocará a elecciones, por decreto que ha de ser publicado en todos los

Diarios locales. XI—La Asamblea electoral funcionará en días señalados, desde el primer día hábil de Diciembre hasta el veinticuatro; de modo de integrar la renovación de todos los tribunales de Tercer Grado del Distrito. XII—La elección se cumplirá por mayoría absoluta de votos. XIII—Por falta de cualquiera de los elegidos, será llamado el que le siga en votos. XIV—Estos tribunales estarán integrados por cuatro Jueces elegidos conforme a lo antes puntualizado, XV—Se organizarán en esta forma: a) Para iniciar su función, cada Tribunal celebrará sesión constitutiva. b) Elegirá dos Secretarios abogados que tendrán derecho de voto. c) Por elección de entre los cuatro miembros, determinará un Juez que constituirá la Primera Sala. Los tres formarán la Segunda. d)—Cada Sala funcionará con su Secretario. XVI—Los Tribunales de Tercero Grado conocerán i decidirán: a) En la primera instancia de causas de mayor cuantía, de la zona de su circunscripción. b) En las apelaciones i recursos de hecho i de queja de las de menor cuantía de su circuito. XVII—El modo de función se normará, en estos términos: a) La demanda será presentada, por el respectivo Secretario, al Juez de la Primera Sala, que será llamado Juez de Instrucción i Avenimiento. b) Este Juez tan pronto como conste la citación al demandado, por él ordenada, convocará a una Junta de entendimiento al demandante i al demandado, con fijación de día i hora. c) en esta Junta, el Juez, lo primero, si hubiere oscuridad en la demanda, hará constar en la acta, la forma en que se la clarifica. d) Escogitará el plano de contacto de los litigantes; los exitará al ajuste, en los posibles arbitrios. e) Se fijará con precisión los términos del reajuste; i, en la misma acta, se declarará extinguida la demanda. XVIII—De no encontrar traza de avenimiento, el Juez de Instrucción, en tal acta, ordenará al demandante consignar, en la Tesorería de Hacienda, la cantidad porcentaria que determinará: a) Tal fijación se regirá al tipo del tres por ciento sobre la cuantía de la demanda. b) Si fuere indeterminada, el Juez señalará la cuantía porcentaria, prudencialmente, conforme al valor medio de la cosa o negocio, objeto de la demanda. XIX—De haber excepciones dilatorias, el Juez

de Instrucción, las atenderá i resolverá, en la forma breve que determine la nueva ley de trámite. XX—Antes de la Junta de avenimiento, se podrá practicar: inspección ocular, exhibición de documentos, confesión. XXI—En el caso de no verificarse el avenimiento, o en el de estar resueltas las excepciones dilatorias, definitivamente, el Juez de la Primera Sala pasará lo actuado a Tribunal de la Segunda, que será denominado Juez de Sustanciación i Fallo. XXII—En el Reglamento interior de esta Sala, será sustancial esta providencia: Para el estudio, las causas judiciales serán distribuidas entre los tres miembros; i sobre ese criterio básico, el Tribunal deliberará para la providencia a expedirse XXIII—Este Tribunal, al expedir sentencia, si fuere favorable al actor, condenará al reo a satisfacer a aquel la cantidad porcentaria que consignara, i la tercera parte más de ese valor, por cada tres meses, a contar desde la consignación; si el Juez lo determina, así, a virtud de la conducta de uno i otro litigante, en el juicio. XXIV—En toda sentencia de juicio contencioso, se definirá si hai mala fe o temeridad en la Defensa. XXV—Anualmente los Tribunales de Tercero Grado remitirán al de Segundo Grado nómina de los abogados que, en su defensoría, hayan merecido tal calificación: a) Este Tribunal dictará admonición a los abogados sancionables. b) A quienes reincidieren les impondrá multa de ciento a quinientos sucres. c) Si por tercera vez constaren, en la lista negra, serán suspendidos en el ejercicio profesional. d) Serán publicadas, por medio de la prensa, las sanciones precisadas, anteriormente. XXVI—Previo estudio geográfico estadístico se determinará la extensión de la Zona o Distrito de los Tribunales de Tercero Grado i Segunda Categoría. Los de la Tercera Categoría, o rurales, serán erigidos, —uno o dos—, desde el límite del anterior Distrito. XXVII—En cada una de las Zonas judiciales de Tercero Grado habrá un tribunal Bipersonal: a) Los Tribunales Bipersonales conocerán i definirán, en las causas de menor cuantía. b) El Tribunal de Tercero Grado, del Cantón en su sesión constitutiva, determinará cual de los abogados del Tribunal bipersonal hará de Juez de Instrucción i Avenimiento. El ótro será el de Sustanciación i Fallo. c)

Estos Tribunales, con el discrimen de la mayor brevedad procesal, observarán el trámite delineado para los Tribunales de Tercero Grado. XXVIII—Juicio de menor cuantía es el en que lo demandado llega, en su acción principal, a mil sucres. Juicio de mayor cuantía, el en que la demanda exceda de esa cifra. a) En aquéllos se empleará papel del sello correspondiente a veinte centavos, en éstos, el de cincuenta centavos. . . b) La parte que sucumba en el juicio pagará a la triunfante el valor de papel que ésta ha gastado. XXIX—La citación con la demanda, en las causas de mayor cuantía, será suceptible de ser cometida a un Escribano, si el Juez lo estima conveniente. XXX—Reducida la función de los Escribanos, ha de ser reducido el número de ellos. . .

Este protoplasma biojurídico, yá, en el ambiente oxigenado de la Lei i en la estilización del articulado, rendiría estos resultados: Mayor decoro del Juez. Popular consenso en pro del juzgamiento. Prontitud, acierto i unidad de los fallos. Retractilidad del litigismo. Derrota o resurgimiento del mal abogado, del abogado malo. Segura situación para los abogados dignos de su investidura, que eliminaría el proletariado togado. Todo sumado, i, de hecho, suprimida la asesoría, produjérase, automáticamente, el equilibrio entre la producción de abogados i la demanda local. La Universidad mantendríase inmune i ramificada hacia otras disciplinas.

En otra parte de mi libro—memorándum constará la reforma jurídica—criminal. También un proyecto de legislación sobre organización, funcionalismo, responsabilidad del cuerpo de profesionales de la Medicina; i control de productos terapéuticos. . . »

Bajo el signo de la acción, poco más de diez años son idos. De un manotazo, la Muerte ha hecho un borrón sobre el paisaje en realización. Es tan reciente el desastre. No he de sacarle filo a la palabra, que ello agravaría la herida.

Cosa el trance a este relato la aguja i el hilo de mis apuntes:

«Noviembre 8—1924—Mi padre no es ya... Ayer, la inhumación de lo que él tuvo de humus... Cumpló apenas, la faena...»

Estoi en retroacción; más bien, en retroposición: ¿Qué tiene más causalidad, en esta novedad?: ¿La pérdida de mi padre? ¿El espectáculo estereotipado en mi mente, de su cadáver, irremediablemente yacente, i en descomposición? Dos manos ogrescas, a empellón regresivo, me han situado en el punto de partida de mi cavilación filosófica: Aquel, donde empalma el camino makadamizado de polvos de oro, hechura del ingeniero juventud doctorado en Norte América.

He tocado el botón eléctrico de la oportunidad i se produce la chispa de la cita:

«Diciembre... 1924—Día nefasto: Inesperada pérdida de un pleito, por causa de un abogado pérfido e inverecundo... Infidencia de un amigo —cuando me falta el único, mi padre—Me intriga una lectura que, en suma, dice que el hombre ha sido formado a lo animal perfeccionado; i que sólo resulta bestia venida a menos... Hasta mi espejo, de confidente, pasa a delator. Mostrando está la estría de mi frente: ¿Esa grieta de mi cumbre es nido de larva de muerte?... Patentízase el cadáver de mi padre... Si sólo la célula es todo el esponente biohumano, anonadante es la impotencia de la vida... Si sólo célula soi, ¿por qué, ésta repulsa a tal asentimiento, esta reacción inconforme?... A mi filosofismo se le había cortado, no se le hubo extirpado, en su raíz, las uñas. La mano se ha metamorfoseado en garra. Ella me posee... Mi hermetismo de otrora recobra llave i cerrojo de puerta de hierro infranqueable... Este ambiente, ácido de disconformidad, húmedo de pena, está orinesciendo la capa galvanoplástica en que me repujara el artífice sajón. Su poder plasmogénico pierde, en mí, un triunfo...»

Pero, New York ¿no es polarización de poder taumatúrgico a que está hipotecado el triunfo, como lo he creído? ¿No lo he propalado, a pregón?

Mis apuntes de influencia prima contestan: sí. Ese sonoro sí, hago eco, aquí:

«Diciembre 31—1912—Ultimo día del año cipo. Jalonario

es él por mi tecrianza saxófila. Delante de mí, siempre, normativo, a flor de admiración: New York. Siquiera en breve presencia i modesta expectación, creo haberla comprendido, más sinceramente, que tantos frívolos rastacueros. New York: Gran maravilla mecánica, en epifanía ante el mundo, en brazos del padre Hudson. Ciudad concebida, a escala de magnificencia. Maelstrom de dinanismo mundial. Vivero humano, en ensayo de movimiento continuo. Tela de araña comercial, tendida por toda la rosa de los vientos. Film continuo captado, en lente de aumento, bajo un sueño de opio, por artista taumatúrgico. Contenido amazónico de industrialismo. Prisma fastigio que recibe e irradia ondas i rayos al mundo. Conglomerado humano ultrababélico, superbabilónico, hipercartaginez... ¿Cuántas veces —i ésta, ótra más— mi pluma, ahita de tinta auresca, no ha podido presentar esta cosmópolis en los rasgos de aproximada netitud i cabalía?

Otras notas fijarán el detalle realista. Sea, ahora, el débil punteo siluetal:

Ambiente: Oxígeno le da la virilidad trabajadora, siempre, en omnimoda acción superativa. Clima sano, atarácico le regala el colectivimismo, no facticio; sin las destemplanzas atmosféricas de castas, religiones, clases: Confundidos, en la masa, van el millonario, la testa coronada, el pecho condecorado, la bailarina egregia, la mujer de la high life, la girl el hombre de color. Dianidad le confiere cierta virginidad política i social. En la gran metrópoli, agón de bellezas femeninas, hasta el *sex appeal* —ese perrito faldero de la criatura humana— parece sujeto a cierto ritmo. La mujer mercancia no es cínicamente mundana, como la de París o Berlín. La llamaría cándidamente mundana. Los Cabarets, qué lejos, de las seducciones i bastardías diabólicas de los del Barrio latino montmartrés, del Albert Platz germano, del Casbah argelino. Una Nila Cram Cook es caso de excepción, tal que, luego de producirse, ha de transpasar la frontera...

Horizonte: Espacio illmite de Ciudad ubícua. Cielo escupido de vaho i humos, por millones de bocas de hierro, siempre, en pirosis; rasguñado, rasgado por el filo andinesco de las habitaciones—monumentos...

Urbanismo: Ello pide la descripción libresca. Pero, aquí, mi mano escritora se mueve bajo la garra de la limitación. Casas: Máquinas de renta, erigidas en Andes de acero, piedra i cemento, a estilo cubista inicial; con raíces hacia la litosfera i sumidades enta la estratosfera. Epopeya de la raza que Babbit —Homero del oro— compone en estrofas de albañilería. Ironía lapidoacerina de los Viollet le Duk, Cass Gilbert, Frank Lloyd Writh, contra las torres de Ulm i la catedral de Colonia, contra Eiffel; aún contra Cheops, Chefren i Micerino, Gigantismo arquitectural iniciado en Monadnochock, superado con Fuller Building, Left Court National, Metropolitana Life Insurance, Amalgamated Cloth Union, Daily News, The Times, International Telegraph and Telephone Building, Pulitzer Building... Calles: Las que he frecuentado: ríos oleosos, oleosos, auríferos, hominibundos, tributarios del Amazonas bolsístico financista: de Brookling i Lexiton Avenue a Wall Street i Broad Way que hacen de New York el Monte Carlo de los negocios. I Broad Way, hoi riñon newyorkino, fue, en no remoto avatar, pobre burgo, caserío físico: Manhatam. A un extremo de la rua, hai una casa de cuatro pisos. El cuarto frecuentaba yo, por medio de ascensor —lo que era mi delicia— para el aprendizaje del arte fotográfico, como decía el anuncio: throu on ten lessons... Rada: Vía láctea de rascaoceanos. Urbe flotante. Allí, el Atlántico es monarca involucionado en superelefantina bestia de carga... Muelles, dársenas: Cráteres en actividad. Especie de feria de muestras de hombres i cosas de las cinco partes del mundo. Ergástula del gasto brutal del músculo de carne i del hierro... Aquí, el cosquilleo recordatorio de Greenwich Village, teatruco del Montmartre newyorquino que frecuentaba yo. Pero, dos lugares se abren paso en esta memoración: Conney Island, Puente de Brookling; ambos significan arte, pulsación de gran vida. Paseando en éste, dí con un corredor de los de Harlem, la ciudad negra dentro de la blanca. El me dirigió al exéntrico *store*, «Albergo del sole» del italiano que me vendió el célebre espejo que decora mi dormitorio. En Conney Island, fue donde he visto, en inverosímil traje nudista, la mujer más bella i perfecta de formas; después de la que, todas

me parecen menos... Sus gestos natatorios remantes, de arte insospechado, aún viven en mi imaginación, con sortilegio, triunfalmente brutal... Movimiento: Ruedas, turbinas, winches, gruas, cabrias, barrenos, sopletes, fraguas, altos hornos, válvulas, hélices, claxones, acero, hierro, bronce, duraluminio: todo, con alma de velocidad; rodando rielando, girando, horadando, vibrando, fundiendo, moldeando, tejiendo: en serie, por masas tonelarias, sin solución de instante, locamente, gigantescamente. Voceo, chasquido, chirrido, tableteo, martilleo, benesonancia, resonancia, estridencia: erumpiendo de la calle a la fábrica, de las huroneras para cimientos a de los domos de las casas, del sótano, del subway a el upway, de la usina a la Bolsa, del club, el casino, el music hall, el speakeasy, el restaurant, el cabaret; del dray dog a el dog yard; de la prensa, la escuela a la universidad; de esos tentáculos mundiales que son la Casa Blanca a la Oficina del Cable; del trotar de girles, flappers, cocotas, gangsters, racketers... Pequeñeces, ni en lo delictivo. Vulgaridades, ni suelo abajo. Silencio, nó. Quietismo, jamás: New York... Tiene carismas de las mejores ciudades de la Unión a está sobre todas ellas: Pitisburg, carbonosa, manchada de humo de trenes a usinas, Chicago, capital de la vianda en conserva a el gangsterismo. Boston, capital de la virtud. Bethlehem, capital de las fábricas de acero: New York, crisol de todas las fantasías, de la bohemia a el snobismo; centro nervioso del mundo... »

Esto que sabe a ponderación recargada, en realidad, es bosquejo incipiente. He ahí, el poder que eclipsara el habeas corpus de mi yo filosofante.

Entiendo que el proceso del fenómeno interior ha sido, así: Para ese yo, la civilización de Aurilandia ha sido rodillo objetivista, almohada cloroformizada, técnicamente. A la muerte de mi padre, hai sísmica reacción. Volcado el rodillo, la prensada intimidad resurge. Al estremecimiento, el durmiente despierta.

El señorío materialista yanke no ha alcanzado, en mí, el triunfo del make up. I, de nuevo, me gana a su poder la cavilación ultrafísica.

Mas, si la inquietud está incorporada a mi intimidad pen-

sativa, por función de asimilación humana, también, lo está a mi acto la emoción dinámica para la obra: La cultura euroamericana me ha inertado el amperio de su genial energía. Pueblo vital ése: no es, en modo alguno, simple conquistador del éxito bruto. En el cobro de pasos adelante del mundo actual, es mucho el haber de él. La levadura estético espiritualista, que en su masa late, alcance poder panificativo, i la Unión Sajona llegará a pueblo espécimen. ¿Porqué, este translúcido Pueblo mantiene su experta curiosidad incontrastable, orientada, sólo, en la proyección que se de tiene i acaba en lo físico? El ha de advertir que el progreso material no se basta a nacionalizar un país; ni es capaz, por sí sólo, para crear i lograr que se intime el ideal de la expansión cultural porvenirista. Su mismo gigantismo potencial índice es de su insaciedad de bienandanza unilateral.

La cita de mi libro cae, verticalmente:

«Junio. . . 1913—De espaldas a mi admiración por Saxoamérica, pero de frente a la verdad, he de recoger, aquí, el dato guaidor: Un crítico musical define que Norte América, musicalmente, está en el más bajo nivel de la marea. . . Tras del fracaso de Cuba, para los españoles, la Condesa de Pardo Basán abofeteó a Yankelandia. Al llamarle vil pueblo de tenderos, lo condena con el milenario criterio de Aristóteles, que, de su Estado ideal, exclufa a los artesanos; i con el de Xenofonte, quien declaró: las artes llamadas mecánicas son naturalmente tenidas en mala reputación en nuestras ciudades».

Lo raizal de la vitalidad de influencia yanke i lo cuantioso de su señorío indicados están en el rasgo de mi memorándum que, el caufín de mi proligidad acopiadora de datos personales, suelda, aquí:

«Enero. . . 1925—Al empellón trágico de ese Noviembre del año anterior, mi pretérito, yacente, se hubo levantado. Andando, de frente, ha dado con la actualidad, producto de la reeducación en New York. Al encuentro, se ha compenetrado de lo que ésta tiene de sustantivo. Así, la Experiencia ha magistralizado. Se estilizan los capítulos para el renovado vivir. Muestran la calidad i el espesor de la capa sedimentaria experiencial las au-

tonormas que enuncio, aquí: A la adveniente energía modeladora, recibirla, discretamente... Detener, en el pórtico, a la emoción que golpea; en tanto dura la emoción prima de la fascinación inicial... Una influencia nueva que, en mi intimidad pensativa no instila vitaminas, no sedimenta satisfacción fija, no es potencial capaz de crearme apetencias sustantivas. Tampoco es digna de regir las que ha creado el interés anterior... El pensamiento, en su gesta filosófica, o de arte, ha de alertarse nó, supeditarse al imperio utilitario ficicista... El Tiempo es criatura de orden trascendente: Aprovechar su ritmo integral, eso es vivir... Para ser maestro de sí mismo i de otros, poco es la sapiencia teorista; no basta la nudamente práctica. Precisa el cultivo integral de la Vida, en el propio yo... »

«Setiembre... 1925—La influencia practicista ha sido decisiva para el ejercicio profesional: Mi actuación ha cobrado prestigio. Sino que estoy en contagio de la vieja epidemia de literatura forense. Descontento de lo pesado, cominero i pringoso de mis escritos judiciales, he de practicar literatura, en culto a las Letras i a la estética del idioma. Mi primera labor ha de cursar sobre la propicia ocasión que da el reciente episodio campero, de ensayo socialista, en la Hacienda de mi tío. En la grafía literaria, gufeme, como en otras modalidades, el sentido revolucionario eufórico, muy mío. Lo nuevo, lo recién nacido me incita, me gana. ¿Lo viejo? En lo clásico, lo fundamental es respetable pero hay formas i usos que se despetalan de caducos; preceptos hay que ha de aceptar la obediencia rebañega. Para ejemplificar, salta el caso detallesco. A pretexto de eufonía, es de rigor sacramental adaptar al sustantivo femenino, del que es letra inicial la a —¿el a?— el artículo contrario: que es como adaptarle pantalón gramatical. Todavía, el arbitrio es minucia, pues, se concreta al artículo, con preterición del caso de concurrencia del adjetivo, del verbo. Se teme, se evita el hiato en: *la águila*; ¿por qué nó, en: *esta águila, va andando, la avergüenza, la avanzada*? El hiato, mero accidente prosódico, al fin, bien se puede rehuir, interponiendo la oportuna imperceptible pausa; con respeto de lo sustantivo que es el género gramatical. I si tanta es la porfía

eufonística, dígase, —como lo hacen el francés i el italiano—: 'aguila...'

Mi complejo íntimo es nudo de ramales cordilleranos: Mentalidad en crisis de Verdad. Acción disciplinada. Lo distintivo de mi yo reeducado es el dinamismo. Aún mi inquietud intelectual cobra alas i tenaz curiosidad actuante. Sé del timón i la brújula de la experiencia. Con la hélice de la audacia, yá, es posible el paso sobre el Atlántico de la Duda.

También, mediante la pedestre rueda del interés, el logro utilitario puede cristalizarse en realidad humana.

Dan ambiente a la rosea entrevisión de élla: mi trabajo profesional, los negocios confluyentes. Yá, mi defensoría i mi asesoranza son requeridas. Se bizarrea la militanza académica, en servicio de acción, de ética, de pluma i puño si acaso. Desaparecidas ciertas aristas de inconsistencia, inseguridad i poco saber, la línea de mi auge público se redondea.

Cuña, bajo golpe impulsivo, se abre paso, aquí, mi memorándum:

«Enero... 1930—Empezada por mi padre, hoy, he cumplido la liberación de la casa de mi madre i la firma de mi tío, vinculadas al pago del costo de mi viaje a New York. He cerrado líneas de proforma, para la adquisición de un pequeño fundo. Se ha presentado, en un Diario, la póstula para mi candidatura a Representante legislador, que, há cuatro años, rehusara por saberme impreparado: ¿Tres besos de la aurora de la buena ventura? Eso, para un lírico: ¿Tres espaldarazos de caballero armado de la suerte? Con eso, a un cabalista. ¿Tres saltos felices, en la cuerda floja de la *lucha por la vida*? Talvés, i eso, ¿hasta cuándo será llamado, así, i no, más bien, adaptación, armonía por la vida?»

Sólo mi modalidad social se maneja retrospectiva: El criterio local es, todavía, corto de dimensiones sociales. No se diluye, en la masa, el yo de cada quien. En mira a despistar la censura, busco matiz al retraimiento hogareño. Es intermitente mi

concurrancia a los salones i otros lugares conspicuos de recreo i diversión. Bajo igual ritmo, cursa mi vago de prima noche. En el hogar i fuera, mi compañía obligada es el clásico amigo. Quede, aquí, en alto relieve, el recuerdo de él. Undaonda es vástago de distinguida cepa de transplante, nada prolífica. Garrido, durante su soltería, se le abrieran puertas de oro. Hiciéranle de llave maestra su lúcida intuición médica i su sano humorismo de excepción. Bien demostró la rara capacidad de capitalizar el dón hilarante para rendimiento de aceptación social. Gaje i peregrino, es poder imantar corazones, en condición de pleni-potenciario del chiste i el epigrama. Así, es conjeturable el cómo haya llegado él a emparejar, matrimonialmente, con joven agraciada, linajuda i rica. Rica, según el logaritmo de las fortunas lugareñas. Aquí, no raramente, el mozo libre que algo posee i el casado con mujer de haberes, malgastan dinero, juventud i tiempo, en impunidad que sorprendiese a un yanke. Tal es el caso de Undaonda. El patrimonio de la mujer, en manos de él, agua vertida en tonel de duelas mal ajustadas, por resecas. Después de pocos años así, élla lo desplazara, dejándole a la sombra del muro de contención de la exclusión judicial. Situación de calle libre, fácil a las pringues, que él las oculta, en el oportuno pliegue de la reserva i el respeto social. Su ajuste conmigo no balda mi perfil. Fuera de que, no es él quien impone su influencia; ni yo, el que la obedeciere. Mas bien, su optimismo hilarante es placativo a mi zozobra intelectualista. A él, nunca, han torturado esos interrogantes metafísicos. Nada filósofo, médico, además, trata a la célula, como un todo de irrestricta capacidad biológica humana. La neciencia del cómo i el por qué de ese poder no empece a su jocundia.

Al mentar a Undaonda, la Oportunidad extrae del fichero de mi libro fichas blancas i negras:

«Octubre... 1908—La Universidad, Duna: Nos ha bifurcado a los colegiales coévicos. Siete colegas se han enrolado para la profesión médica, Undaonda inclusive. Los más, estudian Leyes. Un grupo de los nuéstrs, en charla de primer día lectivo universitario, ha fijado motivos de observación. Los que han

cuajado en elisé, éstos: La nuéstra, nó, Universidad, es una particularidad. . . Colegio grandote, de pantalón recién bajado. . . Troquel de envés i revés: por un lado emergen piezas con el exergo, «médicos»; por ótro, con el de «abogados». . . Las energías más vívidas del colegial son prenuncios de la elección de carrera. Colegial avispado, ardido, granable en la vida pública, generalmente: candidato a abogado. . .»

Febrero 5—1930—Miércoles, color ceniza, olor i sabor de lo mismo. La Ciudad, supersilente, extrasucia de Carnaval. En esta sazón, las familias más notables fugan a sus campos, para desahogo más ingénuo, o, en evitación de lances i gastos de ocasión. Mi pequeña granja dehesa ha sido, para mí, paralelo de eclipse en evitación de impolíticas, sucias, descaradas vulgaridades i sórdidas bambochadas. Pero, pude solazarme, decentemente, con bellas amigas. ¿Para esto, me ha perjudicado el ser tan sumulista? Siempre contemplo los finales de las cosas a emprender: l el fin de fiestas carnavalescas, decepcionante, —tal el de este día—, amordaza mis ímpetus juveniles, frente a lo meramente frívolo. Estoy meditabundo. Irrumpe Undaonda. Comparece hecho una facha, en perfil de caricatura, en el borrón de lo anónimo. Cabeza, cara, abrigo, emporcados con mixtura cochina de ingredientes carnalescos; donde, lo menos repugnante son los polvos polícromos, en capas i subcapas. . . Bárbaro, me dice, tus carnales, tontos. . . Los míos, yá, lo ves. . . Las pullas son una pirotecnia. El mismo está en piroalcoholización: Con desenfado declara, en su técnica, estar en delirio *a potu nimio*. Me flecha a interrogantes: ¿En qué se parece el centro glúteo de los hemorróidicos a los labios de las niñas chic? . . . No atinas, Rascacielo? En que úno i ótro usan rouge. . . ¿En qué se parece una hetaira al Carnaval? . . . No das, Clavocuartal? . . . En que el contenido de ambos es triple: demonio i carne. O, si quieres, en que una i otro se producen en tres días. Ve: el primer día de la coima es de coquetería; el segundo, intriga erótica, de alta Banca; el tercero, placer barato; después, ceniza. . . ¿No sirves una copa, Psicómano? . . . Me narra sus aventuras carnalescas. En cierto banquete, un legista le ha preguntado: ¿Qué es

punto geométrico? El:—Punto es una línea en cuclillas... Digo mal: punto es un escondrijo de abogado. En otra reunión de circunstancia, un amigo de ídem le ha interrogado si es soltero o casado. El, incontinenti:—Soltero, por la soltura; casado, honoris causa... Una copa de Carnaval, i te hago una última pregunta; si bien eres tãn atragantado... A ver: ¿en qué se parece un aparato de radio al niño que acaba de nacer?... Pues, en que uno i ótro tienen cordón umbical... >

Tres décadas del siglo XX. Siglo portaluz. El de las sorpresas científicas, utilitarias, históricas. ¿Es motivo para aspavientos ser un veintecentista?

Todo valor, en prestancia de actualidad, confluye en esto: Ser inventor a posteriori; yã que nó, ex nihilo. Ser hacedor de dinero, por creación o por continuación. Ser ganador de prestigios políticos, sociales estéticos.

Pero, ello, por sí sólo, sin un substratum de perennidad, no explica el afán de la vida. Si ésta cargada está de dinamitu de pedimentos exógenos, lo está, i más, de interrogantes íntimos.

Así, a esta altura de siglo XX, se justifica este abrirse el ángulo de mi emoción, en rebeldía filosófica, en proyección indeclinable de descubrimiento? ¿Que soi un buscaluz engurrioso? Ambular, en el tunel de la Duda, a tientas, con el férreo regatón de la investigación racional es acto vital de perseguir la luz i la respiración. Lo que hago yo es cumplir un cargo de vida: Abrir las ventanas de la Idea a que penetre la Verdad. Comprender ese cargo. Ser experto al agujijón de la responsabilidad racial. ¿Qué criterio racional califica de achaque psicósico este buscar la ciencia de saber lo que se es de fuera hacia dentro, de adentro hacia fuera? ¿No es, más bien, estar acondicionado en la posición saludable que significa el *si dubitat vivit* del grande iluminado africano? Si descabezar la Duda a cuchilladas de luz no estuviere dentro del espíritu veintecentista, Siglo sería éste sin

solvencia histórica trascendental.

Eso sí, antes, mi ansiedad ideológica era algo pasivo, triturable, puesto al borde la muela molinar del fracaso. Mi pensar nuevo, bajo la lección sapiencial de la cronófila América sajona, es curiosidad activa, inquietud acometedora: Muela, capaz de triturar la Duda.

Busco mi valor entitativo, el valor Hombre:

En mi intus, junto a una fragua i un soplete, hai un activar de obra, a crisol, yunque i martillo.

Pero, esta duda mía es algo, en sí? O es mi escasa permeabilidad intelectual la que, ocluyendo el paso a la luz, causa este vivir en tanteo, dentro de oquedad penumbrosa? Si ésto, quíebranse las leyes experimentales, acerca de ciertas líneas antropológicas auguriosas. Por algún tiempo, he evitado la habitud de la autoinspección especular. Bajo el embaucamiento del minuto, he desvendado el espejo. He aquí, que mi cabeza se destaca, así: Triángulo, abajo; trapecio, en la base superior. I a tal geometría facial atribuyen claridad intelectual las observaciones fisiognomónicas. Esto no conlleva narcicismo. Es sinceridad que, ignorándose a sí misma, hace autocrítica estudiosa.

La asociación mental cose retazos de recuerdo con hilos de filosofía:

Mi mesita de noche tiene un algo vivo —no cajón— mano que contiene mi archivo íntimo. A mi querer, tiéndese esa mano, abierta. Me ofrece un lío de papeles: ¿Esto es alguien dormido en hipnosis, bajo la acción de la idalina del tiempo? Porque, siento un palpar, Las dos lazadas de cinta azul, ojos en deslumbramiento, parpadean. A la luz de la ampolla eléctrica, ese algo se despereza. La emoción hace de escalpelo, para la vivisección. De la entraña efluvia perfume que, a distancia de tiempo, el sentido reconoce. Sorpresa de biopsia: Tarjetas, misivas con improntas doradas, ramitos de flores... Un retrato, en gracia de tabú, protéjese, dentro de papel de cristal: Linda la pre-nubil... ¿Es posible que esta imagen corresponda al esperpento que es, ahora, Sibila de Barriga, la viuda? Junto a éste, mi retrato, a los catorce. Esta estampa i la del espejo se enfrentan: El

cuerpo floral que acusa la foto vive en la frescura de la virginidad mental traducida en ese rostro. El actual, vive en la fuga, como *affiche* caricaturesco: Frente violada por cincel hiposo de ironizar, a garrapatos. Debajo de ese plafón, en la comisura de ambos luminares, nó, del todo efusivos, gallo invisible escarba, tomando esos ojos por almendras. La muela farinífica del Tiempo empolva, irremediadamente, el cabello... Este espejo fuera, para mí, tal la linfa del meandro que, copia al árbol pomposo de pie a copa. Ahora, bufo, me exhibe, en caricatura otoñal... Está resuelto: El espejo es mi enemigo... Abajo, el espejo!...

Impulsado yo, como en exabrupto, lo he desplazado de su capitalidad: Queda mal parado, en esquinal anónimo de la alcoba: ¿Este a modo de tic psicomotor revela mi malparamiento fisiológico? Pero, en realidad, ha sido el rebote de derrota de un narcicismo de especulación curiosa; tanto como del subsecuente propósito abstencionista de la visión especular. Como quiera: La confesión está hecha. El interés que emociona estas líneas es el de la diafanidad de esta historia.

Siempre, andando el tiempo, mi preocupación filosófica profundiza raíces. El detalle confesado rinde, a la hora, abono en la datología sindrómica de los facultativos que estudian mi caso. Porque ellos profan en tratarlo, dentro de la casuística, simplemente, patológica: Psicose pura: decide el fallo. Entendido que, para los doctores, la voz técnica *psico* no significa algo que no ocupa espacio; distinto de lo fisiológico, de lo fisiológico; lejos de lo que es llamado psicología genética. Psicose, para los doctores, se limita a designar desorden cerebral, escuetamente, en cuanto órgano fisiológico. Por eso, a efecto de raer mi pensatividad torturada, el recetario: Prunier, Fellows, i tantos mejunjes terapéuticos de barato ensayo i hasta tópicos. Con premisas diagnósticas equivocadas, se intenta llegar al éxito por la calleja del fracaso. La clasificación misma que da la semiótica de ellos, es un tanteo en la sombra: Neuropatía... Neuromelancolía... Lipemanía... La enfermedad de esta última denominación necesita de *suelo*, que no lo es el temperamento acerino mío. Lo saben ellos: La lipemanía es de origen cenestésico. I, en mí, no

han podido señalar: herencia, fatiga corporal, autointoxicación. En mi cavilación filosófica, no descubren: obsesión ideática o apraxia ideatoria. Si no hai psicopatía funcional, ni constitucional, su desconcierto es básico. Cómo no ha de serlo, si la realidad objetiva es ótra. Nó, un pre-estado de soponcio melancólico ha causado la cavilación. La precavilación me ha creado un estado de descontento con proyecciones de insatisfacción de cuanto se ofrece tentador en el ambiente circundante.

Ciertamente, la ubicación preferida del hombre es en la zona utilitaria de la vida: La acción, para el dinero. El dinero, para el lujo. El lujo, para la boga i el placer. Pero, la no adaptación plena al proceder colectivo acusará una individualidad de excepción; nó, precisamente, una anormalidad enfermiza. I ¿no es logro humano la tenacidad descubridora de la Verdad? La idea, lo idealista comporta alta utilidad, se refleja, se instila en lo netamente útil, lo adecenta. Más, significa lo real necesario, dentro de la Biología racional.

Que, entonces, el mío es mal nuevo, innominado? Válbulas de escape a la insuficiencia.

Cierto: la salud elabora, o rehace la naturaleza, nó, la Medicina. Mas, ésta, así, con límite de fin—remover agentes turbadores del proceso biológico— i pequeñez de objeto —el cuerpo—, disciplina es, inmensamente complicada. Sino que, —al menos, entre nosotros— le falta el tratamiento integral del hombre, en la relatividad a cargo de la Medicina. La biofisiología no es un quid aislado. Lo influencia —eso es lo que espero descubrir— un mundo superior. La medicina apsíquica, —o si se quiere, el médico apsíquico— añade, en alto por ciento, causas a las deficiencia, mientras no se acerque a la experiencia de esa relación. El médico típico ha de conjugar todo el saber físico, químico, biológico, psicológico i social en relación al enfermo, para concebir el diagnóstico.

Pero, hai Psique?

Todo el vigor de mi vitalidad floresce en este interrogante. Que soi, un monoideizado crónico, un irremediable irredento de una turbación mental?

Mi familia, mis amigos lo niegan, prácticamente. Sólo que, los medios puestos en emoción no condicen al salvamento esperado. Ellos preparan, improvisan, explian oportunidades de distracción, ad usum Delphini. No empece a su designio que el mismo magno viaje, si quitara filo, no ha eliminado punta a la hoja de acero de la Inquietud que me penetra.

Del árbol o arbusto de mi libro, caiga, aquí, al tajo de la ocasión, este gajo de citas:

«Enero 1—1932.—Año Nuevo: Mentirilla convencional. Todo año es viejo, si no es cipo—luz que, en el camino troncal, señale un puesto de avance humano, i enfoque un reflejo en lo que hai de andar hasta otro jalón. Año más viejo, éste: porque me aumenta úno: Mis años son cuarenta i dos: ¿Cuarenta i dos ceros? ...»

«Abril 7—1932.—Tal es mi actitud aparente —quien más benignamente la entiende, la califica de murria—, que se me ha fijado de coeficiente un médico. Hoi, él se ha encocorado, por llamarle yo de Arte a su profesión: Yo, enemigo de los médicos, si los tienen de la valfa de un Moliere, de un Montaigne, de un Rousseau? Rousseau definió: La Medicina es un Arte que pretende mantener en pie a unos cadáveres. La Medicina en cuanto es intuición, empirismo, aplicación de experiencias, merece el cogno-mento de Arte. Ha nacido en el hogar. La madre, el protomé-dico. La medicación analgésica, por medio de hierbas, señala el arranque inicial de la medicina i la farmacia: Por eso, los grie-gos personificaron la Medicina en los rasgos femeninos, los de Pakeia, una de las hijas de Asklepios.»

Marzo... 1922.—A ocasión de onomástico, en la casa de un amigo común, recio cruce de palabras con un médico, mi contemporáneo, ha dejado huella en mi pensar. Al observarle que el abogado, para estampar un escrito o mandato de alguna gravedad, examina su Código, medita, consulta. En tanto, el mé-dico en materia de salud i vida, sin apelación, en atrevida lige-reza, emite la descarga eléctrica de su Recipe. El me ha contes-tado, en remate: —*Hombre, todo no es sino hasta matar el pri-mero*... Ello ha causado que idee una lei de control i sanción

clínico terapéutica. ¿Por qué nuestros hombres públicos, nada han barruntado o creado en tema tan vital? En los polvosos archivos judiciales estratificada está la gesta del abogado. El abogado vive bajo la pátina del papel sellado. A través de esos archivos, es conocida la conducta profesional, la penetración jurídica, la sabiduría vasta de un Borja, Peñaherrera, Ponce, Bustamante; de un Baquerizo, Tamayo, Carrera, Arroyo del Río, de un Bravo, Parra, Vázquez, Coronel, Torres Alvarado. Fórgese la obligatoriedad del archivo médico. Allí, diariamente, constarían: desde la etiología i el diagnóstico de cada enfermo, por el proceso curativo, hasta el resultado final. Qué estímulo, para el profesional. Cuánta enseñanza para la práctica del novel i del aspirante».

«Abril 16—1932.—Tres invitaciones, para un banquete: Se advierte el manejo subterráneo de los míos: los de casa i de fuera. Es un festival de largo cartel. Sintonizan tres motivos: Pascua, cumpleaños de la señora invitante, nupcias de su primogénita. Anfitrión, el «rei del chambergo de toquilla»: Aquel ductor que me encaminara a New York, veinte años há. Ahora: as, número uno, cien por cien de un clan de industriales del inauténticamente, llamado «Panama hat». La señora ésa, su mujer, es dama bella, persona de altura, de largo abolengo, en la nobleza blasonaria del lugar. Esta suerte de sueldas matrimoniales, más i más frecuentes, prepara la inconsutilidad democrática del país. Ricachos de sangre ferruginosa conyugan con féminas de sangre, más o menos azulencia. El caso contrario, no es infrecuente. Esto, a parte, el festejo promete excepcional rendimiento de mundanía pascual. Fenómeno raro: me advierto ágil para el entrevero. La tercera cartela es de una hechicera parienta lejana: me pide sea yo su compañía, desde su casa, para la concurrencia al festival».

Ea, sea!... Se quiere que salte sobre el abismo de mi perplejidad: Para tal esfuerzo se pone, en mis manos, un trampolín de ramas de rosas.

Todo moderno, la casa de la fiesta es de tres pisos, estilo yankelandia: Estas suntuosidades son las que hacen de descargas de gases lacrimógenos a la sensibilidad del proletario, donde los hai. Aquí, pobres atendidos hai. Masa desnuda, sin cobijo ni

pan, nó. La simplista curiosidad populachera, sin pena, ni rabia, más bien, gustosa, se dá la mano con la opulencia lugareña.

Las ocho de la noche. El amplio salón es continente de asistentes, en polícroma edición de lujo. La cara de ellos, programa, a letras luminiscentes, de aspiraciones i exigencias. Abundan grupos de conversadores. Yo, simple aparato receptor. El susurro, sumado me intriga en interrogante de acertijo. Ha durado una hora larga el murmullo previo a la tempestad letífica. A que ésta empiece, ha hecho de rayo la conyugadora bendición eclesiástica. En ringlera de automóviles, del templo a la casa. Aquí, de entrada, en el salón, hai un pequeño maelstrom, enta la pareja recién editada. Presentaciones. Exultantes coloquios augurales. Musitaciones epigramáticas. La novia es sol del salón estelar: Los padres, orgullosos de ella. El novio elitesco: grita *eureka... evohé...*, en el chaleco blanco i la alblsima corbata; reverbera, en su espejarse en los ojos de élla; esponjase, nimbo, con la mitad recién incrementada, a suelda autógena. Mejor que los oros, las gemas, las sedas, los linos que esa mitad carga, canta, epitalámico, el trigüeño de su tangible doncellez. La integridad, toda florida, de élla pide tijera, pide hoz. Su nubilidad está de puntillas, para dar el salto mortal. Su virginidad: cartel izado, donde todos leen un anuncio. La princesita media sangre, de esa dinastía del Chambergazo, esta hechicerisca, en su mejor, en su hora impar.

En pos del champañazo, rayan, en el oriente de la ilnsión, lindas i cordiales mujercitas. Las hai para cada gusto i para cada capacidad social. Entre éllas i sus garzones, el vino cumple su primera faena acercadora. A buen andar de la diversión, soi, todavía, zaguero de excepción. Columbro que hai conjuración de algunos i algunas, anhelosos por amasarme al gozo colectivo. Estoy bajo una persuasiva tenaza, mitad de jóvenes, otro tanto, de provecos, Entre ellos, la novia misma i su padre. Desde yá, no soi deliberante. Antes de media noche, me he superado: Diapasón del buen humor. Pareja preferida de expansivas bailadoras. Termómetro del clima alcohólico. Hasta, índice de la charla.

Indudablemente, la conjugación del amar i el beber es cabal. Todos los elementos del regocijo están en desate de su capacidad rendidora. El sembrado i bien regado terreno de la sensibilidad erótica dando está el ciento por uno. Mozos desbordantes. Mujeres pimpantes, improvisadas geishas, estimulante social de ocasión. Estimulantes de mesa i cantina, cornucopialmente. Galerías elisíacas. Escorzos de esta i esotra pareja, perfilándose en actitudes unciosas, sobre violentos contraluz.

Tres veces, luz. Tres veces, música. Tres veces trajín de baile, de citas, de encuentros, de gula... Más, yá no alcanzo a descubrir...

¿Qué hora es? Los grupos i el ambiente ofrecen el paisaje vago de una bambochada, a tinta escarlata i pincel criollista. La noche se ha detenido en el ritmo inconsutil de la cordialidad gozadora. Que sea cualquier hora... Que no haya relojes...

¿Cómo he salido? La calle, soñolienta de silencio. Las casas, con sueño i tiritantes. Este hálito de hielo hace de primera cura a mi pirosis postiza. Mi casa no llega... ¿Ambulo sonámbulo, o estoi quedo?... ¿Esto es mi casa?... ¿Se me han encasquillado los ojos?... Mi casa, nunca, ha dado vueltas, así, en torno mío... ¿Me siguen, sonífico, el piano i, martillantes, la radio i la murga?... O llevo en mi cerebro, un instrumento irrestañable de tangos, shimis, yaravies, sanjuanitos?... Lo que abro es la puerta de mi alcoba?... ¿El conmutador?... Luz!... Un deslumbramiento... ¿Toda la luz ha absorbido aquel insolente espejuco?... ¿Espejo, o sargentón que desafía a su general; después que éste, de una botetada, lo plantara, allí, en arresto definitivo?... Helo aquí, copiándome, de cuerpo entero: imagen estropajosa; movida, histriónicamente, por los alambres titerescos del Diablo—Alcohol... La boca, en rictus hipante. El cabello, nidal de serpientes en fuga. Levanto los mechones. Veo, más patente, mi comicidad. Este mamarracho absurdo soi yo?... Es un vértigo... Abajo el espejo!! Mi diestra está enarbolada. Cae

gencia; i, en tanto, llamado el oculista de afición. Este es traído, al punto. Detersorios, restañantes, astrigentes, sedativos, anestésicos, antisépticos, vendajes: así; varias veces, en este día. Al siguiente, el oculista diletante, de entender que sólo hace de puente levadizo, niégase al interludio. Estoy abandonado. Un tormento, la espera. . .

El oculista de la espera, de arribada, directamente, acude a situarse a mi vera. El, a favor de su lupa, ha observado, técnicamente, mis ojos. Define: No hai incógnita que larve la diagnosis. La voz del artista oculiflogo es solemne, tajante: El ojo izquierdo está transfijo con una arista del cristal especular. Esta, a través de la pupila, ha perforado el iris i se ha situado, si no falla mi examen, en el cristalino. Definitivamente inutilizado, más aún, por la extracción que urge practicar. Algunas briznas, sin duda, han atacado el ojo derecho. Con éllas, en el lapso de la tardanza de atención, el párpado ha hecho de lima en la córnea. Según los datos suministrados i el examen, este ojo ha adolecido de un glaucomo inicial desconocido. . . Yo le interrumpo: Un sabio técnico newyorkino barruntara que el ojo derecho ha padecido vicio original de refracción. Que, el abuso del tabaco determinara una neuritis axial; de donde, la derivación a la hemeralopía. Percibo ténue risa del profesional. Quizá, yerro, le digo; pero, tengo el informe escrito. El médico, tras de ambiguo silencio, sentencia: Hai un mínimo decimal de posibilidad de salvamento de este ojo. La experiencia de pocos días lo dirá.

Larva muerta, esa esperanza. Noventa días: negro pizarrón de tiempo. En él se ha graficado la cifra millonaria que resulta de multiplicar mi martirio fisiológico por mi decepción anulatoria.

Herida del ojo, alguna supuración de la cara lacerada, eliminadas han sido. ¿Es ello haberse curado en salud? ¿O, netamente; es estar curado en muerte? Si mi cuerpo ha perdido los puntos de contacto de claridad por los que se comunicaba con el mundo, interfecto estoy. Deslucida, la frente; borrosa, la mejilla; eclipsado, el labio: harán de frontis de necrópolis en noche: Fachada, donde se han apagado los dos únicos posibles focos de

alumbrado Iluminar.

Callo tantas queiebras de mi nueva condición. No comento lo que, para mí, significa el paro brusco de mis arranques activistas. Silencio sobre el tremendo desgarramiento de mis aspiraciones aventurosas: Como, en el trato común, en el sufrimiento, soi, brutalmente silencioso.

Pero, el mundo físico no lo es todo?

Ese mundo, para mí, está perdido. Entonces, ¿qué es ese algo impreciso, sin embargo, real que me imbuye esperanza, que me habla de vida?

Lo irremediable irrumpe en resultancias inesperadas. Proyección de energías en reserva. Proyección de ímpetus rampantes. Reacción de las fuerzas en descanso obligado: Una virtud cósmica algo está creando. ¿Qué es... de dónde... por qué, esta reviviscencia, esta vivencia recién nacida? El cuerpo está en déficit: ¿quién es el que recompone esta liquidación bancarrotista? Alguien, lo juro, socio inaparente, acude, con trapacete áureo donde, siempre hai cifras de logros. Acorre al fallido, provisto de talonario en blanco, indeficiente, con giros a la bolsa, siempre millonaria: la Esperanza al ensueño, al amor a la gloria. Lo juro!: alguien inexhaustible, recio, de poder cosmogénico, allá, en mi intimidad más íntima, trabaja un mundo.

En mi interior, antes desconocido; yá, en revelación, todo está enmilagrado.

Netamente, evidénciase el fenómeno sumo: Creación.

I el primer día, la Luz me inicia en el espectáculo de eclosión de horizontes ultra.

I el segundo día, la Acción me emociona a superar el espacio, hacia donde es posible descubrir el secreto de las cosas.

A flor de calligine, un nuevo criterio raya en aurora. Antes, he conocido lo existente circundante, en su epifanía espésciosa. La apariencia presustancial empecía la verdad del sér. Las cosas están vestidas de sombras densas, en más o en menos.

Una tras ótra, de ese indumento, las despoja una mano cósmica: Bien como para incitarme al folgamiento en esa mollar desnudez.

Todos, i con éellos yo, hemos tratado mi ceguera de mal.
¿Qué es Mal?

La Verdad está echando mosto fermenticio de nociones, en la alquitara de mi meditatividad. —Lo de antes fué un meditar?—El fuego lustral de la nueva inquietud emite calorfa técnica. Lo esperado: que el rendimiento sea alcohol absoluto de certeza.

I ello es tal como si la Luz, al besarle en la frente al ciego, le prendiese un foco iluminante. Qué minutos los que al beso siguieron.

¿Mal?

Fenómeno dísono con el orden absoluto. Orden absoluto: la verdad. Verdad, es Justeza, Belleza, Bien. El hecho humano en alguna forma de conflicto con el imperativo trino: he allí, el Mal, criatura del Hombre.

El progreso decadentista de la célula es proceso dentro del orden ífísico. Daño del cuerpo —su mismo daño máximo, la muerte— es fenómeno de verdad biológica: no es Mal. La pérdida de mis ojos ha llamado de mal un derrotismo simplista: Ese primario criterio que no se da cuenta que, allí, donde ha caído un alcornoque, se puede plantar arbol de pulpa esculturable o de rama frutecible.

Mi pretérito veo, ahora, como un no ser. Estoy, entre el no ser i el ser.

Esto, donde empiezo a entrar, es mi Eldorado?

Dicho, torpemente, deficiente. Es la penumbra, entre la máxima ignorancia i la luz estratosférica de la Verdad. Se adivina hallazgos: Lo nuevo de la realidad, lo viejo mendaz de la antigua visión.

Lo inquirido, antes, ha sido búsqueda fuera de foco i de punto de mira. El por qué de aquel tanteo divagatorio está des-

pejado. La Luz, a través del medio de mi anterior visión, a penas, dejaba pasar sus energías, en *caloría gramo*. Para ver las cosas i verme, he salido del medio i de mí mismo. Desde el mundo de las esencias, empiezo a ver. Está, rota la acordación, entre mi conflicto interior i las ásperas voces del mundo de los convenidos i las prefiguradas. Yá, es esperanza buena poder llegar a una síntesis vital.

Mi ceguera es esto: Apagamiento de la luz de gas que mostraba superficies. Encendido de la ótra. Cerramiento de ventanas hacia la feria del color, de la blandicie, de lo inmedia-to. Eclósion de un fragaluz sobre el más allá.

Fluyo, en i por esta cura de soledad.

I, tñ solo. Mi tño está enfermo. Mis amigos... ¿Qué es la amistad de un ciego?

Soledad: ¿i, mi madre?

Mi madre, desde el nuevo miraje, ha cambiado, entitativamente: Personificación del amor tutelar. Sér depurado, evadido del inferior plano del sexo para categoría extrahumana. Yá, para mí, la mujer que es madre, ha dejado de ser mujer i es alguien que estiliza, para gloria de vida, la claridad i la ternura a lo divino.

Fuera de mi madre, estoi, a solas, enta lo desconocido maravilloso. El debe i haber de relaciones sociales ha sido liquidado. De saldo único, un pajecito sastre, humilde adoptivo de mi madre. El es coeficiente obligado de mi invalidez locomotiva. Trabaja en el pequeñín gabinete contiguo a mi habitáculo. Allí, cose, canta, silva, cuando no lo necesito. Cuando sí, me lazarillea, o me da lectura.

Más que compañía, prolongación mía son la máquina de escribir i el piano. Antes, cada uno, cosa útil; más, nó. Después de algunos meses, la urgencia bioestética me facilita el señorío de uno i otro teclado. Vida sobre las teclas de marfil: Ejercicios de técnica: armonías, arpeggios, escalas cromáticas, tónicas.

i diatónicas. Repaso de composiciones sabidas, de fragmentos originales. Sobre el otro teclado: Rumia de lecturas. Atadura de cabos sueltos de mi pensar. Fijación de caminos convergentes. Utilizaje de posibilidades ideológicas nuevas.

Sin embargo, no oficio una robinsonada. Sol de mi mundo de soledad es la acción. Fundamento las proyecciones para el descubrimiento del mundo de verdad del Hombre.

Siento brevedad en mis labios, como si la Luz los besare para la expresión menos torpe.

¡ escribo esta greguería histórica. Escritura tñ personal es; Respiro de asfixiado. Compensación a la ingénita economía de palabra.

Esta escritura es flor de acción. Aventura colonida. Puerto de Palos, muelle de las euforias: mi Inquietud. Mi presentimiento i estudio i tenacidad: las navecillas, «Santa Marfa», «Pinta», «Niña». Mi Atlántico, el Cosmos. Mundo buscado: Alma.

Minuto infinito de emocionada atención. Entro en ese Atlántico. Me libro al moto-ductor íntimo: voluntad de saber. La voluntad de llegar da la dirección i los medios técnicos. Cuántas singlaturas árduas. Qué luchar contra la tripulación Desconfianza. ¿El resultado colonida? Esto:

Exploro, en amplitud totalista, cósmica. Ontológicamente, el Todo se agrupa en este elenco: Espíritu i Materia.

El espíritu, como espíritu, es real. Lo es, a su modo, la materia. Los tipifican categoremás diferenciales.

—Mi examen ha de ser severo, desde punto de fija equidistancia: Tal como si mi justeza visual se guiase de sutilísima aguja de marear.—

Materia implica: fuerza, resistencia, expansión.

O, expresado ello, en cualidad cimera: limitación. Limitación entre ser i dejar de ser, por contingencia. Limitación de identidad, por transformabilidad. Limitación, por coercibilidad, por mensurabilidad, por ubicación, por movimiento.

Va embebida esta afirmación. La condición caracterizante de la materia, la sustentadora de cualidades, es la extensión, o continuidad. La extensión es limitación: entre uno i otro punto especial; entre este i aquel ritmo de tiempo; entre un máximo i un mínimo de alcance energético.

El estigma de la materia: la rotunda relatividad.

—Perquiriendo, en este Superatlántico, un maelstrom me grafica su amenaza absorbente. Sorteó; i paso.—

Con ligereza de criterio, a última moda, se dice tantas sutilezas acerca de la materia. Pero, en cifra definitiva: toda realidad--materia es continuidad heterogénea; por ello, entitativamente diversa del espíritu.

Espíritu.

Entelequia, realidad viva: Nó, un quid contínuo, sino, simple. Nó, contingente, en cuanto, dada su existencia, no puede dejar de ser. Sí, que vive en sí, de su simplicidad. Nó coercible. Mas, señor de su albedrío. La forma expresiva del espíritu: el Pensamiento.

Pensamiento: modo de intimidad, acto de concentración ultrafísico que florece en el juicio: Poder de desdoblamiento, de volverse sobre sí mismo, de ver hacia dentro i hacia fuera, más allá del espectáculo sensorial.

—Esta visión por delante, pienso que haya adivinado el punto de partida i el de parada de una trayectoria; los polos de buscado eje categórico.—

Pero en este océano cósmico, las cosas se muestran de tantos modos. Se presentan aspectos coordinados de ellas, para la visión certera suma.

Para la evidencia, los busco de distintos miradores. Como la precedente visión preliminar, panorámica, ésta infunde exultación a mi certeza:

El Todo, en cuanto representación, es Sujeto i Objeto.

Sujeto:

Ente capaz de representación de las cosas; de ordenarlas i juzgar acerca de tales representaciones: de causar el pensamiento.

Objeto:

Todo cuanto, pasivamente, origina esa representación.

En esta fenomenalidad, la materia es simple objeto de representaciones. El espíritu, sujeto de éllas, sujeto i objeto de propias representaciones.

En esta busca de pasos al descubrimiento, hallo estos puntos cardinales:

Las causas se revelan por sus efectos. Los efectos son e-cuativos a sus causas. El efecto no puede tener lo que la causa, virtualmente, no contiene.

Con éellos mi encaminamiento es franco:

Porque el pensamiento es fenómeno fuera de la materia, acusa un agente ultrasfísico...

—Al llegar a esta altura de verdad, sucede en mi singladura algo nuevo. Es como si se multiplicasen los nudos por hora del andar, con la velocidad de la curiosidad i las posibilidades de la epifanía de lo buscado. El grito de hallazgo sube a la garganta—.

La visión se estiliza, así:

En el Cosmos, nada hai fuera de materia i espíritu. El Hombre piensa: Si la metria es objeto de pensamiento, nó, sujeto pensante, lo que en el Hombre piensa espíritu es, i principio animador.

La guardia de la Carabela vanguardial ha disparado el arcabuz del entusiasmo... Triple grito—explosión: Alma.

Estoi glorioso del encuentro. Yá, me exulta el orgullo de ser Hombre. Alcanzada la tierra firme de la Verdad, admírome de mi vacilación en columbrarla; me censuro la dificultad de dirigirme a élla. ¿Cómo no vi, a lo menos, que la duda misma, en cuanto resistencia intuicional a la negación materialista es indicio rector de la presencia del espíritu?

A la materia, en sutiles o baratas concesiones, se la des-centra de su condición entitativa, se la supervitaliza. Pero, el hi-

potético panegirico se triza contra la incontrastable arista de la realidad: La materia, con cuatro dimensiones i todo, dígase célula, protoplasma, electrón, es evidente que ocupa espacio. Basta esta pejiquera ineluctable de élla, para concluir que el resultado de su actividad, nunca, ha de ser simplísimo, sí, siempre, matemático. ¿Cómo pude conceder —la duda es alguna concesión— la virtud ultrafísica de pensar a la célula humana? Músculos, cartílagos, huesos... tejidos fibrosos, conjuntivos... sistemas vascular, vaso motor, vaso constrictor, vaso dilatador... glándulas hipófisis, tiroides, suprarrenales, pancreáticas, sexuales...: ¿cómo no vi que, todo ese complejo no podía coincidir, simplificarse, para el acto sin tiempo, sumo i uno que es el Pensamiento?

Por dictado de la ocasión, de mi stock de apuntes, extraigo éstos:

«Febrero... 1932—Mi duda me atormenta más, cada vez que leo afirmaciones canalizadoras como ésta, Un sabio up te date, como diría un yankee, define, así: ... La materia substancial se resuelve élla misma en creación o manifestación de la mente».

«... Par con la doctrina de Einstein, se está proclamando la «cuarta dimensión»; algo, dentro de lo que, tiempo i espacio se diluyen en un concepto único de universalidad. Cierta científico moderno dice: Lo que más acerca al Universo a nosotros es la teoría del continuo de cuatro dimensiones: Si entramos en un salón, al mismo tiempo que las dimensiones de sus personas, percibimos que una es vieja i otra es joven...»

Yá, la orilla, la tierra, el apeadero se delinea se destaca, se toca.

Pero, oigo una verbigeración doctoral: Biólogos, neurólogos, frenólogos, filósofos, catedratizan:

En el cerebro se devana el hilo i se aclara la penumbra...
El cerebro centraliza las radiaciones sensoriales que captan resultados fenoménicos...

A los argumentos puestos a servicio de la doctrina les falta trabazón orgánica. Hai oquedad argumentística, por falta de lógica i de respaldo documental: Lo lógico es que el cerebro ha

de tener la misma tara de los sentidos que le sirven: incapacidad de causante material para el producto simplísimo.

En largos minutos de algunos días, he contemplado, a toda luz, la argumentación que me ha potencializado para arribar a esta orilla de tierra encontrada.

Alentado por el encuentro, ágil por la experiencia, curioso de mi descubrimiento, me emociono a la conquista plena.

Para verla, en su haz i en sus intimidades, bajo la lente del análisis, tengo la célula cefálica. La volteo entre mis manos, para distinguirla en sus facetas.

Cerebro: Organó, oscuramente, revelado.

Los más devotos curiosos lo conocen poco más que a flor de estructura aparente. La Anatomía no alcanza a redondear el índice de integrantes cerebrales; ni a precisar situación a tantos ápices de comunicación. La fisiología i la química cerebrales son imprecisas. Los más geniales cerebralistas se han detenido lejos del misterio del substrato. ¿Quién de entre los sabios todos, determina el modo íntimo de actuar del cerebro? ¿El más arriesgado de los biólogos, científicamente, atisba, siquiera, el cómo de la causalidad de vida que se le atribuye? ¿Qué contestación afirmativa fuese válida si el más pintiparado de los fisiólogos no logra, a lo menos, vencer el misterio de las localizaciones cerebrales?

Cerebro: Organó complementario.

Aún, con la cifra de capitalidad, el delicado, el maravilloso oleaje de sus temblores depende de las transmisiones sensoriales. Por esto i por ser complemento de organismo, a más de su constitución física, tiene la limitación de la dependencia.

Cerebro: Organó complicado.

La estructura es de alarmante complejidad: Nervios, ganglios, plexos, redes, retículos, neuronas, neurofibrillas, vesículas, lóbulos, esférulas, esferas de proyección, cuerpos estriados, capas ópticas... Sistema nervioso animal i neurovegetativo... Estado citológico, estado conestésico... Sección cráneo pelviana i tóraco lumbar... centros directores i corticales... células piramidales, anastomosadas, dendrytas... Elementos del cerebro, se-

gún unos técnicos: albúmina, fibrina, colestina, potasa, agua, grasa fosforada. Alguno señala, de ingrediente principal la cisteína. Tales anatomólogos determinan estos componentes: sustancia gris i blanca, mielina... Cuales hai que indican éstos: proteínas, glóbulos rojos, glóbulos incoloros, hematías, leucocitos, sustancia de los tejidos, masa cromática... Todavía las funciones son tantas: corrientes eléctricas de los innumerables nervios a los centros; expansiones aferentes, eferentes; axon o expansiones centrífugas... I ello no empieza.

Cerebro: Organó de funciones singularistas.

Le sirven los sentidos. La función de éstos es individualista: cada uno ejercita percepción privativa, concreta: Pues, el cerebro es un centro de acción simpática de las emisiones sensoriales. él es almacén de suministro de materias primas, elementalmente transformadas.

Cerebro: Organó central receptivo, o semipasivo.

El cerebro se porta, respecto de los sentidos, en espera, pasivamente: señor de esclavos, supeditado a ellos. Recibe el contenido perceptual de cada uno de ellos. Otra forma de pasividad es la de sufrir la proyección patológica de varios órganos: tiroides, páncreas, hígado... También padece influencia funcional de ciertos centros motores: el principal, el Gran Simpático. Todo ello fija la capitalidad relativa del cerebro: No es centro único i autónomo. La imaginación, además de precisa, es facultad mejorativa para el fenómeno intelectual. I la imaginación no es virtud exclusiva del cerebro. En mi vademecum hai esta nota que, aquí, condice: «Diciembre... 1931—Lejano amigo me ha enviado un moderno libro. Leyéndolo, hoi, encuentro este dato que servirá a mi estudio: «La imaginación, según Cubí, no es facultad simple, dotada de un centro correspondiente en el cerebro; sino, una propiedad de cada uno de los que sirven a la inteligencia...»

Es correcto colegir que la kinesis del cerebro limitase a modificar las primarias impresiones nerviosas.

La descripción hecha del cerebro, si brevílnea, es neta.

Entonces, está preparado el cuño necesario al intento. El

crisol de la dialéctica vierta el pronto metal derretido del argumento:

Eslabones de la cadena argumental, o proposiciones:

El cerebro está baldado de limitación; por ser integrante de un todo, por su característica de extenso. Está lisiado de no—autonomía; por ser órgano receptor e influido. Su signo es la restricción; por cuanto funciona sobre especies singulares i heterogéneas que lo incapacitan para lo simple i abstracto. Su estigma es incapacidad para penetrar la substancia; porque, los sentidos que lo sirven, sólo transportan a él los accidentes: color, forma, dimensiones... Por su condición de agente biokinético, en su funcionalismo, está sujeto a ritmo temporal.

Más, en el hombre, cursa, prominente, cierta realidad diversa: Virtud de desdoblarse, de verse a sí, de bastarse así mismo. Poder para las nociones de lo simple i úno, de lo abstracto i absoluto. Capacidad de raciocinio. Éste requiere, básicamente, la percepción de ideas simples, de nociones categóricas: sér, unidad, identidad, causa, efecto...

Consecuencia:

Si el cerebro no puede todo esto: Bastarse así. Espejarse a sí, en sí. Ser sujeto de representaciones. Captar nociones categóricas, ideas simples que precisan para el discurso: Es neta la deducción: El cerebro adolesce, constitutivamente, de impotencia para causar el Pensamiento.

Conclusión:

Hai el fenómeno ultraespacial nominado pensamiento. El cerebro es órgano espacial. Luego, nó, él, causa el Pensamiento un principio superior, fuera de espacio: el espíritu.

A partir de la aula de Filosofía me habituara a mirar el cerebro, por el epinicio del magister, tal un mundo. La capacidad que él le imputaba de causar el pensamiento, hacía de señuelo a mi lamida pobreza filosófica. Ahora, patente se muestra cómo el cerebro es sólo metrópoli, maravillosamente laberíntica, en la geografía del organismo humano. Patente veo, también la postura del profesor de Filosofía: Erección negacional, ante muchachos de no difícil facilidad adhesiva, de fácil proclividad,

por moda.

Descubierto el misterio, en lo central del tema, me embelesa, también, en lo periférico: ¡, tanto, que, a contraluz de él, perfilo, a lo menos, un escorzo de curiosidad.

Los cerebrófilos que hablan de potencia ideogénica, sin duda, disponen de enorme competencia técnica en la noción anatomobiológica del cerebro. Pero, es más allá, donde irrumpe lo tabúico de la dificultad. Más allá, en el paso del conocimiento físico capacitante a la aplicación deductiva, les falta el puente de la consecuencia lógica.

Interesa el argumento, en i fuera del estado normal del cerebro. Los aludidos doctores sabenle al cerebro, así: Complejo de innumerables móneras, fibras, pelucillas... Masa viscosa, glutinosa, integrada de policentros harto indefinidos, de árduos tejidos, capas, circunvoluciones. Ello es decir: órgano de función químico—fisiológica. ¿Cómo, esa artísticamente caótica masa glutinosa, en exabrupto, elabora lo contrario a su naturaleza: lo metaquímico, lo simplísimo? El pensamiento es acto sin tiempo, inconsutil, de unidad impecable: ¿Por cuál imprevista causa, esos inúmeros utensilios fisiológicos, sujetos a ritmo temporal notorio, acuden coinciden, a punto para tal acto?

Ciertos achaques patológicos proyectan influencia ecoica en la función intelectual. A más de tumores intracaneanos i otras lacras peculiares, la Medicina psiquiátrica puebla el cerebro de quiebras, en mucho, provenientes de los córganos.—A ojos vistas, los sentidos, esclavos del cerebro, le hacen cargar cadenas a su propio amo—. Esa transferencia dañina en el cerebro llaman los doctores: trastornos psíquicos, o psicopatía.—Honestidad científica dicta calificar tal estado de somepatía u organopatía—. Conforme a la rebotante nomenclatura psiquiátrica, pocos serían los hombres típicamente normales. Como sea la mayoría de los hombres, incluso los descollantes, linaje lacrado de hiper, o hipo, o mesofunción.

Excluido el caso del cataclismo orgánico, en las marejadas patológicas, flota la aptitud razonadora del hombre, en concomitancia i superación de las crisis del cerebro: La verdad del

enunciado subraya el hecho frecuente. Poetas, sabios, artistas, hasta genios hai que se producen, exitosos, con ser que, modalmente, están situados en las fronteras de la euforia.

Aún fuera de estas fronteras, persiste esa aptitud humana. La obtusión misma lo abona. En la idiotez, no hay especial deformación craneal. Es el caso de diámetros transversos, disminución de volumen, osificación prematura de las suturas, insuficiencia o abolición de la función tiroides. El mongolismo está relacionado al retardo de desarrollo de los centros nerviosos. Todos estos tarados no carecen de razonar elemental, capaz de mejora, de ser removidas ciertas causas, las del medio, principalmente. Es notable que ellos, casi, no padecen trastornos mentales.

La Cirugía de la Guerra europea, ocasionalmente, hecha paje de librea de la filosofía, la sirve a este fin. Combatientes, con pérdidas de la masa i otras lesiones graves del cerebro, han seguido viviendo i pensando.

Un argumento más erumpe de la observación de la vida animal; donde se descubre que no precisa el cerebro para el acto de inicial inteligencia de ellos. Porque, no hai duda, les propicia cierta infrainteligencia. Estimo seguro el afirmar que a la intelección preauspicia una inminencia de instinto i al instinto asiste cierta inminente inteligencia.

Por delante estas observaciones, indago qué valor tiene el encarecimiento apoteósico que confiere al cerebro capacidad vital omnimoda. En tal atribución, virtualmente, está contenido este argumento.

Afectado el cerebro, patológicamente, falla la armonía intelectiva; luego, él causa la intelección. Se advierte el salto en el vacío que hai en tal discurso al enfrentarlo con el de Chanteclair de Rostand: Tras del canto mío, apunta la luz; luego, yo la produzco. Es manifiesto el calco de la falencia galinácea —el post hoc; ergo, propter hoc de la filosofía clásica—. La falla dimana de que se involucra la instrumentalidad en la causalidad.

Viceversa, admitida la vivencia espiritual, es obvia la dilucidación del fenómeno de la asintonía mental. El principio vi-

tal espíritu es revelado por los sentidos i, selectivamente, por el cerebro. En quiebra el medio revelador —arteria, glándula, cerebro...— el agente, esencialmente, activo, opera, sí, pero, con medio expresional impropio.

Aferrado al interés de redondear mi descubrimiento documentado, alcanzo a precisar estos capítulos: El cerebro, por su linaje de agregado de unidades, encasillado está en la categoría del número. Por esa misma condición, no es autoactivo. Es incapaz del acto amatemático, mejor, pretermatemático del juicio. La célula cerebral no funciona sin el objeto: Las ideas abstractas no son susceptibles de objetivación. Entonces, no es el cerebro el que causa las soñaciones, las ideas abstractas del poeta, del sabio, del filósofo. En cuanto percipientes, los sentidos, sólo, transportan al cerebro los accidentes. Por eso, el cerebro es incapaz de causar la noción de sustancia. La armoniosa interdependencia del cerebro i los sentidos, para el servicio intelectual, es explicable, únicamente, por un principio de unión superior i totalitaria. El cerebro es técnico punto de contacto del principio espiritual con la realidad física. En esa intermediación, es sede selectiva del principio activo. O sea: Instrumento cumbre. Observatorio sobre el espectáculo circundante. Taller de segunda mano. Almacén de especies en preparación de aporte a la función del autoagente.

De aquí, la saltante asociación mental me transporta hacia dos recuerdos: Uno, la imagen plasmante de Platón: El cuerpo, equino; gine, la alma. El otro personal: Cuando, al impacto de la browning hice estallar mi célebre espejo, vi, en microinstante, mi imagen una, idéntica, en el espejo i en cada uno de los fragmentos. El episodio me da, ahora, sustentáculo para elevarme a idear cómo, por modo superior, el espíritu ha de estar en el cuerpo i en sus sentidos.

Todo esto, a los gimnastas de la crítica no interesará. I es decir poco.

Todo esto que enraizo, empalmo i erijo es edificio mío, para mí. Que el cerebro es incapaz de producir pensamiento: queda, aquí, en calidad de fuste engallado con sumóscapo de al-

ta curiosidad, afirmado en plinto de realidad.

En esta columna, hagan de arabesco o de taracea, trasladados fragmentarios de mi libro:

«Para estudio, agrupo, aquí, datos de actual conocimiento i ótros, antes confiados a la memoria. Sabios, denotadamente, físicos modernos, niegan el principio espiritual, concediendo — aunque, sin razonar filosófico — toda virtud a la neurona. Otros, especialmente, filósofos, lo confiesan. Aristóteles distingue: espíritu, perspiciente intelectual; alma, principio vital. Su insigne seguidor, el de Aquino, hace verdadera su tesis: que la alma es principio informante del cuerpo. Hegel: el espíritu se percibe en la riqueza de sus formas. Henri Bergson: *Le corps de l' homme agrandi par la science a besoin d' un complement d' ame*. Filósofo de otros tiempos insinúa su convicción: *Spiritus in novis qui viget...* Otro, de tiempo más reciente, declara: Donde hai vida hai espíritu. Moderno escritor indoamericano, al definir lo que es lágrima, dice: Es una alma que llora, no unos ojos que lagrimean; es la nobleza del espíritu hecha visible... Fue i es de participación universal la presencia real de alma en el cuerpo humano, hasta entre salvajes, como los de Guinea. Los budistas la llaman *linga sarira*; los cabalistas, *ruah*; en Egipto, *ska i srit*; en Japón, *karmi...*»

«Los físicos señalan al cuerpo, i, por consecuencia, al cerebro estos elementos básicos: agua, anhídrido carbónico, fosfato potásico, amoniaco... Una adelantada experiencia aconseja, para la lipemania, nó, la vida alegre, sino, la recalcificación del cerebro. El calcio comunica agilidad i optimismo, según los doctores: Donnalt, A. Lairt i Stepten de la Universidad de Colgate... La proteína en el cerebro es la dinamita de la vida: define el doctor Cryle. Cree él que la proteína se forma por acción de las descargas atmosféricas, al establecer contacto con la electricidad en la superficie de la tierra i la bacteria fijadora del nitrógeno, el azobacter... El mismo Cryle, doctor de Cleveland, demuestra en las células cerebrales, cierto poder para atesorar energía i, al mismo tiempo, una irradiación misteriosa que aumenta ante la presencia de determinadas sustancias químicas... Se anuncia

que, ya es posible una suerte de fotografía del cerebro. Por medio de una dosis de novocaina i de dos electrodos de un aparato, extremadamente, suceptible a la electricidad, se obtiene la translaticia graficacion de las vibraciones cerebrales que copia un lápiz eléctrico. El registro de esas «ondas» será llamado electroencefalograma... Todos estos perfiles del cerebro me conturban, gaudiosamente: Así, físico, él aparece de prodigioso aparato...»

«... Plüfger, el creador de la doctrina de los Reflejos, encuentra cierta inteligencia elemental en los animales descerebrados. El sitúala en la médula.»

«Hai cerebros liciados en los principales centros. Sin embargo, el sujeto, así, mermado concibe, i, en veces, a maravilla, notables ideaciones: Helena Keller, a la edad de año i medio, queda sorda i ciega; i, consiguientemente, pierde la habla. Mas, algo prevalesce, independiente de ese cerebro mútilo, que supera la polidificencia. Pues, élla se capacita a estudiar, tactilmente, ciencias naturales i filosoffa. I, fruto de algunos años, así, publica varios libros».

«Hombres geniales adolescen de desconformaciones cerebrales que atrofian o anulan la facultad musical. Goethe fue, completamente cerrado a la música. Víctor Hugo, aún secretamente envidioso del dón, no acertaba a tolerar la música. Anatole France, ha sido, decididamente, antimúsico.»

«El gobierno de los soviets encargó a Oscar Vogt el estudio del cerebro de Lenin. El sabio, en vez de encontrar una segunda capa de células piramidales, unas neuronas inéditas, ha hallado lesiones típicas de la demencia parálitica...»

«Agosto... 1923— Una antevisión mía, de mera intuición, está confirmada por la doctrina de un vidente europeo. Es ello que, há más de diez años, en New York, cierta noche, estuve vígilico, en mi bed—roon, por el estrépito mecánico de esa urbe insomne. Ocasión propicia para el sondaje en ese dinamismo multitudinario. De pronto, se concreciona la síntesis: Ciencias, artes, gloria, trabajo, paz, guerra, todo el complejo humano transeunte se agita por la boga i el oro. El oro i la boga, en remate, por

el aguijón del reclamo genésico: Último eslabón de esa cadena de inquieto afanar personal i colectivo. Último término de ese paisaje del músculo humano, de la sexualidad oceánica: Penetrando en la médula de la historia, a todo lo largo de élla, descúbrense presencias i actuaciones de la carne... I lo que hoi he leído es la moderna teoría que erije el sexo en centro i eje de la vida. Mi meditación fructifica, en una consecuencia cónsone al tema: Conforme a esta doctrina las deformaciones o las deficiencias de la naturaleza, en la zona erógena, debieran influir, decisivamente, en el cerebro. Pero, no es tal el hecho frecuente. Esas lacerias fisiológicas no son obstáculo a la fluencia del pensamiento: Jean Jaques Rousseau, autor de «Emilio», es gran escritor; con ser que cargaba taras como un fardo: Neurasténico, arterioesclerótico con sordera pulsátil: Serieux i Capgras lo califican de delirante de interpretación. Por añadidura, sexualmente, fué masoquista típico... Platón, es tratado por los psiquiatras modernos, como homosexual... Nietzsche, inventor del superhomo, ha sido, reconocidamente, paranoico, parálítico progresivo; i, para colmo, misógino tal que aconseja: Si se te pone delante una mujer, ahuyéntala con el zurriago.»

He fijado condición secundaria, si precisa, del cerebro en la causación del pensamiento. Caso trascendental que reafirma mi descubrimiento de la presencia de alma en el cuerpo. Al elogiar parte tán egregia —que elogio incluye exhibir al cerebro de digno instrumento del acto inteligente—, urgido viene el elogio del todo. Lo hago, de pasada, imitando el brevilineo trazo del relámpago, sobre el gris papiro de la tempestad.

Cuerpo humauo: Mecánicamente: pequeña máquina prodigio, inimitada, inimitable. Anatómicamente, histológicamente: estructura ideal de piezas precisas, delicadas, de portentoso engranaje, sin par: Un sólo centímetro de cualquiera parte del cuerpo es suficiente al extático asombro de la ciencia. Químicamente: autolaboratorio de acciones, reacciones, secreciones, com-

bustiones maravillosas. Fisiológicamente, biológicamente; que matemática de función, qué sinfonía de vida: La aula materna, cosmos del divino trabajo de la embriogenia. El corazón, lagar vivo i, a la vez, rítmica bomba centrípeta i centrífuga del licor vivífico. La tiroides, la suprarrenal, la hipófisis: trfo pródigo que elabora básicos elementos de vida. La glándula timo i la pineal, binario de reajuste, donde, úna obra la precocidad i ótra frena el crecimiento. La pituitaria, ese *director de orquesta* de la gran sinfonía endocrinológica...

Cuerpo humano: Mapa vivo de las fuerzas cósmicas. Comprimido de la materia universal. Prisma en el que la luz se niega en el negro; en el blanco se da; coquetea en el azul i el oro; se encela en el rosa i el ocre. Foco vibrátil que polariza el ondate de la orquesta ambiente; i responde en música interior, en crescendo i en morendo, en exultación i voluptuosidad. Ese algo microcósmico i micrónico, donde el Espacio, por contraste, luce su inmenidad; donde el Tiempo, por elegancia de poder, canta su mejor idilio i madrigal, trena su más truculento epigrama. Cuerpo: ese mundo miniatura, donde el Espíritu muestra su sér, ensaya su acto, se transfigura en gloria.

Por lei de gravedad espiritual, cae, aquí, la cita:

«... 1929—Lecturas de estos días me inspiran esta noción de conjunto: Al cuerpo del hombre, mejor que a cualquier otro ente, se adecua cierto dictámen convergente de algunos sabios: Referencia de una de mis acotaciones dice que Galileo, en su libro «De usu partium», define la «absoluta finalidad de nuestros órganos». Otro recuerdo de lectura es que Aristóteles, con su hierática gravedad, afirma, al analizar sus «Entes», que, en todo lo criado, hai «un porque». El doctor Ricet de Francia, declara: Nada hai accidental en la creación i todo tiene un porque i una finalidad. Uno de los tres intelectos mayores de la actual Inglaterra, James Jeans, en autorizado pregón, expone: Hemos considerado yá, desfavorablemente, la posibilidad de que el Universo haya sido planeado por un biólogo, o por un ingeniero; el gran Arquitecto del Universo aparece, ahora, como un matemático puro...»

«Diciembre... 1931—Caridad de luz para mi oscuridad por-diosera, este episodio romántico, o lo que se llame; pero rayito iluminiscente. Sé que cierta genial ecuatoriana ha leído libro de versos, no recuerdo si del modernísimo Salinas, Alberdi o Llorca. Ella, no conoce al poeta español, ni por retrato. Sin embargo, ese poder vivo, íntimo del Verso la ha puesto en gracia de amor. Por imposible físico, en ella, no influye el cuerpo de él —quizá, de verlo, sintiese repulsión—. Luego, el enamoramiento de la emotiva muchacha, proviene de pura simpatía estética. Pero, esto no es ente físico: ¿Entonces?...»

«Enero... 1932—Complicadas partidas de ajedrez, entre amigos, ha hecho, cuasimilagrosamente, florecer una sugerencia. Algún carbón de mi curiosa inquietud se ha prendido i arde: De aquel punto de apoyo, a un salto, he llegado la síntesis de los grandes imaginativos. Un político a lo Machiavelo, un calculador, a lo Inaudi, el úno por previsión, el ótro por clarividencia, llegan a despejamientos sorprendentes. Un Napoleón i un Moltke, un Bolívar i un Sucre manejan próximos i lejanos regimientos, con atención a la geografía, a la historia, a las apariencias actuantes i a los eventos sorpresivos, a la psicología de sus soldados i a la del enemigo... Semejantemente, manejan piezas de varios tableros de ajedrez un Capablanca, un Alekine, un Bugoljubow. Corredores de metrópolis i burgos, un Loti, un Keyserling, donde quiera captan: tipos humanos, estilos, modos i modas, costumbres i tradiciones, paisajes i panoramas... Este dato humano, prisma en mis manos. Lo pongo a la luz de mi observación; i, débil ésta, quíebrase en el interrogante: Conforme a la condición de los sentidos del cuerpo humano, ese acervo acumulado debe ser: yuxtaposición, superposición, arrumbamiento de especies, fichas, detalles materiales: ¿Cómo resulta la ordenación, coordinación, unidad, quizás, la síntesis de aquellas piezas individuales para el todo: cantidad líquida, triunfo rotundo, monografía o historia que calca, estereotipa, interpreta, define a un pueblo, i aún, augura su futuro?... Chispa, aquí, chispa, allá i acullá: ¿hasta cuándo prenden i se conflagran? ¿Hasta cuándo el bosque de la Duda de que estoi rodeado se quema; i hai, para

mí, lo que hará mi vida: horizonte claro, ilímite, donde ver i moverme? ...»

Tiempo há, la copa de la vida ha estado arrinconada. Yá, a la hora de mi auto triunfo, esa copa está boca arriba. Burbujea el vino de la confianza i el humor. Que vengan amigos selectos. He hecho de modo que ellos quieran rodearme, a lo menos, circunstancialmente, para un mascar i un libar. Son tres acreditados por su competencia intelectual i Undaonda. Les presento el andamiaje argumentístico que me ha servido al descubrimiento psicológico. Uno hace la lectura. Tras élla trensan palabras de crítica amigal. Baste la cita nuclear. Uno: —Tu obra es fruto de tenacidad; manzana digna de paladares gustadores. Otro: —Tu escrito, para un ciego, es gesto por demás simpático. El silencio del tercer confidente muestra, lo menos, que su atención ha estado fuera de foco. Undaonda derrocha mordiente humorismo. En síntesis, me califica de borracho de estrellas, igual que Cyrano, sólo que me falta la nariz de éste.

Oportuna prolijidad me urge al traslado, aquí, del dato de mi libro repositorio de notas, que siguen bajo la pluma de mi lazarillo, el satrezuelo, al dictado mío:

«... Durante la refacción, los cuatro amigos hanse expansionado en piruetas exegéticas sobre crónica del lugar i tal cual chismesillo. Undaonda centraliza la jocundia del minuto, como suele hacerlo. Inquiere: ¿Qué es lo que, pulsando, queda, en un dandy que acaba de morir? Dado que no acertamos, él soluciona: —Bárbaros: el reloj pulsera. Bárbaros, he dicho, ¿cuál de ustedes descifra, yo lo ignoro, la frase encontrada en una casa de la recién descubierta ciudad de Pompeya: Barbara barbaribus, barbant barbara barbís... Leída mi oración filosófica, la opinión de él se ha producido, así: —Rascacielos, tras de tu muerte de ceguera, esta académica argumentación tuya es el reloj—pulsera... Para hablar, ahora, en serio: Tu oración filosófica es trabajo, reio, brutalmente profundo. Trabajo de colocación de dientes a

tu filosofismo de aula... Proligidad sensata de abestruz: meter la cabeza en la arena de la filosofía, para salvamento en el peligro de ser barrido por la tempestad de la preocupación de no ser nada; digo, pura célula. De veras, tu me ayudas a afirmarme en lo que empiezo a creer. Pues, a pesar de que mi célula se derrumba, ineluctablemente, ya ves la chispa de mi espíritu. I, a ver, tu tan matemáticamente filósofo, dí: ¿Qué resultado da multiplicar un borracho por un haragán?... Bausán, ese producto es un Undaonda... No se recuerda que Undaonda quedare, jamás chafado en una conversación; ni que sus mentirijillas, chuscadas o jácaras hayan sido, nunca una jangada. Es lástima que hombres, así, geniales, advengan, en largos ciclos, por cuentagotas. Mayor, aún, que se malogren; por deficiencia de educación; porque no hubo quien los descubra, oportunamente...»

Más que de la crítica de aquel, por mí, buscado cuarteto, ha florecido provecho de la censura de otro crítico impertinente. Visita, o lo que sea, el oculista diletante aquel, está conmigo. Lo recibo, sentado yo ante mi máquina de escribir. El toma asiento junto a mí. Tentáculo de su parlamento, la recordación de la efemérides del lance de cegar. Más de seis meses, dice, a lo de ese suceso.

Luego desovilla un cuestionario: Qué hizo; qué no hizo el oculista que él llama su émulo. Califica de marrada la operación i el tratamiento. Niega que en el ojo izquierdo hubo, internada, una astilla del espejo. Decide que el ojo derecho padecía una hemeralopía; o, no recuerda, si sólo, una discromatopsia. I asegura que, aún no están agotados los recursos de la ciencia.

Yo me he comportado terco al tema. Cito a los entendidos i curiosos que presenciaron la extracción de la pieza vítrea. Le reprocho su aberración sádica de soplar en tales recuerdos imposibles a la chispa de esperanza. El me exige que le permita ciertas observaciones técnicas en mis apagados ojos. Mi repudio a este servicio de anima vilis lo encocora. Interin yo he hablado, él ha estado observando mis folios, últimamente, escritos. Siento que los arroja en la mesa. Hombre me dice, todo va bien: usted, con ojos, un neurótico; ciego, un filósofo. Pero, su audí-

torio, ha de ser un aereópago. ¿Los profanos lo entenderán? El físico —adrede lo llamo, como los sajones distinguen al médico— el físico ha hecho, para mí de catalizador. Ha operado, sin intentarlo, una transformación, en mis energías investigadoras. Lo escrito, escrito es para mí. Para mí la verdad está descubierta. Pero, para los que sean, opacamente físicos, a modo del oculistoide, he de buscarle a la Verdad su transformación más accesible. Pienso que la Verdad se caracteriza por su visibilidad múltiple. Que el hombre para aproximarse a Ella, goza de aptitud esencial. Los hechos han de facilitar el empeño. Todo coincide en la Verdad. La Verdad está en la vida: es la Vida. I la Ciencia busca la Vida. Bajo ese miraje, la ciencia de ciencias es la Biología: Comprende la vida física, i, en élla, la de todos los organismos; la vida ultrafísica, i, en élla, del espíritu creado al espíritu creador. Desde este alto plano visional, la Teología es parte de esta Biología cósmica.

Cuanto existe, en alguna forma de vida, es un hecho.

De los mundos sumisos a mi escudriñaje, el más cónsone es el mundo—Hombre.

Sensible a la llave eléctrica de la búsqueda, invisible mecanismo de maravilla proyecta, en el horizonte preferido, tantos paisajes, que escojo, así:

En el Mundo—Hombre, es meridiano la zona de lo bello a lo sublime.

Cuatro tipos de perfección fijan la ubicación de ese meridiano. Meridiano, también, de la máxima responsabilidad de intelecto i acto humanos.

Uno es ese hombre, señaladamente, electo. El ve las cosas, nó, en sus formas inmediatas; sí, en su intimidad virgínea, en su contenido de vida. Da aliento plásmico al potencial estético sor-

prendido. Su expresión de feliz ajuste, t n suya, realiza la epifanía de la Belleza, ante la mirada común.

Otro es aquel que, inmediatez adentro, como quien educa de la nada, saca a vivir lo prodigioso íntimo i escondido a la busca vulgar. Eso que basifica la Ciencia, el Arte, la Técnica, para la realización de la gesta humana. O sea: el principio, la verdad, la realidad trascendente.

Tales tipos c meros sugieren este argumento:

Es hecho unánime que las masas reconocen, admiran, aclaman a estos tipos humanos.

 De dónde erumpe la virtud que floresce en ese contenido intelectual de calidad extraordinaria? El cuerpo de esos raros intuitivos, como el de los demás, es simple federación de células, agregado de unidades numéricas. El poder i el resultado funcional del soma han de ser ecuativos a su condición física: Objetividad material, en condicente limitación intensiva i extensiva.

A través de esta visión de conjunto, cr zase el espectáculo detallado: El cuerpo del Poeta, del Genio, talvez, orgánicamente, es de estructuración inferior a la del hombre común. Biológicamente, quizá, es tarado. En est tica de formas, acaso, es incapaz o disminuido de aspecto plástico. En todo caso, como cualquier cuerpo, es caducible. Pero, diverso d l, totalitariamente, es el verso del Poeta, el invento del Genio: Por evasión superadora de la cantidad espacio i de la cantidad tiempo. Son belleza real, pero intangible, verdad que no muere. Entonces, obrador de este prodigio no puede ser aquello que, en el Poeta i en el Genio, su cuerpo, está, tiránicamente limitado, entre el muro del espacio i la garra del tiempo.

El gluten de la ocasión pega, aquí, la nota de mi libro recordista:

«... de todas esas lecturas infiero que, casi, todos los grandes genios que honorifican a la humanidad descienden de degenerados, o son  llos mismos tales. Apunto estos casos: Bethoven, heredo—alcohólico. Mozart, heredo—tuberculoso Edgar Allan Poe, alcohólico, prematuramente acabado, por esa ro a a-

nuladora. Maupassant, un atormentado en la última faz de la sífilis. El marquez de Villalobar, magno diplomático español, un monstruo de fealdad física. Charles Proteus Steinmetz de Norteamérica, genial electricista, es jorobado pequeño como un gnomo.»

Igual cristalización lógica brota del argumento del Héroe i el Martir voluntario.

Imperativo biótico es la guarda egoísta del organismo. Sin embargo, estos hombres típicos rompen, en sí mismos, la ley del instinto conservacional. Yá, en conflicto su ideal con la integridad personal, sacrificanla.

La renuncia implica renunciante i cosa renunciada. La conclusión se plasma élla sólo: Hai en el hombre, una vivencia de liberante i rectora. Ella es quien asiente a la pérdida de lo menos, que es la cosa perdidiza, el cuerpo; porque, élla es inatacable al riesgo físico.

En roce de cosas inmediatas salta esta chispa de observación: Del meridiano ecuatorial humano surge el Hombre—tipo, el representante superior. ¿Hai el superhomo? El gran odiador de las masas, el lúcido paranoico, Federico Nietzsche, lo ha creado. ¿Que pide él, en su superhombre? Si no es poco, no es lo sumo el contenido que precisa: *Magno individuo; alma señorial; hombre equipado con la mayor cantidad de impulsos i apetitos. A mén de la discutibilidad de tal superhombre, no acepto el ejemplar humano fuera o sobre el hombre. Para mí, sencillamente, el tipo máximo es el hombre granado, estilizado, ganado en intensidad i trascendencia. Flor, espiga, aurora de hombre.*

En el mundo que sojuzgo, paralela a la zona del pensamiento, hai la llamada sentimiento. Allí, elijo una latitud de gran influencia.

Tristeza:

Nó, el neant galo. Nó, la saudade o la murria española. Nó el splein sajón. Nó, la acedía, el desánimo hecho espectáculo, de la generación romántica del novecientos, con sus santones: La-

martine, Musset, Viñy, Baudelair. N6, el pesimismo de esos maestros lúgubres: Zola, Huysmans, que atrofia el yo, i hace de la vida hospital de quebrados intentos, ideales tullidos, esperanzas operadas i amputadas. N6, el taedium vitae de los antiguos. Tampoco el histerismo de la vida moderna. Ni, siquiera, las altas mareas del dolor de todos los tiempos: Enfermedad, vejez, miseria, guerra.

Tristeza:

Descontento que hace de horizonte diáfano a todo paisaje transeunte del goce. Eso que hace de goma de llanta absorbedora de los diarios choques con la contumelia, la bastardía, la insanción. Virilidad que, de la colisión con las estridencias i esquineces de la incomprensión anuladora i la espesa indiferencia, resurge, sufridora i prevenida. Ese algo vital de que brota el Verso: como ay!, de un rasguño; como lágrima de su pupila; tal perla de la valva; bien como flecha del arco; a lo ala que glorifica al óvulo de que erumpe.

Tristeza:

Primogenitriz. Eva. Madre eugénica: Su regazo, siempre, a nuestro alcance: cuando nos arroja de sus brazos breves la hetaira Dicha. Sus pechos nutricios, prestos para sus escogidos —úno, el Poeta—; para sus adoptivos, los opulentos del oro, esos enfermos desahuciados de insaciedad; para sus mimados —entre ellos, yo.—

Incisivo, lancinante, urente, inconstrastado, dominador de todo ambiente, un grito es: Vanitas vanitatum et omnia vanitas... L^a infinita vanita del tutto... ¿De dónde ese lamento? En el hombre, ¿qué es lo triste? ¿La carne?... Visión simplista. Ella omnívora —de la carne al heno— bien se satisface con la ración heben. Pues, no es, no puede ser élla la triste, alguien hai que, tras la insuficiencia de lo que más engolosina al Sentido bruto, expresa desencanto en ese grito de enorme contenido.

Oana mi admiración el milagro de vida, la belleza polifa-

cetaria del mundo—Hombre. Lo veo girando, periféricamente a un Sol, i sobre sí mismo. Este dinamismo introverso, de múltiple maravillosidad, lo caracteriza. Cuántos aspectos observados i subaspectos entrevistos quedan silenciados bajo la campana neumática de la prudencia. Algunos refleja la bruñida sinceridad de mi palabra.

Las mejores energías del hombre sirven a sus apetencias. Realizar apetencias, en proyección ascendente, con enfoque a un tipo de perfección, es realidad esencial de su vida. Esta emoción racial hacia el devenir integral arranca de una fuerza normativa—ductora:

Derecho.

Pero, en las relaciones de hombre a hombre, el conflicto primo se origina de la colisión de apetencias. Entonces, frente al Derecho, precisa una contraenergía rectora, de reajuste armonioso: Deber. Su substratum es lo Justo. Su cristalización, la Lei. Su sanción la Responsabilidad. Todo el ámbito de su influencia categórica, el Orden moral. En él respira i halla razón de ser la Historia. Del Deber, hecho, exclusivamente, humano, utilizo este raciocinio: El deber supone en el agente: comprensión i aptitud de Responsabilidad. Para lo úno, precisa discurso; para lo ótro, capacidad trascendental: Mas, la materia anatómica: movida en forma fija, por automática, es, absolutamente, indeliberante e irresponsable.

He ahí, cómo ese algo real humano el Deber, acusa la existencia del espíritu.

En el humus maternal del Deber hallo yo la raigambre del amor.

—¿Visión de ciego?—

Deber: Imperativo que erumpe de la comprensión de afinidad humana, en ideal i aspiración.

Amor: Nó la proyección simpática, precisamente, sexual. Nó, el apareamiento adjetivo de los sexos, en interés del placer, para la especie. Digo Amor a la emoción, eugénicamente nacida, que actualiza la afinidad racial, en bien del Hombre: No ubica sus raíces en la geografía del organismo. Pide, en el que ama, e-

fusión de su capacidad animadora, servidora. Esto, nó, selectivamente, a éste o el otro semejante. Esta energía antiégolatra, superación del egoísmo, culminación del Deber, con más razón, requiere causante espiritual.

Derecho, Deber, Amor hacen de ósmosis en la cospiración de los hombres a cumplir el destino de la Raza. Tal destino, siempre, en cumplimiento, es el ir adelante las generaciones, superándose. Este avance parte de un punto incipencial a otro de mucha lejanía, nunca llegadero: Educación, Progreso, Cultura, Civilización. El último contenido de ese currículum será la síntesis de la vera Historia.

Pero, en el hombre, ¿de dónde dimana la virtud evolutiva? ¿Del organismo?:

Comparezca el protopadre frente al ultimogénito: De evidencia plena es que el cuerpo humano, anatómicamente, mantiene fijeza específica. La biología i la fisiología no son ciencias o artes creadoras. Para ellas i para la clínica i la terapéutica, demasiado cargo es proveer hacia la eugenesia i la euforia: Circulación, quimificación, quillificación, metabolismo i las funciones condicentes. I frisa lo excesivo demandarles las realizaciones en actual proceso científico: Las octogenésicas; las de vacunas gonocócicas, por medio de los autocuerpos, sueros estimulantes de las defensas orgánicas contra los bacilos; la fabricación, fuera del cuerpo, de las hormonas de las glándulas de secreción interna; i otros prodigios biofisiológicos, en cartel. La Cirugía en un embrujo, acomete ablaciones, ingertos, trepanaciones, sustituciones, rehechuras estéticoplásticas. Sin embargo sólas ni juntas, éllas se proponen evolución alguna ultraespecífica. Ni aún alcanzan el logro del rejuvenecimiento del cuerpo. Algún moderno rabadomante, Ponce de León de la Medicina, veedor de fuentes de juventud, yá, ha fracasado en el intento. Ni, a lo menos, se capacitan para fijar, dentro de lo écuo, una técnica de la eutanacia.

Sobre este suelo abonado de hechos, el argumento floresce, de sí. Hai evolución ascendente racial racional: Progreso constante hacia la civilización integral. Medro indetenido de las ideas, a lo hondo i a lo largo. Hai estatismo racial animal. El cuerpo no progresa. Al contrario, a poco de su pleno desarrollo, si no antes empieza su retroceso. Ningún método medical impide su gravidez descensiva. Los mismos prodigios de la técnica medical moderna exhiben, de resalto, lo ascensivo de las ideas i lo irremediabilmente friable de la materia somática. La dialéctica, en su rápido balance liquidatorio, señala que el fenómeno evolutivo humano corresponde a lo no caducable, que es, sólo, el espíritu.

La ocasión, con su razón de razones, invita al interludio de charla de mi libro de notas:

«... Las ciencias médicas, dentro de su objeto, progresan, a maravilla: La química fisiológica, desde su creador, Claud Bernard. La embrioterapia, desde Pierre Rosenthal. Especialmente, la endocrinología, desde la iniciación dada por el fundador, Braion Iquiard hasta pioneers como el egregio Gregorio Marañón... Los sabios de hoy intentan alterar la parte química de nuestro organismo, transformando las glándulas de secreción interna. Mas o menos tiroides, más o menos ovarios, darán un tipo de mujer adaptable a tal o cual temperamento: Esto, i mucho más, anuncia el biólogo Julián Huxley, notable novelista, además...»

«... El doctor Arous Frasser no se limita a la medicina local, en las enfermedades de trágico desenlace, que esceniza la actual libido supercivilizada.—Esa que, derechamente, evoca a Kraff Ebing: El gran psiquiatra, en el Congreso internacional de Moscú, sintetizó la etiología del vil morbo, con frase urente: Civilización: Sifilización.—El suero vacunal de Frasser pretende dar a la sangre, en sus productos humorales, autodefensa contra los bacilos del morbo que, casi siempre, finaliza en la parálisis general. Esta lacra venusina se irradia en daño racial por la transmisión hereditaria, en muchas generaciones. De los heredo—sifilíticos dice un docto: Les parents ont mangé des raisens verts et

les enfants en ont eu les dents agracées...»

«... El doctor Georges Djian ha construido un aparato afortunado, para el examen radiocinematográfico de los movimientos de los huesos i los órganos íntimos del cuerpo humano. En pequeñas cintas, Louis Lumiere ha filmado el funcionamiento de las articulaciones del codo, de la rodilla, del pie, los latidos del corazón, la deglución. La Medicina, en este aclarar del misterio, en esa violación de nuestra intimidad, se hace accesible a todas las capacidades; siquiera, por este desvelar del secreto íntimo, haya un tremendo desnudar que conturbará el pudor humano...»

«... Un doctor germano declara el fracaso del ingerto de gonadas simiescas. Está seguro que la misma naturaleza detiene, lo posible, la decadencia senil. Sólo importa mantener el organismo, técnicamente, horro de intoxicaciones. Precisa, sí, ayudarlo con algún elixir o brevaje, como el inventado por él, a base de esas liláceas que infamó el Señor Don Quijote, al denostar a los batos i jayanes de tifos de ajos...»

A ocasión de abonar mi argumento, lenemente, he tocado el tema Evolución. Mimo ideológico, morosamente, lo ha mantenido, en la plataforma del prestigio. Por eso, manejado, yá, este motivo, a contrapelo, no es inoportuno rozarlo a la frisa.

Lo primero: Evolución no es, precisamente, avance o ascensión. De lado la evolución retrospectiva, se presenta esta distinción: Evolución humana i evolución, simplemente, física. En aquella, yá, queda indicado: vivimos i somos en ambiente, donde todo es avanzar. En ésta, lo úno es el hecho, lo ótro, lo posible.

En el hecho, es evidente que evolucionan los individuos dentro de su especie, en formas i circunstancias taxativas i, también, bajo el poder del hombre. Evolucionan las energías de una especie en servicio de ótra: Sea el caso de las células minerales que se trasmutan en las vegetales, las de éstas, en las animales. Tal como se produce el hecho de inalterada continuidad, el proceso de las especies es del individuo al conglomerado, en categorización de mineral, vegetal, animal. Desde las sencillas talofitas hasta las más desarrolladas dicotilidóneas, desde el protozoa-

rio al hombre en lo orgánico, la evolución obedece al límite de la especie. En tratando de lo potencial, evidente es, también, que no es imposible que unas sepecies engendrasen a otras. Sino que, para ello, precisase la aptificación, irradiada del poder capacitado para crear. La evolución presupone cosa evolucionable. Evolución no dice: sér: dice accidente de sér, modalidad suya. Evolución es efecto, nó, causa.

Así, veo claro: Cómo evolución no es creación; supone creación fontal del individuo evolutivo. Cómo, de la evolución a la creación, interpónese el abismo de lo absoluto. —Lo de la evolución creatriz, yá, se sabe, es ponderación de tropo bersogniano—. I, también, cómo, en este suelo fonge, es fácil la caída arguciosa, al salto de la hipótesis a la tesis, de lo potencial a lo real.

Todavía, alienta el interrogante. ¿La evolución del animal a racional? Para el tránsito del bruto a pensante necesitaríase cambio de naturaleza. Tal hipótesis, nó, evolución, implicaría creación. Concretando: La traza corpórea del hombre puede parecerse a la del mono. —Darwin, genial vidente, cuánto daño me hiciste otrora, lejana, yá— i, orgánicamente, no lo es. El cuerpo del hombre, tarado por el medio físico, o por el de una civilización morbosa, hasta puede estar en infraconformación biológica, respecto del de el mono. Pero, el hombre conserva su distintivo racional. El mono, al recibir la posible educación, nunca se acerca al hombre. Este al degenerarse, jamás, seméjase al mono. A la doctrina de Darwin, limitadamente, válida, le falta el documento del hecho i el fundamento filosófico. La experiencia técnica la está derrocando, cada vez, en más. ¿La generación espontánea?: Ello vale igual que proclamar: efecto sin causa... La añagaza mantenida en auge especioso, durante años, ha sido denunciada por la filosofía desinteresada. La ha puesto en clase de infundio desairado la técnica experimentación de Pasteur.

Mi libro—tesorero vierta, aquí algunas monedas de economías de estudio:

«... En la Universidad estadounidense de Cornwell, se rea-

liza estudios con aplicación a los rayos X. Uno es el que procura el cambio de ciertas especies vegetales: Se ha obtenido que la planta «eucheena», variedad silvestre que mucho se aproxima al maíz, influenciados sus cromozonos, con tales rayos, se transforma de annual mexicana, en perenne...»

«Abril 24—1931—La gran noticia de la transformación de España ha tenido virtud unciosa para la concentración de mi mente. En puridad, la evolución es lei de la vida racial. He ahí, la gesta humana, de un extremo a otro. Desde el gesto i la palabra monosilábica de los primevos hasta el verbo culto i emotivo de Regnier, Morand, Proust, Renard, Cocteau, Duhamel, Joyce, Jeans, Whitehead, Show, Spengler, Shopenhauer, Freud, Keyserling, Waldo Frank, Sinclair Lewis, J. W. T. Mason, Zweig, Llorca, Unamuno, Perez de Ayala, Araquistain, Ortega i Gasset, Maeztu, D' Annuncio, Croce, Pirandello, Bianchi, Rodó, Palcos, Rojas Paz, las Gabriela i Juana de América... Desde la caverna troglodítica, la hacha de sílex, el hogar primitivo, el clan, el dolmen, hasta el rascacielo, la torre Eiffel, la máquina siglo veinte, el laboratorio de química, la nación armipotente. Del patriarca i el cacique al político a lo Lenin, Roussevelt, Musolini, Hitler, Poincaré, Mac Donalt, Mazarik, Alcalá Zamora... España, pueblo de tradición monarquista secular. Un sólo eintarazo revolucionario ha hecho leña del trono blazonado. I ese pueblo ha evolucionado en inquieta parvulez republicana...»

«... Hoi, he leído que, en egregio laboratorio de Paris, se ha llegado a la realización del huevo de artificio, prodigio de la química sintética. Todo ese huevo: crústula calcárea, película, zona albumínea, centro yemal, es idéntico al huevo de la naturaleza. Si no que, le falta la virtud genética, la vida. Esa que late en el que da, con la simple propaganda del cacareo, la humildísima gallina. Esa que los definidores griegos encontraron en la yema, al llamarla: alecithos, lekitos, noumento, que es como decir: cosa en sí...»

«... i acopio estos datos de estudio: Un sabio de filudo criterio naturalista ha penetrado tã sagazmente, en la naturale-

za, que ha descubierto que la ballena, en largo proceso, desciende de la musaraña... A bulto, las vísceras de digestión de varios animales parecen a las del hombre. Pero, tal analogía, ante el sólido criterio científico, no rinde fundamento de parentesco...»

«... La fijeza del tipo humano tiene el respaldo de antiquísimos cráneos: En el Monte Carmelo, recientemente, se ha encontrado un cadáver que, según doctos cálculos cuenta setenta i cinco mil años. Aproximada edad es la de los cráneos evocados por las excavaciones de Solutre i Cras—Magnon, en Norte de Escocia, Dinamarca, San Salvador...»

«Febrero... 1929—La lectura de audaz pieza literaria me incita a meditar en el origen del hombre. ¿El mono? La ciencia antropológica define: Cuando dos seres organizados guardan, en su desarrollo, proceso inverso, el más adelantado no puede descender del ótro, por vía de evolución... El cotejo, en lo detallado, ofrece trayectoria inversa: El hombre es caminador, el mono, trepador. Este no ha llegado a yacer, a dormir en postura supina. El apellidado antropoide no ha alcanzado a inventar el utensilio más rudimentario, ni, siquiera, lo primero que el hombre inventó: la hacha de piedra... Morfológicamente, lo adversativo es patente: El desarrollo de parte de los dientes permanentes es inverso. Lo son las modificaciones del cráneo, el cual, tan íntimamente, se relaciona con el cerebro: El ángulo craneal humano disminuye a partir del nacimiento. El simiesco, al revés, se agranda. El discrimen es notable en todo el organismo; especialmente, en ciertas vísceras i en la forma i disposición de las extremidades...»

El interés explorativo personifícase de guía acucioso. Suceden i se suceden encuentros i hallazgos. —Cuántos quedan encofrados en la oquedad límbica de mi libélulo de apuntes—. En el nuevo plano i minuto de visión, estoy frente a lo personal que hai en el mundo—Hombre.

Común a todas las vidas es la actividad. En unas, fluencia de energías naturales: desde la pulsación hasta las de la conservación, la defensa, la locomoción. Qué es decir: fuerza en relatividad espacial. La célula corpórea, sujeta a esta lei, obra regida por módulo automático, en ritmo matemático. No es capaz de lo espontáneo, en irradiación ilimitada de lo libre. No, siquiera, está agraciado de opción de escogencia para moverse o detenerse. Ha de moverse con necesidad de vida, en numerosas funciones: Corrientes de las fibras. Movimientos sarcóclicos. Diástole i sístole. Endósmosis i anastomosis. Tropismo. Reflejos. Metástasis. Espermatogenia... Funciones numerosas, hasta los shocks, tracs i tics. La glándula tiroides, precisamente, increta sus hormonas. Las suyas, el pancreas; ese laboratorio de la insulina, la trepsina i el antieneizema. La testicular, en su caso, necesariamente, ha de secretar. La viscera intestinal no puede omitir la labor bioquímica, las flexiones peristálticas... La deglución, la ósmosis, la asimilación i desasimilación han de realizarse sin que los tejidos, membranas, mucosas, jugos admitan lo saludable i rehusen lo nocivo i deletéreo. El cerebro cumple su función, necesariamente. En gesta ineluctable, se realiza el inicio, crecimiento, apogeo i eclipse orgánico. El animal no puede más que adaptarse a la naturaleza. Para lo inorgánico i lo orgánico, la lei es: taxismo, tropismo.

Pero, el hombre puede eruirse contra esa Lei, en evasión del fuero i mandato de ella. El se agita en arranque i proyección superativos de la necesidad. Su manera de movimiento: el acto. Su capacidad activa escapa a toda premoción i férula. Tanto puede él: Iniciar i continuar; suspender o rematar la acción; mandar al brazo agitarse o estar quedo; alzarse, erectil, tal astil de bandera, o crisparse en impacto. Dictar a los ojos, a los labios, a los músculos faciales el gesto contrario al que señala el rito fisiológico de las emociones, de los reflejos. Hasta puede cohibir, involucrar, inhibir las funciones orgánicas, en abstenciones, ablaciones, renunciios, huelgas de hambre, harakiris, entrega de la vida.

Este poder opcional, electivo, desidente es la Voluntad. En

el Universo, el hombre es el único ser con capacidad creadora intelectual, estética, de acción. Para esa gesta, la Voluntad es la energía categórica. Por la voluntad disciplinada, sólo él destaca con esa sumum de poder ese acabado personal, ese sello cósmico llamado Carácter.

La deducción cuaja, así: La función revela al agente. El movimiento—fuerza acusa el causante físico. El ótro, no sujeto a la necesidad dictatorial del organismo, o voluntario, revela al agente superior, espíritu.

He rozado el tentador tema de los Reflejos. A este suelo de curiosidad, por imbibiscencia, afluyen gotas de mi libro—estanque:

«Febrero... 1913—He leído un capítulo sobre los reflejos. La meditación ha educido observaciones de aplicación a nuestro medio. Ellas constarán en notas sucesivas; aquí, ésta. Antes de mi viaje magno carecía de nociones acerca de esos dictados o excitaciones subyacentes —chocs, tics, reflejos— que definen ciertos gestos. Ahora, me doi cuenta cómo, el no gesticular denota, no sólo dominio sobre esas ingenuas mociones, sí, también, disciplina estético social. Fue en comedor de cierto Hotel de New York, donde advertí que nativos i europeos de mediana figuración se comportan en control del señorío personal. En tanto, aquí, hombres cimeros se supeditan a esas premociones fisiológicas, con candor tal que ni siquiera se advierten por éllas desfigurados...»

En la cámara oscura de mi libbrejo, están en revelación placas fotográficas de algunos de estos tipos i de ciertos paisajes sociales. Evitando su traslado, apunto éste caso, en algo concidente.

«Diciembre 13—1925—De lecturas i meditaciones obtengo este resultado experimental: En pueblos donde, aún, no influye avanzada cultural social, el señorío de los reflejos fisiológicos es magistral. El preside en mil detalles: maneras personales, costumbres, habla, dialecto... Aquí, hai muchas manifestaciones de ese primitivismo demótico, que se está yendo. Cuidadoso de continuar la cadena, ahora, fijo este menudo eslabón: Los arrapie-

zos voceadores de periódico, flechan su grito bemólico agudo, a modo de queja de miseria, de demanda pordiosera, de gemido de la alma serraniega, no evolucionada.»

«Diciembre... 1919—Día de barajar comentarios... Todavía mantenemos un pie adentro del lindero de cierto primitivismo regional. Había guardado, sólo en la tablilla mnemónica, esto que estampo en este papel. Algunos amigos hemos hablado al rededor del tema pródigo de la reciente Guerra europea. La plática ciérrala Undaonda con un impromptu, según suele orillar con grecas de fisga el manto de lo serio.

¿Cuál de ustedes, tu, Espantamueitos, tu, Aguafiestas, tu, Moscafeón, cuál me contesta en qué convienen i en qué difieren los Pueblos del mundo?... I tu, psicómano, tragavirotos, internacionalista, ¿no das?... Sabios de chafalonía, es sencillo: Las Naciones convienen en que tienen sexo; difieren, en qué, cada cual, lo tiene distinto. Ejemplos: Francia, Alemania, Inglaterra, Japón: masculinos. Yankelandia, México, Argentina, Chile, Perú: ídem... Al contrario, España, Suiza, Turquía... El motejado de Espantamueitos lo interrumpe: —Homúnculo, ni los grupos humanos están fuera de foco de tus picaduras, Excepcionalmente, repórtase Undaonda... Cierta, declara: He estigmatizado los flacos de todo vicho vivo. He marcado, con fierro ardiendo, a tantos bobinos. He adquirido título de propiedad de la salsa de la conversación, en latas de conserva del ridículo. He inventado la historia de la risa, a costa del prójimo. Soi personificación de un evo retardado, i me avergüenzo: A lo menos, ahora, mi mordacidad diga la verdad necesaria, rajante: Nuestro cielo, tanto más azul por la costumbre de parecerlo, lo han estriado dos aves heráldicas: La águila del talento i el cuervo de la murmuración. Este, yá desplumado, despenachado, aliroto, baja, a plomo, i, luego, morirá de viejo i feo. Para esa pringue social ha sido parte la falla de control educativo desde el hogar, por condescendencia con varias causas, desde la tara ancestral, aún, desde la nesiciencia de la necesidad ds saber frenar ciertas predeterminaciones de los reflejos.

Es mi encantamiento la visión curiosa del mundo puesto ante mí. Los indicios, en riqueza irradiante, convergen en la misma verdad descubierta:

El hombre zoológico i social agítase al influjo motor de tantos intereses. Todos se categorizan en uno u otro de dos órdenes. Enfoco este examen a la bipolaridad humana, en cuanto actividad i como percepción.

Actividad, doble: una dispuesta a la procura de la conservación i huelgo del cuerpo; otra, a la de intereses intelectuales, estéticos, de utilitaridad societaria. Esta modalidad cinética, ya, cristalizada, obra el complejo de la Cultura: Ese lanzamiento intermundo de la humanidad. Ese cobro de alas, por la Ciencia, el Arte, la Experiencia, la Técnica, hacia la perfección escribible, asequible, ágil.

Doble modo de percepción: En relación simpática, el cerebro con los sentidos, él capta los accidentes de lo percibido. Superando a ésta, otra percepción intuye la sustancia, concibe lo abstracto. Aún más, según la penetrante crítica moderna, también, advierte cierto ritmo característico de las cosas. Quizá, —lo pienso yo— esta forma de percepción, al paso del tiempo, suficientemente despierta, por la educación, es la que auspicia al Arte i las letras de última hora.

Condensando: Es hecho que un sólo eje consolida esa calidad bipolar del hombre. Si no es dable atribuir tal unidad a la actividad i a la percepción inferiores, es manifiesto que la confiere un agente de esa acción i ese conocimiento superiores.

Mi libro, por tantos puntos, anexo está a ese terreno de investigaciones. Así, filtrase la cita:

«Noviembre... 1931—Desde de há pocos años, advienen, con relativa facilidad, obras de valía científica i literaria. Una de esas, —ave de nissus migratorio— se ha posado en mi mesa de lectura. La filosofía alemana, siempre de penetrante avance, ha llegado a discriminar, en el hombre, cierta manera de percepción de las cosas: Las ve, bajo un ritmo, una kinesia que brota de la proyección del yo del observador. Es esto: En el mastil de la bandera, ve no sólo el trapo empavesado, sí, también, el

enestamiento del palo, en orgullo de exhibir el tul simbólico. En una columna, más que la forma, el erguimiento como para soportar el frontispicio. En un hombre, a más del exterior de él, al percipiente parece ver otro yo, en ritmo que se acuerda, de este o el otro modo, con el propio del observador. Esta visibilidad que pudiera denominarse kinética, ha sido —recomendada con el neologismo germano: «Einhülung», Un seguidor de esta doctrina, H. Gromperz, la califica de Empatía...»

Esta vez más, en apex de atención, la enfoco sobre la actividad esponental del hombre:

La percepción primaria efectúase al simple intuición o contacto del sujeto con el objeto. Mas, el Conocimiento es florescencia de proceso complejo: Ir i volver. Parcializar i abarcar. Subir i bajar. Para objetivar la idea que enuncio, valga i gufe, esta última imagen.

Lista, en su pista, el altívolo del Conocimiento. De allí, el observador sólo ve lo inmediato, lo individual. De este plano ínfimo, cota de altura cero, despégase esa nave. A poco elevarse, el vidente encuentra el paisaje —conexión de cosas individuales—. A media altura, descubre un engarce de este i esotro paisaje. Yá, encumbrado, contempla el panorama —conjunto de paisajes—. Cuando él baja, el proceso visual es inverso.

Captación de lo inmediato, inducción, generalización: tal la forma analítica del conocimiento. La síntesis llega a él por el esfuerzo de la suma.

Persigo la imagen guiadora: La síntesis, barajando panoramas combina un Continente. De continentes, compone un mundo. De mundos compagina un orden creado, un cosmos. Todavía más: a éste, en audaz comprensión de contenido, engloba en un micro todo: Sustancia—acidente. I todo ello, en el comprimido conceptual último: Ente. Yá, hecha esta rampa de premisas, el disco férreo de la conclusión rueda: Los órganos humanos alcanzan el grado primo del conocimiento. La inducción dialéctica,

la generalización analítica, i más, la síntesis son procedimiento, totalmente allende de la capacidad ficicista de los sentidos. Así, los medios del conocimiento, análisis, síntesis, indican la existencia del principio espiritual ecuativo: Alma. I ¿cómo no confesarla, al relampaguear élla en las síntesis milagrosas del poeta, en las de los filósofos, —inclusos, algunos de los mismos que la niegan—, en las de los historiadores videntes, de los químicos geniales?

Generosa de motivos de evidencia para mi intento, encuentro la hechiceresca landa de la acividad intelectual.

Hecho humano es que el Conocimiento es ilímite i contiene verdades absolutas, fijas. El organismo del hombre es incapaz, entitativamente, para dar de sí lo metafísico, lo fijo, lo úno. Pues, el mismo Conocimiento, más i más rico i en ascensión, induce a la persuasión de una vivencia simple, esencialmente, diversa de la porción orgánica.

De este plano de estudio, por el puente de afinidad, se pasa, fácilmente, al de los criterios del Conocimiento. Uno de los criterios—guión es el de observación, válido, en su hora. Su endeblez, de rebote, obliga a llegar a la anterior conclusión. Este sistema, en su exclusivismo positivista, se basifica, para el conocimiento, en el lazallazgo de los sentidos. Lazarillo el Sentido, guía dentro de horizonte limitado i, sólo, en la línea de su capacidad individual. Es cónsone que el traslado de él esté tarado de multiplicidad i limitación. En consecuencia, la percepción debiera ser metatoria, varia, inestable, conforme a la capacidad del sentido i a la influencia del medio. Pero, es hecho la solidaridad i perennidad básica del Conocimiento. Por esto, tal método de observación ha sido derribado, primero, por la filosofía desinteresada, de reciente, por la ciencia. En ésta, Jeans, a su modo, i Einstein, con su relatividad, contribuyen a ese derribo. La confesión del principio espiritual es imperativa, al cristalizarse la última deducción: Las ciencias físicas, en exclusividad positivista,

han fracasado en la inquisición del misterio de los destinos últimos del Hombre.

Valga, aquí, el fuero, para mí, de autoridad de mi libro: «... Sabía que, desde Galileo, las ciencias físicas dieran el obligado paso de ciencia de observación a ciencia experimental. Pero, es el caso que, hoy, he leído esto: Sir James Jeans, el poeta de la Ciencia, o, más bien, el filósofo de la física, ha arrasado, en forma destructiva, los conceptos básicos, hasta ahora del saber humano ficicista. En el Congreso celebrado por la «British Asociación, for the Advencement of Science» —Alberden: 2500 congresistas—, ha oraculizado, así: ... La vida está formada por nosotros i por los fenómenos científicos que, incautamente, queremos observar... Lo único real que existe es nuestro pensamiento, lo demás que creemos ver, parábolas: ... «Parábola de la partícula» parábola de la onda...»

En el movimiento cósmico, se advierte esta escala: Los seres inorgánicos muévense, unilateralmente. El bruto, conforme a esta moción mecánica i a la del instinto. En el moverse del hombre, hay algo de esta kinesis i, esponencialmente, el agitarse en Obra. Complejo de energías que somete a obediencia las fuerzas naturales i las humanas, realizándose en el producto, de lo inicial a lo enorme. Sólo él, al moverse, concierta el proceso de lo incipencial a lo técnico, con inteligencia del medio para el fin. Ageno a todos los demás seres es el Trabajo. Este es de finalidad utilitaria, espiritual, estética. Si la función señala la categoría del agente, el Trabajo, kinesis única, revela, en el hombre, el principio espiritual, premotor del organismo.

Un rebote hacia mi mismo: Mi actual investigación, también es trabajo. Mis mejores energías montan su acción para descubrir el motivo vital de mi ser, la razón trascendental de mi yo. Lo especulado corporizo, estilizándolo en mi medio expresional. Ciego i todo, no soi ente baldío. Enfilo mi dinamismo en el concierto de las cosas buenas: Planta reventona de fruto.

Aguila fraguadora de supervuelo. Galaxia, generatriz de electrones: Ninguna vence a mi acto. Mi fruto i vuelo i electrón es trabajo de dignidad humana. Esta busca de Verdad es dinámica de trascendencia. Mi trabajo, si es pensamiento, no es para mí sólo, para hoy sólo; es para siempre, para todos. Si nó, almenos, valdrá, siempre, como trabajo, que quiere ser flor eléctrica de espiritualidad en la espinesca i atona monotonía materialista. Mi hechura, lo creo, está aducida al mundo del Algo.—Mundo, donde lo que ingresa, ya no muere—. Que, esto mío, no es vitamina, racimo, voltio?: Entonces, ¿estiercol? Algo es el estiercol: Estímulo al humus vitífero, a las tierras de rosas llevar. Abono que evita el no ser de lo esteril. Fuego fatuo de una osamenta que devuelve el fósforo.

Frente a la actitud activa del hombre, invitan al estudio dos estados negativos: úno, precario, ótro definitivo. Pues, en las cosas, hai engarce, coordinación, en esos estados, he de encontrar el indicio inminente i eminente del principio vital, ya, descubierto, a flor i a fondo de acto.

Un estado negativo es, así: Pausa de percepción. Cese de expresión. Involución de razonar. Inhibición del acto voluntario. Eclipse parcial del hombre. Tal es la dormición.

La Lógica ginetea en el argumento: El dormir es forma de semianhilación. Si en esa sombra, en esa impotencia del cuerpo, sobreviene un aurorescer, un baluceo de inteligencia, a él no se le puede atribuir. Venga la imagen ayudadora: El cuerpo, en el dormir, compórtase, a lo escenario, en horas de retrofaena, de paro: Oscuridad. Silencio. Cartel retirado. Telón bajado. Ausencia del apuntador cerebro. Ausencia del famulato de artesanos sentidos. De repente, hai agitarse subtelonario. Alguien, a lo dueño i actor, ensaya escena fuera de cartel. Echa mano a lo que encuentra: Tema, motivos, personal, atuendo de gala i paisaje, acción, enredo, desenlace cómico, sainetesco o trágico, cabal o truncado: He ahí, el Sueño. Proceso sin par, en revelación

de la dualidad del hombre; donde aparece que el cuerpo, cuyas son la inercia i la posesibilidad, es sólo equipo del espíritu.

Barata evasión de esta evidencia son los calificativos de técnica doctoral, que se da al fenómeno onírico: Alucinación, representación alucinatoria, regresión, conjunto de procesos de transformación, función fallida. . .

A título de buena historia, i como repaldo al motivo conductor, tema del argumento último, en amor de brevedad en fuga de lo personal, sólo cito estos pasajes de mi libro:

«Marzo. . . 1919—Son frecuentes mis sueños sobre motivos de la vida estudiantil. Anoche he soñado esto: Clase universitaria. El profesor abre torneo, para pulsar el aprovechamiento del alumnado. A los del flanco derecho autoriza elegir contendor. Un joven Días me reta. Después de tal cual interrogación, me hace esta: —¿Qué significan las tres iniciales S. O. S.? Yo, listamente, contesto:—Signo de alarma, en demanda de salvamento, de de buque o avión. Desarrollado, es: Save Our Souls. Días se agota. Me toca la vez. —Señor Días, ¿qué significan las iniciales K. K. K.? Un estallido de risas. . . Días carga el apodo gentilicio de «Cuchi.» Voz quechua que nombra al cerdo. A este suideo, o subpaquidermo el pueblo de la ciudad i el del agro, para incitar su atención, se vale de la onomatopeya: Ka, repetida.»

Noviembre. . . 1930—Ayer, morosamente, he leído versos selectos. Mi memoria se enriqueció de estos de Musset: Le coeur de l' homme vierge est un vas profonde, —Lor s'que la premiere eau qu' on y vers est impure,— La mer y passerait sans laber la souillure; —Car l' abime est immense et la tache est au fond. . . Por la noche, hube soñado: . . . Después de una aventura, hallo cerrada mi casa. Volando gano el balcón. Cerradas, también, las ventanas. . . Las tres de la mañana, avisa el reloj próximo. . . Es entreavierta la puerta de un taller vecino. En la oscuridad, un cuadrilongo de luz dora la pared de en frente. . . Rumor de soplete. . . A ritmo canta un mecánico. Le oigo estos versos, no conocidos: —La Ilusión dice: ¿qué haces que no vienes—a ayudarme a soplar los fuelles?—La Verdad responde: yo, en mi yunque, —estoi forjado el corazón del Mundo. . . »

El otro estado negativo es el definitivo:

¿Muerte?

¡Helo, un cuerpo exhumano. Eso, a ojos vistas, es cosa en derrota, en impotencia catastrófica: Fuelle flácido; yá, que no lo plenifica su anima follis. Máquina parada; por abandono del motor técnico. Cauce, en estiaje; a causa de irreversible desvío de la corriente. Hecho de evidencia inmediata es esto: La célula viva difiere, fisiológicamente, bióticamente, de la célula muerta. O sea, la célula del cadáver no es idéntica a lo que fuera, cuando célula de cuerpo humano. Entonces, hai un suceso nuevo, decisivo: Un principio vital, antes, vivificándola, después, nó, determina los avatares inmediatos de célula viva a célula muerta. Si se quiere lógica más fácil, a ver uno de esos deshechos de hombre. Cualquier cadáver es silogismo hecho, decisivo, ¡, además, elocuente es el de un Napoleón, el de un Bolívar, el de una Sarah Bernhart. Para concluir con la matematicidad del Siglo, valga esta expresión: El Hombre es biocantidad. Quitada la cifra significativa, queda el cuerpo en su condición cero: Esto es lo que se dice Muerte.

Esta parcela de mi grafía, para alguien contendrá frases bemólicas fúnebres. Mas, interlinealmente, corren líneas de lampos de vida, letras de rosas de alegría excelsa.

Para mi descubrimiento, he perlongado en emoción diáspora. ¿Por qué no hechar, aquí, alta mar o restinga, la sonda introspectiva del análisis del propio yo. Me he observado, por algún tiempo i en vario modo —úno el del espejo—. Abunda la datología de mi libro. Así se puntualizan los trechos inestables de mi trayectoria biológica. El esquema es: Niñez, puericia, adolescencia, virilidad. En esa curva parabólica hace de apex mi edad, a los treinta i cinco años. En pos se cifran los ciclos descendivos: nevasca en la cima capilar, hilvanes de arrugas, rasguño de patas de gallo en el rostro... Frente a este ritmo fisiológico decadente, en proyección a lo acuminado, pulsa otro su-

perior, ascendente: el intelectual estético. Antes mi poder pensador era algo que rodaba, a ras de suelo, en las ruedas de la Duda. Yá, la vis discursiva es hélice, i me elevo, poco, sobre el paisaje de la Verdad. Tengo la fe de la búsqueda. Mañana, lo preveo, he de poder atisbar lo panorámico.

La suma da que, en mí, hai funciones asintónicas, adversativas, en revelación de dos causantes: uno friable, ótro incaducible.

De ese autoanálisis brota otro argumento: El curso hecho, de mi vida, es taracea de episodios de progresiva juntura: Invalidez, incipiencia, educación, tanteo, volcanismo, experiencia, ambivalencia, sofrosine... Sin embargo, ciclos tan heterogéneos se cointegran en un todo. Porque no puede producirlo el organismo, precisa reconocer que existe, en mí, un substrato de unidad. Algo que, por su simplicidad, sea esto de que tengo conciencia: eje de acción, mordente de continuidad i responsabilidad.

En el horizonte de este argumento, desde el mogote de mi memorándum se laza, acá, sobre la presa del texto, el cernícalo de la nota libresca:

«... La ciencia fisiológica tiene averiguado que la célula somática se transforma, en cada ciclo de algo más de un lustro... Recóndita asociación de ideas pone, en sagital atención mi pensamiento hacia algunos ingenios que se produjeron en juvenilidad intelectual, yá, cadente su cuerpo: Miguel Angel, a inmediación de los ochenta años, acomete la arquitectura de «Sanpedro» de Roma. José Verdi, a los sesenta, floresce en las óperas: «Don Carlo», «Aida»; i, a los ochenta, en Falstaff». Menendez i Pelayo, en edad harto añosa, publica su «Heteredojos españoles». George Bernard Shaw i Miguel de Unamuno, colmados de años piensan, briosos. Cezanne ha influenciado en el arte moderno. De él arranca el cubismo arquitectural que ha cristalizado Picasso, cuya es la paternidad del Dadaismo i el Surrealismo pictóricos. I él, Cezanne, perfecciona su arte a edad de cincuenta años; i hasta los sesenta es desconocido...»

He dado la vuelta al rededor del mundo—Hombre. Dondequiera, he encontrado la presencia del espíritu, Ella ha de ser visible, lógicamente, en el ser, en la estructura, en la función del hombre colectivo: I, en verdad, el espíritu calca su estela en la Geografía, en la Historia, en ese complejo de gesta que, antonomásticamente, se dice Mundo. Tanto como se le ve en las relaciones con las cosas universales: Entre ellas, el Tiempo, crintura trasendental, de íntimo nexa con el hombre: más que escenario, parte del acto de él, ritmo de su vida.

El motivo, así presentado, osténtase enorme de superficie, entrañoso de profundidad. Lo toco por inmediato punto i paso a dar el paso último en esta aventura.

Sobre la haz de la Tierra, luce constelación millonaria: los grupos gentilicios. Estos se diferencian por carismas étnicos: condiciones genóticas e hijidas; estigmas hereditarios, como el re-censivo i el dominante. También, por el cruzamiento, por el medio geográfico i otras causas exógenas. Si sólo la naturaleza física fuese todo el contenido del hombre, la heterogeneidad de élla determinase soluciones de continuidad, en majadas o hatos de bípedos. Pero, es hecho que los grupos humanos se constelan en un todo de solidaridad geográfico—histórica. Lo es que, bajo todas las diferencias de orden físico, late un substratum de unidad que consolida la masa humana, de lo pasado, a lo actual i a lo futuro. Basta mencionar el criterio de unánime continuidad, en lo básico de la convivencia: Honor, Deber, Progreso. . . I hai que aducir al catálogo ese yo síntesis que se revela aún en lo que se nomina Opinión pública.

Puntuando, he cerrado la curva explorativa de mi investigación.

Esonja o ánfora, mi inquietud embebida está de agua o vino de evidencia.

He encontrado lo entitativo del valor Hombre. Valor irradiado de la cifra valorígena: Alma.

La imaginación griega describióla de Psike—mariposa—.

En uso de esta denominación convenida, lo que he alcanzado, con mi evocadora busca, es: Psikefanía.

Este conocimiento de Alma, en su aplicación intensiva i extensiva, no se presenta en complejidad escabrosa.

Pero psique no es, precisamente, quid espiritual puro, en la terminología técnica de ciertos doctores, especialmente, psicoanalistas, psiquiatras, psicoterapeutas, psicopatólogos. Aviene, lo menos, mentar al hierofante Freud.

El afamado psicoterapeuta, sequitoso de juventudes, es proclamado a modo del rhabomante de la subconciencia del cristobalcolón del mundo del sexo. Tras él, este i aquel filósofo i legión de literatos, enquistan el concepto psique en complejo de sutilezas e hipótesis. Consciencia, subconciencia son aducidos a oquedad de místico tabú. Hagan de gracil prueba algunos decires volanderos. Moderno pensador europeo: —La subconciencia va trenzando las palabras como cabellos de nietecita por rugosas manos de abuela... Un sudamericano: —En esa hora en que el subconsciente se repliega con todo su cortejo de instintos, quizá medio avergonzado de las debilidades i claudicaciones de la sensibilidad... Otro describe la subconciencia como un trasfondo.

Sin embargo, según mi conocimiento, consciencia i subconciencia, lisamente, significan estados, planos, grados de actividad del único principio animador. Visión directa, —intuición—, o incoada, de atisbo: subconciencia. Visión refleja, acabada: consciencia. Ganoso de apoyarme en la imagen, más de una surge de la misma subconciencia. La voluntad es estímulo germinativo del acto: Del subsuelo espiritual, por voluntad actual o virtual, la semilla—idea revienta en grumo: fenómeno de subconciencia. La planta, formada, trabaja la flor; la flor da el fruto; el fruto publica su pulpa vitaminosa, a grito de color, de olor, de sabor: función de consciencia. Lo característico del espíritu es su actividad, su actismo. Esencialmente, simple, su fecundidad ideativa es inexhaustible. En sus intimidades de trabajo —subconciencia— tiene ideas-tipo, nociones matrices, modelares. Al estímulo del propósito subjetivo o de causas externas, de ese taller

reserva,—más bien cosmos de creación,— surgen como en sorpresa, la imagen, la idea, el dictamen, la premonición, lo que decimos previsión, antevisión, in promptu. Luego, la voluntad, el cultivo, la conciencia fraguan lo acabado, la perfección.

Como hacia algo recién descubierto, la curiosidad intelectual moderna flecha a la subconciencia: Intimidad virgínea de la alma, manadero del polen, la semilla, el protón, el vatio espiritual. De allí, ha de surgir la energía renovador que vivifica literatura, ciencia, todo el complejo de evolución humana.

El tema, de sí, es caudaloso, irrestañable en sus proyecciones, digno de estudio, a la luz de la técnica moderna.

Tentador al estudio es, también, el descubrimiento de Freud. La prisa, apenas permite aliento para un expresar englobante. No es árduo encontrar plano de neutralidad a la doctrina de revolucionaria rumbosidad teoremática. Es razonable que el espíritu ahinque sus energías en puntos ue selección del organismo: En el cerebro, en cuanto sumidad centralista de percepciones; en el *sexo*, quizá, porque, allí, órgano cuasi creador, se libra el certamen de la especie.



OTO queda el himen de mi silencio. Fecundidad sea signo del suceso. Mi verbo, siquiera, en primeriza gracia calológica, está en amor con la Verdad.

Pensante, he cumplido un mandato de la creación.

Ciego, i lo demás, quiero vivir, por lo que puedo crear.

Buena parte de horas que absorbe la locura de la vida, la he gastado en bonificar mi Inquietud trascendente. ¿Pérdida irreparable?: Sacrifica la naturaleza diez mil huevos para conservar un sólo pez; i cien mil gránulos de polen para logro de un óvulo. ¿Será pérdida el empleo de algunos miles de horas para asegurar el óvulo vital de saberse Hombre?

Yá, sé que es, apenas, admirable instrumento de mi yo, eso que late entre bota i sombrero, como al cuerpo definió, en plástica sinceridad, el gran poeta yanke.

Mi obra, erigida para mi, tiene valor constructivo. En mi intimidad, hai remover de andamios, para la contemplación de

lo construído. Obra sin módulos, como la naturaleza manda, secundada por el cultivo.

Este monólogo, culebra desarrollada, cuan larga es, yá, en el minuto de la erectilidad, vacía su glándula, a picadura mortal, en el corazón de la Duda.

Ahora conozco el eretismo de la libertad, la saludable jovialidad de la luz plena i continua.

Alma... Al encontrarla, he encontrado al Hacedor, en el instante impar, del acto creador de esa entelequia. Acto que polariza el ideal de la hechura suma: kalos i agathon.

Minuto clarifacto. Aprovechándolo, en el horizonte del Conocimiento, fijo mi logos:

Alma: ostenta élla dactilografía de la Mano hacedora. Tal perfección de origen incluye esencial capacidad perfiscible. Así, a la Psique-espíritu defino: El Yo perfecto del Hombre.

Pero, de Alma al más allá, qué interrogantes. De élla i hacia élla: atracciones, gravitaciones, círculos concéntricos de ondas cósmicas.

Ciertamente; descubrirse es, apenas, punto de partida.

En alarma i gozo i, de puntillas, precisa estar ante un espectáculo que vive de euritmia, novedad e inmensidad.

Descorrido el telón de brumas, el paisaje humano muéstrase en nudismo de verdad.

Sus típicas figuras, él i élla, aparecen en su valor auténtico.

El, apariencialmente, parvo es contenido de un mundo.

Ella, la mujer, lene, labil, inválida, en realidad, es taumátúrgica artífice de vida.

Quando, para ver, sólo tuve ojos, clavara en columna de la ágora de la frivolidad, cartel con divisa de fuego: La mujer es accidente en la faena humana.

Hoy, veo que, para lo vital del cumplimiento de la especie, el hombre es mero accidente fecundativo.

Ella, Madre yá, no es la simple mujer; ha subido a categoría suma. Es cocreadora de Alma.

El contenido de esta nueva verdad vuélcase en acción.

A mi madre sorprende mi transición del escorzo a la actual posición frontera a la mujer.

Antes de mi ceguera, día a día, me imbuyera al matrimonio. De por medio, el embrujo de su ternura —filtro, elixir desfilado al cien por cien—. Ahora, jocundia juvenil la galvaniza. Se irradia, dinámica. Está diáfana de la casa. Si no ata cabos sueltos de amistades, proyecta raíces tentaculares en propicios suelos de simpatía. La casa es centro de tertulia selecta. Yo, dejado el golpeteo millonario de teclas de la Smith, frecuento las del Pleyel: Für Elise de Bethoven, algún nocturno de Chopin, este o aquel vals de Franz Lehar, Maldito tango de Osman Pérez, tal cual composición mía: salpican de lirismo el ambiente prenupcial. Todo ello matiza o triza, imperativamente, las severidades del duelo, por la muerte de mi tío, há seis meses, sucedida.

Aquí, el último regatonazo de bastón de este lazarillo baedeker, que es mi librete noticulario:

«Noviembre 1932.—Estoi transfijo por el dardo que llega a ser esta larga agonía de mi tío i cuasi padre. Hoy ha expedido el mandato de su última voluntad. Entre plausibles disposiciones de beneficencia pública, i de acomodo económico a la inminente viuda, ha dictado éstas: Aquella área de tierras que él solía distinguir con la denominación de «Base de la Hacienda», lega a indios i mestizos paupérrimos. La que llamaba «Cuadrilongo», propiamente, la Hacienda, nos adjudica, por mitades, a mi hermana i a mí...»

A poco, al círculo de quehaceres protocolares, para mi cambio de estado social, sólo falta un sector: La elección de pareja. Entiendo que la dulce madrecita mía, yá, le pone buena cara a la Indudable, segadora de vida.

La novia! ¿Quién será, entre las mujercitas que selecciona mi madre? ¿Cuál, la mejor de éllas? Nó, en belleza, precisamente. El criterio del tacto, en un ciego, es igualitario. Sí, la que posea el poder de ponerme a luz. La que, en el reino de la Comprensión, pueda ofrecerme la limosna que aconsejaba el poeta español: Dale limosna mujer; —que no hay en la vida nada, —como la pena de ser —ciego en Granada.

Para decidir la escogencia, mi madre ha planeado i organizado un ágape.

¿Cuál será mi isotipo?: ¿Aida, el mejor verso del gran poeta, amigo de mi padre? ¿Glenda Maruja, últimogénita de ese prolífico tronco que es doña Hipatia, la lírica de la Beneficencia caritativa? A mi me da que, acaso, cuaje realidad en Lili Lina, la hija de Sibila Bárbara de Barriga.

¿Ser mi madre la que fuera mi novia?

Cualquiera, el nombre; quienquiera, la única, a su vera, más allá, de ella, veré, en forma nueva:

¿Qué? ¿Cómo?

Nuevos ojos míos, los de mi mujer i mis hijos. Más, la verdad adquirida, nueva pupila mía, frente a un Azul de hipnótica profundidad.

Milagro de recobrar la vista:

Creo en la Luz.

Soy el ciego que ve.

Seré el ciego en acción: nó, con las manos que es lo incipiente.

Seré el ciego que anda caminos: nó, con lo menos, los pies.

Convergeré, penetrándolos, con mi rayuco de luz, en las mazas, los grupos humanos, por la palabra-grafia, por la oración conversada i conferencial.

Me he hallado a mi mismo.

Es evidente este hecho: Estoy completo. No soy algo unilateral i triste. No soy un quid plano, bajo un sólo horizonte próximo. He hallado la redondez mía.

¿La prueba de esta rotundidad?:

Mientras, en mi cuerpo desojado es la anochecida, amanece en el hemisferio de mi Alma.